



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

Mujeres mayores: cuidado y proyectos de vida

Carolina Rosa Rincón Rincón

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas, Escuela de Estudios de Género
Bogotá, Colombia
2019

Mujeres mayores: cuidado y proyectos de vida

Carolina Rosa Rincón Rincón

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de:

Magister en Estudios de Género

Directora:

Profesora Yolanda Puyana Villamizar
Magister en Estudio Integral de la Población

Línea de Investigación:

Globalización, Desigualdades Sociales y Políticas Públicas

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas, Escuela de Estudios de Género
Bogotá, Colombia

2019

Para mis queridas mujeres mayores:

Rosa y Teresa, mis abuelas, que ya partieron y dejaron su legado de amor, entrega y sacrificio.

Gloria, mi madre, quien ha cuidado y sigue cuidando de mí y de los míos. Y quien me ha ensañado que para cuidar no hay que renunciar a una misma.

Y para Carolina, aquella mujer adulta mayor que seré, en la que espero reconocirme y a la que deseo mirar con satisfacción y agradecimiento.

Agradecimientos

A los míos, Nayid, Gabriela, Santiago e Isabella, gracias por su amor y su paciencia. Por apoyarme y caminar junto a mí. Y por entender y asumir que el cuidado es un asunto de todos.

A mi directora de tesis, la profesora Yolanda Puyana Villamizar, gracias por su paciencia, por su lectura juiciosa y crítica, y por compartir conmigo tiempo y experiencias de vida.

A mi querida profesora y amiga Tania Pérez-Bustos, gracias por estar siempre ahí, apoyándome y acompañándome en este proceso. Gracias por su interés, por su lectura rigurosa, por sus comentarios enriquecedores, por las tardes de té, por la clase de costuras... Pero sobre todo gracias por creer en mí.

A mis queridas amigas Alexandra Chocontá Piraquive y Eliana Sánchez Aldana, gracias por su apoyo y colaboración en este proceso. Ha sido maravilloso coincidir con ustedes en esta vida, gracias por su amistad.

A Piedad, Graciela y María Angélica, gracias por su generosidad al compartir conmigo sus historias de vida, gracias por enseñarme a pensar y entender el cuidado y el envejecimiento desde otras perspectivas.

A todas y a todos gracias por cuidar de mí.

Resumen

La presente investigación busca contribuir al desarrollo de los estudios sobre vejez, género y cuidado, dando cuenta de la forma en que los trabajos de cuidado están presentes a lo largo del curso de vida y se relacionan con la construcción y ejecución de los proyectos vitales de tres mujeres adultas mayores, residentes en la ciudad de Bogotá y pertenecientes a distintos estratos socioeconómicos.

Partiendo del estudio sobre la categoría trabajo de cuidado, a la luz de la literatura y la teoría feminista, se analizan los relatos de vida de dichas mujeres proponiendo reflexiones sobre la incidencia de los procesos de socialización en la construcción de su identidad de género y la influencia de estos factores en la vejez, haciendo énfasis en los procesos de envejecimiento y en el recrudecimiento de las desigualdades de género durante esta etapa del ciclo vital.

Se busca ofrecer una visión de las mujeres adultas mayores como cuidadoras activas, proponiendo repensar el lugar del trabajo de cuidado en las personas mayores y reconociendo el aporte de las mujeres mayores al bienestar y al desarrollo económico de las familias a través de la ejecución de trabajos de cuidado.

Palabras clave: Trabajo de cuidado, mujeres adultas mayores, vejez, envejecimiento, proyectos de vida, desigualdades de género.

Abstract

This research seeks to contribute to the development of studies on old age, gender and care, giving an account of the way in which care work is present throughout the course of life and is related to the construction and implementation of life projects of three older women, residents of the city of Bogota and belonging to different socioeconomic strata.

Based on the study on the category of care work in the light of feminist literature and theory, the life stories of these women are analysed, proposing reflections on the impact of socialization processes on the construction of their gender identity and the influence of these factors on old age, with emphasis on ageing processes and the worsening of gender inequalities during this stage of the life cycle.

The aim is to offer a vision of older women as active caregivers, proposing to rethink the place of care work for older persons and recognizing the contribution of older women to the well-being and economic development of families through the execution of care work.

Keywords: Care work, older women, old age, ageing, life project, gender inequalities.

Contenido

	Pág.
INTRODUCCIÓN	13
PRÓLOGO	26
1. ¿POR QUÉ CUIDAMOS LAS MUJERES? LA EXPERIENCIA DE LAS MUJERES ADULTAS MAYORES.	30
1.1. El origen de los trabajos de cuidado	32
1.2. Concepto, características y dimensiones del cuidado	40
1.3. El cuidado como trabajo.	45
1.4. Cuidamos... ¿Hasta cuándo? La experiencia de las mujeres adultas mayores.	48
1.5. Reflexiones finales	52
2. ¿CÓMO NOS CONVERTIMOS EN CUIDADORAS? TRAYECTORIAS VITALES Y CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES: NOCIONES Y PRÁCTICAS EN TORNO AL CUIDADO.	56
2.1. Socialización familiar y construcción de las nociones del cuidado.	58
2.2. Influencia del entorno familiar y socio-económico en la reproducción y refuerzo de los roles de género en torno al cuidado. Relatos de infancia.	60
2.3. La agencia de las mujeres en el proceso de construcción de su identidad de género en relación con los trabajos de cuidado. ¿Cómo piensan ellas el cuidado?	65
2.4. A modo de cierre. Las mujeres mayores y sus nociones sobre el cuidado	69
3. MUJERES MAYORES: CUIDADO Y PROYECTOS DE VIDA	73
3.1. Proceso de envejecimiento y vejez	75

3.2. La experiencia del envejecimiento. “Las vejeces” y las mujeres adultas mayores	79
3.3. Envejecimiento, desigualdad y género	85
3.4. Mujeres mayores y trabajos de cuidado. ¿Cuidadoras o demandantes de cuidado?	93
3.5. Para concluir. El cuidado como proyecto de vida.	99
CONCLUSIONES	105
BIBLIOGRAFÍA	110

Introducción

Haciendo memoria, tal vez la primera mujer adulta mayor que conocí fue mi abuela paterna, mi abuela Teresa. Íbamos los domingos a visitarla, todos nos sentábamos en la sala de la casa y mientras tanto ella estaba en la cocina, preparando el chocolate para atender a su visita. Desde que llegábamos no paraba de hacer cosas. Preparar el chocolate era todo un ritual que requería un proceso de hervido y batido especial; luego disponía la mesa, con el queso, el pan y demás acompañamientos y luego recogía la loza, lavaba y limpiaba. En nada de eso ella nos permitía intervenir. Así fue siempre, incluso cuando estaba ya muy viejita y había perdido la visión a causa de la diabetes; recuerdo que preparaba los alimentos tanteado los objetos con las manos y prendía la estufa de gas con una precisión increíble. Además, le costaba mucho desplazarse pues usaba bastón y aun así no nos dejaba llevar las cosas a la mesa.

En alguna fotografía que conserva mi papá se puede observar a una jovencita de aproximadamente diecisiete años, en estado de embarazo, sosteniendo en sus brazos a un bebé de unos diez meses y tomando de la mano a otra criatura que apenas empezaba a caminar. Cuando observo esa imagen no puedo evitar pensar en las dificultades que debió afrontar mi abuela Teresa para el cuidado de sus hijos, que llegaron a ser trece, uno detrás del otro... Toda su vida dedicada al cuidado, al cuidado de su esposo, al cuidado y crianza de sus hijos, a procurarles atenciones, comodidades y cariño a todos. Sin recibir a cambio más retribución que el amor de su familia. El caso de mi abuela materna no es muy distinto, igual que el de muchas mujeres que han dedicado y dedican su vida entera al cuidado de otros, sin retribución, sin reconocimiento alguno.

La relación directa que existe entre las mujeres y los trabajos de cuidado es un asunto que me genera muchas inquietudes y me produce profundas frustraciones. Me pregunto, por ejemplo, ¿Por qué cuidamos las mujeres?, ¿A partir de qué momento cuidamos y hasta cuándo?, ¿Qué se espera de las mujeres en relación con el cuidado?, ¿Es el cuidado un don, un atributo femenino?, o por el contrario ¿Es una obligación, un deber que nos ha sido impuesto para satisfacer necesidades económicas y sociales en determinados momentos de la historia?

En este sentido, Ana María Fernández (1993) nos recuerda como desde la Antigua Grecia se cimentaba “el discurso legitimante de la inferioridad” de las mujeres respecto de los hombres, presentando las ideas de lo público y lo privado en Aristóteles. Para Aristóteles, lo público se desarrollaba en la Polis, la vida de bien solo era posible a través de la participación en la Polis y solo los ciudadanos, es decir los hombres que intervenían en la administración de justicia y mantenimiento de los servicios, podían participar en ella.

Siguiendo a esta autora, para Aristóteles existían dos tipos de personas, las personas naturalmente gobernantes y las personas naturalmente gobernadas, así, los hombres que intervenían en el mundo de lo público eran naturalmente gobernantes y las mujeres, los esclavos y los niños, que no participaban en la realización del bien y de la racionalidad, eran naturalmente gobernados y su lugar social era el mundo privado.

Esta tajante división del mundo público y el privado en la cultura occidental dio lugar a la división sexual del trabajo que, en términos generales, ha ubicado a los hombres en la esfera de lo público y ha relegado a las mujeres a la esfera privada y reproductiva. De este modo, a los hombres les ha sido permitido estudiar, viajar, dedicarse al mundo de los negocios, destacar en la vida política y, en contrapartida, se ha obligado a las mujeres a perpetuar la especie y a mantener y conservar la vida, confinándolas al mundo privado, definiendo éste como su área de acción y el lugar desde donde son definidas, dominándolas e impidiendo así su desarrollo en el ámbito público (Fernández, 1993).

A propósito del lugar y la función de las mujeres en la sociedad occidental, señala Simone de Beauvoir:

“A la mujer no se le permite hacer una obra positiva y, por lo tanto, hacerse reconocer como una persona completa. Por respetada que sea es subordinada, secundaria y parásita. La maldición que pesa sobre ella consiste en que no tiene en sus manos el sentido mismo de su existencia” (De Beauvoir, 1965, pág. 232)

Simone de Beauvoir define al hombre como el sujeto y a la mujer como lo “otro” del sujeto varón, es decir, lo opuesto a este. De esta manera, los hombres encarnan la trascendencia, son ellos los que están llamados a ser ciudadanos, los que producen, los que realizan sus proyectos de vida y en esa medida son útiles a la colectividad, en tanto que las mujeres están condenadas a la inmanencia, a quedarse, a permanecer, a no trascender. En esa

medida, las mujeres, por oposición a los hombres, se realizan a través del trabajo casero y su justificación social se fundamenta en la administración de su hogar. Sin embargo, dichas actividades no las “arrancan de su inmanencia, no les permite una afirmación singular de sí mismas” (De Beauvoir, 1965, pág. 218).

De este modo, la separación del mundo público y el privado y la consecuente división sexual del trabajo ha marcado la posición social de las mujeres en occidente, asignándoles la obligación exclusiva de la ejecución de los trabajos de cuidado, labores que se cruzan en la vida de las mujeres en distintas etapas del ciclo vital prolongándose hasta la adultez mayor, moldeando la construcción de su identidad de género y afectando la ejecución de sus proyectos personales.

Sobre la permanencia de los trabajos de cuidado en la vida de las mujeres hasta la vejez y sus proyectos de vida, señala Simone de Beauvoir:

“La mujer es puesta en situación de retiro muy temprano y le faltan el impulso, la confianza, la esperanza, la cólera que le permitirían descubrir en torno de ella nuevos fines. Se refugia en la rutina que ha sido siempre su patrimonio; hace de la repetición un sistema y se precipita en una serie de manías caseras” (De Beauvoir, 1965, pág. 378)

La fotografía de mi abuela con sus hijos mayores pequeños data de 1938, es decir que han pasado 81 años, 81 años de historia y de evoluciones sociales y económicas que han transformado la vida de las mujeres. En efecto, como afirma Ana María Fernández, “hoy las mujeres no se encuentran recluidas en ningún claustro doméstico” (Fernández, 1993, pág. 135). Las luchas feministas han permitido a las mujeres el goce de sus derechos civiles y políticos, gracias a aquellas valientes mujeres de antaño es que hoy en día las mujeres trascendemos, ingresamos al mundo académico y laboral, tenemos derecho al voto, gozamos de independencia económica, participamos en política y seguimos en pie de lucha por nuestros derechos sexuales y reproductivos.

Han pasado siglos desde que Aristóteles dividiera el mundo social en lo público y lo privado, sin embargo, hay cosas que apenas han sufrido pequeños cambios. Pese a que las reivindicaciones y luchas feministas han permitido ganar terreno a las mujeres en el

mundo público, la participación de los hombres en el mundo privado es escasa¹, de modo que la responsabilidad social del cuidado sigue estando en cabeza de las mujeres. Es así que, nuestra trascendencia es incompleta, pues debemos dividirnos entre lo público y lo privado, debemos hacer un esfuerzo doble, cumplir dobles jornadas (Durán, 2007, pág. 70), para poder realizarnos, para poder cumplir nuestros proyectos de vida y satisfacer las demandas de cuidado que estamos llamadas a cumplir.

En lo personal, esa necesidad de trascendencia me ha llevado a librar una lucha titánica entre el cuidado y mi realización personal y profesional. Me casé muy joven y, aunque no tan joven como mis abuelas, fui madre por primera vez a los 22 años. Ahora tengo tres hijos, así es que llevo casi la mitad de mi vida realizando trabajos de cuidado.

El incremento de responsabilidades y las premuras del cuidado me asfixiaban y cada vez se hacía más necesario un espacio propio de realización personal que me permitiera alejarme un poco de los niños, de la casa y de las abrumadoras cargas del cuidado. Así que inicié la búsqueda de esa “habitación propia con pestillo en la puerta” de la que habla Virginia Woolf (Woolf, 1980, pág. 144) y me embarqué en numerosos proyectos. De modo que durante los últimos 20 años he realizado estudios de especialización y de maestría, incluso he querido iniciar un doctorado, ahora escribo esta tesis. Todas esas búsquedas han estado acompañadas también de las cargas laborales en los pocos intervalos en los que he podido vincularme al mundo profesional. A pesar de ello, siempre he estado atrapada en el cuidado, estudiando y cuidando, trabajando y cuidando, escribiendo y cuidando, atrapada en mi propia telaraña.

Es a partir de esas molestias y conflictos personales entre el cuidado y mis proyectos de vida que nace la necesidad de investigar y responder a esas preguntas que surgen en relación con el cuidado y la asignación de este trabajo a las mujeres como una responsabilidad social. Pero no solamente se trata del cuidado se trata de la permanencia de este en la vida de las mujeres. Es por eso por lo que decidí observar la cotidianidad de

¹ Por ejemplo, en el caso colombiano, según la Encuesta Nacional del Uso del Tiempo, para el periodo 2016-2017, la participación de las mujeres y los hombres en las actividades de limpieza, mantenimiento y reparación para el hogar se estimó en 68.9% y 34.2 %, respectivamente. Y en las actividades de cuidado físico a miembros del hogar la participación en hombres y mujeres se ubicó en 20.9% y 3.8% respectivamente. Lo que da cuenta de la baja participación y tiempo de los hombres en las actividades de trabajo no comprendido en el Sistema de Cuentas Nacionales.

las mujeres adultas mayores que me rodean, familiares y vecinas, y allí fui descubriendo esa continuidad, esa permanencia del trabajo de cuidado a lo largo de todo su ciclo vital.

Es en ese momento que empiezo a preguntarme por sus proyectos de vida, por la manera en la que los trabajos de cuidado se cruzan en la vida de las mujeres adultas mayores, me pregunto por las cosas que han hecho, y las que han tenido que sacrificar, por los proyectos que tienen pendientes de realizar, me pregunto cuál será su balance y qué posibilidades tienen de cumplir, de ejecutar sus proyectos de vida. En ese indagar voy notando que, pese a que esta es una constante en la vida de la mayoría de las mujeres, no todas son atravesadas por el trabajo de cuidado de la misma manera. No es lo mismo realizar eventualmente labores de cuidado y labores domésticas y tener la posibilidad de contratar a alguien para la ejecución de estos trabajos, que tener que cuidar de forma permanente a un bebé y además realizar todas las labores de limpieza y mantenimiento del hogar, sin ayuda de terceros.

Es así como se van complejizando mis inquietudes en torno a la vejez y los trabajos de cuidado, dirigiendo mis intereses hacia mujeres adultas mayores distintas a mi círculo familiar y de vecinas, con la idea de acercarme a otras realidades, de escuchar las voces de otras mujeres cuyas vidas han sido afectadas de forma diferente por los trabajos de cuidado a causa de las desigualdades de género y clase. En este sentido mi pregunta de investigación es:

¿De qué manera los trabajos de cuidado realizados, en diversos contextos, a lo largo de la vida por mujeres adultas mayores, pertenecientes a distintos estratos socioeconómicos en la ciudad de Bogotá, se relacionan con la construcción y ejecución de sus proyectos de vida y cómo dichos trabajos y vivencias inciden en su proceso de envejecimiento?

Estas reflexiones y experiencias personales no solo buscan dar cuenta de las motivaciones que me sirvieron de guía para identificar el problema de investigación, sino que, además, me permiten situarme dentro de este. Establecer mi punto de vista, es decir, la manera como observo e interpreto la realidad desde mi posición de investigadora.

La tarea de observar la realidad, no es sencilla, pues no se trata simplemente de observar, sino de la manera como lo hacemos, al respecto señala Donna Haraway que “todos los ojos, incluidos los nuestros, son sistemas perceptivos activos que construyen traducciones y maneras específicas de ver” (Haraway, 1991, pág. 327). Es decir, que tenemos una

especie de lentes o, como Haraway les llama, “instrumentos de visualización” a través de los cuales observamos la realidad y que nos dan distintas visiones “traducciones” de la misma.

Es decir que, percibimos la realidad según la posición desde la que la observemos, en mi caso la visión de la realidad esta mediada por las múltiples facetas que desempeño, esos yoes que encarno, que habitan en mí, entre los que existen fuertes tensiones y que han hecho imposible tener una única visión o interpretación de la realidad, me refiero a mi yo mujer, mi yo feminista , mi yo madre, mi yo esposa, mi yo abogada.

Mi posicionamiento frente a la realidad que investigo ha migrado por cada uno de esos yoes, alimentándose de cada uno de ellos para darme una visión más completa, quizás más humana de la realidad. Es así como, ese “Yo que conoce”, del que habla Haraway, ese “yo parcial, nunca terminado, construido y remendado de manera imperfecta” (Haraway, 1991, pág. 331), se ha ido construyendo, completando y remendando a lo largo del proceso de investigación.

Trabajar con mujeres mayores me ha permitido entender, pensar, sentir y vivir el cuidado y el envejecimiento de otra manera. Desde mi papel como investigadora, pero también desde mi papel como cuidadora, he podido participar y acercarme a las entrevistadas como una más, entendiendo con ellas el cuidado y el envejecimiento, de modo que las reflexiones sobre mi trabajo de investigación interactúan con mis experiencias y relatos.

Siguiendo a Haraway, todo análisis está situado, es subjetivo e incompleto. “Ocupar un lugar implica responsabilidad en nuestras prácticas” y es la base del conocimiento organizado (Haraway, 1991, págs. 332,333). En este sentido, y con el objeto de producir conocimiento de forma responsable he optado por una investigación- acción – situada (Molinier P. , 2018), que me ha permitido desarrollar un proceso de aprendizaje no solo académico sino también personal, logrando que me defina, a la par con ellas, en relación con el envejecimiento y los trabajos de cuidado.

Precisiones Metodológicas

La presente investigación busca contribuir a los estudios sobre vejez, género y cuidado, analizando, desde el punto de vista feminista (Harding, 2012) la manera como los trabajos de cuidado se relacionan con la construcción de los proyectos de vida de mujeres adultas mayores, reflexionando sobre el proceso de envejecimiento y proponiendo una mirada interseccional sobre la edad, llamando la atención sobre el papel que juega esta categoría en las dinámicas de opresión y exclusión social.

Los objetivos de investigación están dirigidos a caracterizar los tipos de trabajo de cuidado que han realizado y realizan tres mujeres adultas mayores y el tiempo dedicado a estos, a partir del análisis de sus historias de vida en relación con sus proyectos vitales en distintos momentos. Con ello he buscado visibilizar el papel de las mujeres mayores como cuidadoras y su aporte al bienestar social y familiar.

A pesar de ser ésta una investigación social cualitativa, no busca representar a toda la población, ni arrojar resultados que permitan hacer generalizaciones. La intención final es escuchar, y a través de la escritura y la lectura de este texto hacer oír las voces de mujeres adultas mayores, pertenecientes a distintos estratos socioeconómicos, que desempeñan labores de cuidado de forma permanente. Se pretende ofrecer una visión de las mujeres adultas mayores como realizadoras de cuidados, no solo en su papel de abuelas, sino como cuidadoras en general, destacando esas otras facetas del cuidado que quedan encubiertas por la figura de las abuelas. Y con ello me refiero a los cuidados que procuran a sus hijos adultos, a familiares en situaciones de discapacidad, a otros ancianos y las múltiples tareas domésticas que realizan en sus hogares e incluso en los lugares de residencia de otras personas.

En esta descripción encajan muchas, muchas mujeres, pero no todas están dispuestas a participar en una investigación, no todas quieren contar su historia; aquí recojo las voces de aquellas que quisieron compartir parte de su vida conmigo. Dicho esto, la selección de historias de vida que recogí y que componen esta tesis no fue aleatoria, es un muestreo intencional que partió de la observación de la cotidianidad de mujeres cercanas a mi entorno.

De este modo llegué a Piedad, una mujer de 56 años, de origen campesino, que migró muy joven a la ciudad con el fin de procurarse un futuro mejor y no repetir la historia de su

madre. Sin embargo, las dinámicas migratorias del campo a la ciudad no ofrecen garantías de mejora de las condiciones de vida de quienes migran y en el caso de Piedad además de arrastras tras de sí la pobreza vivida durante la infancia, se suma el hecho de que se casa muy joven con un hombre alcohólico y maltratador, repitiendo así la misma historia de pobreza y violencia vivida por su madre. Piedad tiene tres hijos y cuatro nietos, es separada, vive en un barrio estrato dos al sur occidente de la ciudad y se desempeña como aseo en el conjunto residencial en el que vivo. Trabajo del que se siente orgullosa y con el que se siente agradecida, pues, como afirma ella, fue gracias al trabajo de cuidado remunerado que logró salir adelante y procurar a su familia condiciones de vida dignas.

A otra de las mujeres la conocí a través de una vecina que tiene un hijo en condición de discapacidad y a quien inicialmente le propuse participar en la investigación, pero rechazó mi propuesta, pues no se sentía cómoda para hablar de su vida conmigo. A cambio me presentó a su amiga María Angélica, una mujer bogotana de 70 años, que también es madre de un hombre adulto en situación de discapacidad cognitiva y a quien ha cuidado toda la vida de forma permanente, circunstancia que le impidió trabajar como asalariada y por tal motivo actualmente no goza de derechos pensionales. Sus ingresos provienen de algunos trabajos eventuales en modistería y de la mesada que el padre de su hijo aporta para la manutención de este. María Angélica tiene, además, una hija y dos nietos, es separada y actualmente vive en un pequeño apartamento de un barrio estrato tres al noroccidente de Bogotá y se encarga del cuidado de su hijo y del menor de sus nietos.

Finalmente, descubrí a Graciela un día que fui de visita a casa de una amiga y me sorprendió ver como su madre realizaba todas las labores domésticas y se encargaba de su nieto mientras nosotras conversábamos. Graciela, es una mujer de origen campesino, de 71 años, que perdió a su madre durante la adolescencia y tuvo que asumir el rol materno, sin ser madre, dedicándose al cuidado de sus hermanos y ayudando a su padre en la gestión del hogar. Ella, al igual que Piedad, migró muy joven a la ciudad, trabajó la mayor parte de su vida como auxiliar contable, bajo contratos precarios, con salarios mínimos y en condiciones de explotación laboral, nunca estuvo afiliada a la seguridad social y por ende no tiene derecho al cobro de una pensión por jubilación. Graciela tiene una hija y un nieto de dos años, a quienes cuida y con quienes convive en una casa ubicada en un barrio estrato dos, al sur oriente de la capital.

Así pues, son estas tres mujeres las que componen el universo poblacional del presente estudio, mujeres con trayectorias vitales y cotidianidades muy distintas. Mujeres diversas,

que vivencian y ejercen el cuidado desde distintos lugares. Mujeres cuyas experiencias de vida han estado marcadas por las desigualdades de clase y género, pero que han encontrado en el cuidado una manera para trascender, un espacio de realización personal que les ha permitido empoderarse.

Para la recolección de información y posterior construcción de las historias de vida realicé entrevistas en profundidad con las que pude indagar sobre aspectos que contribuyeron a elaborar una caracterización de las participantes tanto a nivel personal como en relación con las labores de cuidado que cada una realiza. Esta caracterización, también permitió dar cuenta del contexto familiar de las entrevistadas y la organización del cuidado al interior de sus hogares de crianza y sus hogares actuales. Se optó por este tipo de entrevistas porque, como lo resalta Yolanda Puyana, éstas facilitan el proceso de comunicación cara a cara y el intercambio por medio del lenguaje, son instrumentos que por medio del arte de lenguajear, revelan no solo nuestro pensar, sino que proyecta el curso de nuestro hacer (Puyana Villamizar, 2013).

Previo a la realización de las entrevistas se hizo la operacionalización de las categorías analíticas contenidas en los objetivos de la investigación, de tal manera que se pudieran establecer los aspectos fundamentales de indagación. La investigación giró en torno a tres categorías principales a saber, mujeres adultas mayores, trabajos de cuidado y tiempo.

En relación con la categoría mujeres adultas mayores se definieron unas subcategorías encaminadas a establecer las características demográficas y socioeconómicas de las participantes, así como el contexto de los hogares de crianza y de los actuales hogares. Se establecieron como variables fundamentales de indagación: la edad, el nivel educativo, la situación laboral y de seguridad social, el nivel de escolaridad, el estrato socioeconómico, la relación con los sujetos demandantes de cuidado². Variables útiles para mostrar las características personales y atributos de las entrevistadas y poder definir las.

Respecto de la categoría trabajos de cuidado, se detectaron como subcategorías la dimensión material, ética y emocional del cuidado (Arango & Molinier, 2011). Las variables de indagación en este caso estuvieron orientadas a caracterizar las actividades de limpieza y mantenimiento del hogar, las actividades de atención y cuidado directo a las personas,

² Prestando especial atención a la clase y la edad como categorías de interseccionalidad

las actividades de autocuidado y las de gestión del cuidado, es decir, aquellas dirigidas a la administración del hogar (compra de alimentos, elementos de aseo, pago de servicios, entre otros). También se indagó sobre aspectos relacionados con el deber ser del cuidado, los sentimientos y emociones generadas por dicho trabajo y el reconocimiento de las labores de cuidado. El indagar sobre todas estas variables permitió resolver preguntas acerca de quién se encarga de los cuidados, del por qué y el para qué de estos, de las razones que justifican las actividades de cuidar, de las emociones e inquietudes de las entrevistadas en respecto a las labores que realizan y si existe o no un reconocimiento, compensación o pago por dicho trabajo.

Y finalmente, en relación con el tiempo se determinaron subcategorías dirigidas a establecer la cantidad de horas dedicadas a las actividades de cuidado mencionadas anteriormente, para ello se pidió a las participantes que elaboraran un itinerario del cuidado, es decir la descripción de las labores de cuidado que realizan diariamente indicando el tiempo destinado a cada una de ellas. También se observó la relación existente entre el tiempo y la vivencia personal, concretamente en lo que respecta a los proyectos de vida y como estos cambian, entre otras cosas, por la interferencia de los trabajos de cuidado a medida que transcurre el tiempo. Todo esto con el fin de mostrar el alcance temporal de las desigualdades de género producidas por la distribución desigual de las actividades de cuidado y la permanencia de estas en la vida de las mujeres.

La necesidad de acercarme a la vida privada y cotidiana de estas mujeres me permitió dar cuenta de la singularidad de cada una de ellas y me inclinó hacia la elección de los relatos de vida como herramienta metodológica. Entendiendo estos como herramientas que permiten trabajar con un enfoque biográfico y ofrecen una posibilidad privilegiada para conocer a fondo detalles íntimos importantes que nutran la investigación (Sharim Kovalskys, 2005).

De este modo las conversaciones que sostuve con ellas les permitieron relatar su propia vida, y en ese relato dar sentido a su pasado, a su presente y al proyecto de vida que éste contiene (Barbieri M. , 2008). Ello me permitió adentrarme en sus vidas, conocer su historia personal y familiar, sus relaciones con los trabajos de cuidado, los sentimientos y emociones generadas por dichos trabajos, sus sueños, sus frustraciones, sus miedos. Fueron todos relatos muy emotivos, en los que cada una puso acento en aquellos acontecimientos que han marcado de forma positiva y negativa su existencia.

Una vez registradas las entrevistas procedí a realizar el ejercicio de escucha de las grabaciones y de transcripción de estas. Esta tarea de pasar de lo oral (relatos de vida) a lo escrito (historias de vida), es particularmente compleja, pues implica tiempo y atención a fin de realizar la interpretación de las narraciones y poder dar forma a las historias de vida. Es decir, implica un proceso de doble interpretación, por una parte la narradora (quien es la entrevistada) construye su relato de vida a partir de las interpretaciones que hace de su propia vida y, por otra parte, la investigadora construye las historias de vida a partir de la interpretación de la producción de quien narra, reconstruyendo el relato en función de distintas categorías conceptuales, temporales o temáticas (Cornejo, Mendoza, & Rojas, 2008)

En este proceso de construcción de las historias de vida de las protagonistas de esta investigación, pude realizar un análisis intratextual e intertextual de los relatos (Puyana Villamizar, 2013). Por una parte, se analizó el contenido de las narraciones y la estructura de estas. Con ello busqué, considerar cada relato en su totalidad y ello me permitió comprender el transcurrir de la vida de estas mujeres en relación con los trabajos de cuidado y sus percepciones y sensaciones sobre éstos y sobre la vejez. Por otra parte, el análisis individual permitió también hacer una comparativa con los otros relatos hallando similitudes y diferencias en función de las categorías analíticas.

El documento que se presenta a continuación es el resultado del trabajo de investigación descrito anteriormente y consta de tres capítulos en los que se ahonda sobre las categorías de análisis descritas anteriormente.

El primer capítulo lleva por título ¿Por qué cuidamos las mujeres?, en él doy cuenta de la experiencia de Piedad, María Angélica y Graciela, y está dividido en cuatro apartados en los que a partir de un breve recuento histórico de los orígenes del trabajo de cuidado y algunas precisiones teóricas en torno al concepto, las características y dimensiones del mismo, intento dar respuesta a la pregunta de ¿Por qué cuidamos las mujeres?, para posteriormente en los dos últimos apartados estudiar el cuidado como un trabajo y analizar dicho concepto a partir de los itinerarios del cuidado de las mujeres participantes en la investigación. Destaco allí, la edad como una categoría de interseccionalidad y visibilizo la importancia de los trabajos desarrollados por ellas.

El segundo capítulo, ¿De quién aprendemos el cuidado? Trayectorias vitales y construcción de identidades: nociones y prácticas en torno al cuidado, se centra en el

estudio del contexto socio económico y familiar de las participantes a partir de sus relatos de infancia y juventud, analizando la influencia del entorno familiar y social en la reproducción y refuerzo de los roles de género en relación con los trabajos de cuidado y en la construcción de la identidad de dichas mujeres. En este apartado enfatizo en la manera en que las participantes han aprendido, asimilado y transformado las prácticas de cuidado a lo largo de su ciclo vital. Con esto me interesa mostrar la continuidad y permanencia de dichos trabajos en la vida de estas mujeres.

Por último, el tercer capítulo bajo el título de Mujeres mayores: cuidado y proyectos de vida, presenta un breve análisis sobre la vejez y el proceso de envejecimiento y sus implicaciones en la vida de estas mujeres. Allí enfatizo sobre las causas de agudización de las desigualdades de género en esta etapa del ciclo vital. Y a la luz de los estudios y debates desarrollados en torno a la vejez y los trabajos de cuidado, destaco el papel de las mujeres mayores como cuidadoras y el cuidado como una elección, como un proyecto de vida en sí mismo, como una forma de empoderamiento que les permite afirmarse a sí mismas y trascender convirtiéndose en parte fundamental del sostenimiento y bienestar de sus hogares.

Cuadro 1. Caracterización de las mujeres participantes en la investigación

NOMBRE	EDAD	NIVEL EDUCATIVO	SITUACIÓN LABORAL	SEGURIDAD SOCIAL	NUMERO DE HIJOS	NUMERO DE NIETOS	ESTADO CIVIL	ESTRATO SOCIO ECONOMICO	TRABAJOS DE CUIDADO REALIZADOS
Piedad	56 años	Formación Técnica	Aseadora	Cotizante	3	4	DIVORCIADA	2	Limpieza de áreas comunes en un conjunto residencial. Limpieza y mantenimiento de su hogar, incluida la preparación de alimentos y lavado de ropa.
María Angélica	70 años	Bachillerato	Hogar (Cuida de su hijo adulto con discapacidad y de su nieto de 2 años)	Afiliada al servicio de salud como beneficiaria de su hija mayor. No recibe pensión pues nunca cotizó al régimen de pensiones.	2	2	DIVORCIADA	3	Limpieza y mantenimiento de su hogar, incluida la preparación de alimentos y lavado de ropa. Cuidado directo: Higiene, acompañamiento y protección de un niño de 3 años y de un adulto en situación de discapacidad.
Graciela	71 años	Formación Técnica	Hogar (Cuida de su nieto de 3 años)	Afiliada al sistema de salud como beneficiaria de su hija. No recibe pensión, pues a pesar de trabajar durante su vida adulta, nunca cotizó al régimen de pensiones.	1	1	SOLTERA	2	Limpieza y mantenimiento de su hogar, incluida la preparación de alimentos y lavado de ropa. Cuidado directo: higiene, acompañamiento y protección de un niño de 3 años.

Prólogo

A propósito de las cosas que hacemos las mujeres

“Arroz con leche me quiero casar con una señorita de la capital, que sepa coser, que sepa planchar...” Ese es el inicio de una canción infantil muy popular que yo canté muchas veces durante mi infancia y que ahora que soy adulta me hace pensar en las cosas que hacemos las mujeres, las cosas que hacemos por y para los otros, y lo que sacrificamos por ello.

“... que sepa coser, que sepa planchar...”, canto y pienso en las horas que he perdido planchando, planchando con esmero camisas, pantalones, camisitas, vestiditos; planchaba durante horas frente a la tele para hacer un poco menos tediosa la labor. Planché y planché hasta que me cansé, mejor dicho, hasta que descubrí los haceres textiles.

Mis exploraciones en relación con el hacer textil surgen, al igual que los proyectos académicos, como una necesidad de encontrar un espacio propio, en el que refugiarme y alejarme un poco de los niños, de la casa y de las pesadas cargas del cuidado.

Así pues, durante los últimos veinte años he realizado varios proyectos textiles, he tejido bufandas, he hecho colchas de retazos, muñecas de trapo, disfraces para mis hijos, en fin...muchos proyectos. Uno de mis favoritos es el proyecto de bordado que hice como trabajo final para la clase de *Costuras: Pensamiento textil y escrituras que resisten*, clase impartida por la profesora Tania Pérez-Bustos, dentro del programa académico de la Escuela de Estudios de Género.

El trabajo final debía responder a la pregunta ¿Cómo el pensamiento textil puede ayudar a desarrollar el proyecto de investigación que está adelantando? Entonces pensé de qué manera podría documentar, a través del hacer textil, los trabajos de cuidado realizados por las mujeres participantes de la investigación. Y empecé por reconocer esos puntos de conexión que existen entre el hacer textil y los trabajos de cuidado, así pues, se trata de labores feminizadas, lentas, laboriosas, cuidadosas, repetitivas que tienen lugar en ámbito doméstico y que en gran parte se realizan con las manos.

Es así como decidí bordar las manos de las mujeres que me han acompañado en esta travesía, como un homenaje a sus manos y a su trabajo, como una forma de documentar la relación de cada una de ellas con los trabajos de cuidado.

El proyecto se titula “Bordando con cuidado” y está conformado por tres piezas textiles acompañadas de breves relatos que hablan de cada una de estas mujeres y permiten acercarse más a ellas. He decidido que estas piezas acompañen el presente texto, no solo para introducir cada uno de los capítulos, sino como una forma de hacerlas más presentes a través de sus manos y de las mías como escritora y bordadora



1 Bordado de las manos de Graciela. Realizado por la autora.

Graciela:

“Yo siempre he hecho todo... cuando tenía quince años mi mamá murió en un accidente y mis hermanos eran pequeños entonces yo los cuidaba y cocinaba para ellos y le ayudaba a mi papá con la finca. Cuando mi hija era chiquita vivíamos con mis hermanos, porque el padre de la niña me abandonó. Yo trabajaba todo el día y llegaba cansada a cocinar, a limpiar, a lavar ropa. Y ahora que ella es grande y trabaja, yo sigo haciendo todo”.

1. ¿Por qué cuidamos las mujeres? La experiencia de las mujeres adultas mayores.

¿Por qué cuidamos las mujeres?, es una pregunta que me he formulado en muchas ocasiones a lo largo de mi vida adulta, sobre todo cuando he tenido que realizar las labores más ingratas del cuidado³, como lavar los baños o fregar el suelo, o cuando me he sentido desbordada por las demandas de la maternidad.

Esas imágenes idílicas de las madres con sus hijos recién nacidos que se observan en los comerciales de televisión o en las fotografías publicitarias nada tienen que ver con la vivencia real de la maternidad. El cambio de pañales, la lactancia a demanda, descubrir el motivo del llanto de un bebé son algunas de las labores de cuidado que se exige la llegada de un nuevo ser y que, la mayoría de las veces, resultan agotadoras para las mujeres, luego de haber dado a luz después de 9 meses (aproximadamente) de gestación.

El cuidado, como veremos a lo largo del capítulo, ha sido históricamente asignado a las mujeres, en virtud de sus facultades reproductivas, haciéndolas responsables sociales del mismo. En consecuencia, las mujeres han asumido la obligación de reproducir y mantener la especie, a costa de su exclusión de la vida pública.

“Hemos traído al mundo, criado, lavado e instruido, quizás hasta los seis o siete años a los mil seiscientos veintitrés millones de humanos que, según las estadísticas, existen actualmente y esto, aunque algunas de nosotras hayamos contado con ayuda, toma tiempo” (Woolf, 1980, pág. 154)

Esta cita de Virginia Woolf me gusta porque hace alusión al tiempo, al tiempo que dedicamos las mujeres al cuidado. Tiempo de trabajo, tiempo que tiene valor pero que no

³ Las tareas asociadas con la suciedad, la mancha y todos los excrementos y materiales sucios son conocidas como trabajo sucio (Molinier P. , 2018)

tiene precio. María Ángeles Durán, en su estudio sobre el uso del tiempo, llama la atención sobre el valor de las cosas que no tienen precio, cosas que tienen la capacidad de satisfacer necesidades, pero cuyo valor es difícil de calcular en términos monetarios, como el valor del tiempo dedicado a los trabajos de cuidado que resultan prácticamente invisibles en las interpretaciones económicas y políticas (Durán, 2007).

A pesar de que los trabajos de cuidado son fundamentales para el sostenimiento de la vida humana y que la participación y el tiempo dedicado a dichos trabajos es mayor que la participación y tiempo destinado a la producción de bienes y servicios⁴, son actividades desvalorizadas y carentes de reconocimiento social, político y económico. Entonces cabe preguntarse ¿Cómo se establece el valor de los trabajos de cuidado?, quién determina ¿cuánto vale amantar a un bebé, o cantarle una canción de cuna para que se duerma, o escuchar las quejas de un adolescente o consolarlo cuando está triste?

Con el fin de reconocer la contribución económica de la mujer y visibilizar la desigualdad en la distribución del trabajo remunerado y el no remunerado entre mujeres y hombres, la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer, celebrada en Beijing en 1995, propuso la elaboración de métodos apropiados, para evaluar cuantitativamente el valor del trabajo no remunerado que no se incluye en las cuentas nacionales, por ejemplo, el cuidado de los familiares a cargo y la preparación de alimentos, para su posible inclusión en cuentas especiales u otras cuentas oficiales que se prepararán por separado de las cuentas nacionales básicas (Organización de las Naciones Unidas (ONU), 1995).

En este sentido Colombia aprobó la ley 1413 de 2010, siendo el primer país en América Latina en promulgar una ley para regular la inclusión de la economía del cuidado en el sistema de cuentas nacionales (Arango & Molinier, 2011, pág. 9) con el objeto de medir la contribución de la mujer al desarrollo económico y social del país y como herramienta fundamental para la definición e implementación de políticas públicas.

Estos avances legislativos propiciaron el desarrollo de las Encuestas sobre el uso del tiempo, que facilitan la medición de las actividades de cuidado y permiten visibilizar y reconocer el aporte de las mujeres en el desarrollo económico y social a través de los trabajos de cuidado. Sin embargo, estamos lejos de lograr una efectiva organización social del cuidado basada en políticas y acuerdos dirigidos a la redistribución de tareas de cuidado

⁴ Para el caso colombiano ver: Boletín Técnico. Encuesta Nacional del Uso del Tiempo (ENUT) 2016-2017
Obtenido de: https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/ENUT/Bol_ENUT_2016_2017.pdf

entre el mercado, el Estado y otros miembros de la comunidad y de la familia, asumiendo así el cuidado como un asunto de trascendencia social y reconociendo esta actividad como un trabajo remunerado.

Toda esta problemática se aborda en el presente capítulo, con el que busco presentar un panorama general de los trabajos de cuidado, a partir de un breve recuento histórico de los orígenes del trabajo de cuidado y algunas precisiones teóricas en torno al concepto, las características y dimensiones de este para intentar dar respuesta a la pregunta de ¿Por qué cuidamos las mujeres? Para posteriormente en los dos últimos apartados estudiar el cuidado como un trabajo y analizar dicho concepto a partir de los itinerarios del cuidado de las mujeres participantes en la investigación, proponiendo una mirada interseccional sobre la edad y visibilizando el valor de los trabajos realizados por ellas a partir de los aportes que con su trabajo hacen al bienestar y a la economía de sus familias.

1.1. El origen de los trabajos de cuidado

La tarea de explicar el origen, el por qué, de los trabajos de cuidado es una labor que se ha asumido desde distintas disciplinas, así la historia, la antropología, la economía, la sociología han hecho diferentes lecturas de aquellas labores feminizadas dirigidas a la atención y al mejoramiento del bienestar y la calidad de vida de las personas. Dichos estudios parten, en la mayoría de los casos, de un análisis histórico de la división sexual del trabajo como un fenómeno universal que ha contribuido a la jerarquización de las personas y de los trabajos determinando así la posición social de las mujeres.

Las corrientes historiográficas occidentales han realizado aportes importantes al estudio de los trabajos de cuidado, por ejemplo, la historia de la familia con investigaciones sobre la natalidad y la fertilidad; la historia de la medicina con aportes sobre la salud infantil; y la historia de la infancia y de las mujeres que se ha centrado en el estudio de la maternidad, la lactancia, la higiene doméstica y los cuidados en la infancia en la transición a las sociedades modernas. (Carrasco, Borderias, & Torns, 2011)

De estas corrientes quizás valga la pena acercarse más a la historia de las mujeres en occidente que es la que nos permite entender mejor cómo y por qué llegamos las mujeres a la situación actual. En este punto coincido con Gerda Lerner cuando afirma que “la historia de las mujeres es indispensable y básica para lograr la emancipación de la mujer”. (Lerner,

1990). Esta afirmación resalta la importancia de conocer nuestra historia, de acercarnos a la historia de las mujeres desde los inicios para conocer y entender los orígenes de la subordinación femenina, para determinar, como señala Gayle Rubin, “lo que habría que cambiar para alcanzar una sociedad sin jerarquía de género” (Rubin, 1986)

Gerda Lerner hace un interesante ejercicio de búsqueda de la historia del sistema patriarcal remontándose a las primitivas sociedades del neolítico para explicar cómo, cuándo y por qué se produjo la subordinación de la mujer. Es así como a partir del estudio de la evolución de los homínidos encuentra los primeros argumentos en favor de las diferencias biológicas como causa primera de la división sexual del trabajo.

Según esta teoría, la asimetría sexual, las diferencias biológicas entre hombres y mujeres son las que dan origen a la división sexual del trabajo. Pues las mujeres biológicamente tienen la función de engendrar y parir y por ende la de cuidar a la prole y los hombres, por su fuerza física, su velocidad y agresividad están acondicionados para ser cazadores y guerreros y deben encargarse del suministro de alimentos y de la protección del grupo.

Sin embargo, a lo largo de la historia se han desarrollado distintas formas en las que los hombres y las mujeres han organizado la sociedad y la manera como han distribuido el poder, el cuidado y los recursos. Hay sociedades en las que la asimetría sexual no genera dominio, en las que las tareas realizadas por cada uno de los miembros del grupo son igual de importantes e indispensables para la supervivencia.

Así lo señalan algunas investigaciones como la de Elise Boulding, citada por Lerner, que encuentra sociedades neolíticas con un reparto igualitario del trabajo, en las que la mujer primitiva era guardiana del fuego doméstico y además sus amplios conocimientos de las plantas, los árboles y las raíces eran fundamentales para la fabricación de sustancias curativas, tintes y ropa, y además sus habilidades para la recolección de alimentos y el cuidado de los niños garantizaban la supervivencia del grupo (Lerner, 1990).

En este sentido, Dolores Comas, nos recuerda como Margaret Mead con su libro “*Sex and temperament*” (1935) desvirtúa la idea, fuertemente arraigada, de que las diferencias entre hombres y mujeres respondían a sus diferencias físicas y que la asignación de tareas y roles estaba fundamentada en las diferencias anatómicas. El análisis intercultural de Mead, mostró la existencia de sociedades en las que los hombres realizan actividades que en otras sociedades están asignadas a las mujeres y que asumen comportamientos que, en

nuestras sociedades, se consideran femeninos, ocurriendo lo mismo en el caso de las mujeres. (1995, pág. 18)

Así pues, la institucionalización del dominio masculino sobre las mujeres no obedece a un hecho de origen natural, sino que se produce como consecuencia de un proceso histórico que ha estado marcado por diversos acontecimientos, que además contribuyeron a la consolidación de la cultura occidental. Uno de ellos fue el surgimiento de la agricultura, que impulsó el intercambio de mujeres entre las tribus y marcó el inicio de la domesticidad de las mujeres (Rubin, 1986).

Dicho intercambio se producía dentro de la dinámica del sistema de parentesco en el que las mujeres eran entregadas como esposas, entregadas a cambio de favores, vendidas y compradas por su capacidad reproductiva, por su sexualidad y en virtud del derecho que los hombres tenían sobre sus parientes mujeres.

Por su parte, Silvia Federici (2010, pág. 97) sostiene que “el contexto histórico en el que se debe ubicar la historia de las mujeres y la reproducción es en la transición del feudalismo al capitalismo”, periodo comprendido entre 1450 a 1650 que estuvo marcado por fuertes y violentas luchas del proletariado medieval contra el poder feudal, luchas contra la acumulación primitiva, es decir contra el aniquilamiento de la propiedad privada fundada en el trabajo propio.

El desarrollo del capitalismo trajo consigo, además de guerra y muertes, la expropiación de la tierra, la explotación del trabajo libre, la privatización de los medios de producción y con ello la redefinición de las tareas productivas y reproductivas y de las relaciones hombre-mujer que, durante este periodo, fue realizada con la máxima violencia e intervención estatal, lo que “no deja dudas sobre el carácter construido de los roles sexuales en la sociedad capitalista occidental” (Federici, 2010, pág. 26).

De este modo el capitalismo, a través de la marcada división y jerarquización de los trabajos y la consecuente domesticidad de los cuidados, produjo cambios importantes en la posición social de las mujeres, encerrándolas, confinándolas al ámbito doméstico e imponiéndoles una serie de deberes reproductivos, en consecuencia, según Federici, el tránsito del feudalismo al capitalismo, “implicó para las mujeres un proceso excepcional de degradación social que fue fundamental para la acumulación de capital y que ha permanecido así desde entonces”. (Federici, 2010, pág. 113).

La ideología de la domesticidad hizo a las mujeres responsables naturales del cuidado, mediante una resignificación de la maternidad, que fue alimentada durante el siglo XVIII tanto por la literatura como por el discurso médico, estableciendo nuevos códigos de maternidad (Carrasco, Borderias, & Torns, 2011).

Por su parte, los altos índices de mortalidad infantil generaron una preocupación demográfica de índole política y económica al ser considerada la niñez mano de obra fundamental para los medios de producción. De este modo se dio valor a la infancia como riqueza económica potencial, lo que a la par valorizó la crianza materna. Las mujeres se convirtieron entonces en protagonistas, como reproductoras de nuevos súbditos, criadoras y socializadoras de nuevas generaciones (Imaz, 2010).

Este proceso histórico a partir del cual las mujeres pasaron a ser definidas fundamentalmente como madres, se conoce como maternalización de la mujer (1750-1950) y fue promovido desde el Estado y gestionado por diversas instituciones, como la iglesia católica, las instituciones educativas y los hospitales. La maternidad cobró así protagonismo convirtiéndose en la principal función de la mujer, idea que fue reforzada con un cambio de mentalidad en torno a la familia y la infancia (Imaz, 2010).

Consolidándose así el modelo de maternidad hegemónico de occidente basado en la naturalización de la función materna, la individualización de las tareas de cuidado, la exclusividad en la dedicación femenina a las labores maternas y la moralización respecto a las prácticas de crianza, todo enmarcado dentro de un contexto de exclusión femenina de la vida pública (Imaz, 2010).

En consecuencia, la unidad doméstica empieza a pensarse bajo la idea de familia nuclear (padre, madre e hijos), idea que es reforzada enfáticamente por el discurso religioso, haciendo alusión a la sagrada familia como modelo⁵. Por su parte, el discurso médico hizo a las madres responsables de mantener una población sana y abundante, instituyéndolas como “amas de cría al servicio del Estado” (Carrasco, Borderias, & Torns, 2011).

⁵ Así se evidencia en “La perfecta casada” libro escrito en el renacimiento por Fray Luis de León, en el que se resalta el papel de una buena cristiana en lo que respecta al matrimonio, la maternidad y la familia. Esta obra fue publicada en España en 1583 y refleja vivamente la sociedad renacentista y el papel que la mujer debía cumplir dentro de ésta, haciendo alusión a varios pasajes bíblicos, la esposa debía estar entregada a sus obligaciones, confinada al hogar, ser un modelo de decencia y de pudor y conservar el honor de la familia.

Todas estas cargas impuestas a las mujeres, especialmente a las mujeres casadas bajo el mecanismo de presión de la fe católica constituyeron un sistema de opresión articulado por la iglesia y el Estado que ha sobrevivido hasta nuestros días. Efectivamente, “muchas mujeres con hijos o casadas tienen dificultades para cumplir con su deber y asumirse como tales, o para ser identificadas como madres o como esposas, de acuerdo con los estereotipos de adscripción vigentes” (Lagarde y de los ríos, 2001, pág. 363). Yo misma he pasado buena parte de mi vida recriminándome, exigiéndome cosas, intentando ser la madre perfecta, la esposa perfecta, intentando cumplir con ese modelo de “*madre ideal*” construido por la sociedad, que nos es repetido constantemente como una especie de eco, que está ahí para atormentarnos, para disciplinarnos, para recriminarnos.

De este modo el proceso histórico de creación de ese sistema de opresión, técnicamente conocido como patriarcado, se ha valido de las diferencias biológicas, concretamente las que hacen referencia a las capacidades reproductivas de la mujer para determinar el destino de éstas, instituyendo el matrimonio y la maternidad como la principal fuente de las obligaciones, de los deberes reproductivos que han colocado a las mujeres en situación de inferioridad y subordinación respecto de los hombres.

Estas reivindicaciones masculinas de universalidad y superioridad que conllevan imputaciones de inferioridad sobre las mujeres y que han establecido el dominio de los hombres sobre éstas se remontan a los inicios de la humanidad y se fundamentan, entre otros factores, en la división entre lo público y lo privado, que como se señaló en la introducción sirvió como discurso legitimante de la inferioridad femenina.

Son varias las acepciones que se le han dado a los conceptos de público y privado, pero para efectos de explicar fenómenos como la división sexual del trabajo y la inferioridad femenina, se ha entendido el mundo público como el lugar del trabajo remunerado, donde se produce la acción colectiva y se ejerce el poder, un mundo masculino en donde se produce y transcurre la historia y que es diametralmente opuesto al mundo privado, al mundo de lo doméstico, el lugar donde se ejerce el trabajo no remunerado, un mundo femenino donde se desarrollan las relaciones familiares y parentales, los afectos, el lugar donde transcurre la vida cotidiana (De Barbieri, 1991).

Esta división del mundo social en lo público y lo privado ha permitido a los hombres trascender en la esfera política, en el comercio, en la industria, en las ciencias, y en contrapartida ha definido a las mujeres desde el espacio privado, un espacio que, por

oposición al espacio público, es considerado un lugar de ocio, de descanso, de no trabajo, en consecuencia, las mujeres no trascienden, no trabajan, no producen.

Bajo ese concepto de no trascendencia, de no productividad, de inmanencia (De Beauvoir, 1965, pág. 218) ha transcurrido la vida de las mujeres a lo largo de la historia. Y esto se debe, además de los motivos expuestos anteriormente, a la falta de visibilidad del mundo privado, al velo que lo cubre y que impide ver que el hogar, como lo señala Teresita De Barbieri (1991, pág. 204), “es un lugar en el que se desarrollan actividades que requieren tiempo y energía y que son fundamentales para la vida de sus integrantes”.

Y este manto de invisibilidad no solo cubre el espacio doméstico y el trabajo de cuidado que se realiza en su interior, sino que se extiende también a quienes realizan dicho trabajo, produciéndose así la invisibilización de los sujetos que ejercen el cuidado (Arango Gaviria, 2011).

Sin embargo, este binarismo de lo público y lo privado, de la trascendencia y la inmanencia no se ajustan a la realidad de todas las mujeres. No todas las mujeres permanecen cautivas, recluidas en los hogares. Tal es el caso de Graciela, una de las mujeres participantes en la investigación, que desde muy joven tuvo que enfrentarse al mundo público.

“Cuando murió mi mamá la menor de mis hermanas tenía como unos cinco años, ella no se acuerda de mi mamá. Yo era la que cocinaba para todos. Y una señora nos ayudaba.

Mi papá se hizo cargo de las fincas, pero igual no pudimos salir adelante porque a él nadie le ayudaba, nadie lo veía como autoridad. Entonces, mi papá al ver que nadie le hacía caso me dijo a mí que fuera a hablar con la gente a ver si venía, y yo fui y conseguí obreros, gente para que llevara la cosecha, pues uno se daba cuenta la gente que mi mamá conseguía. Yo no sabía mucho eso, pero yo miraba a mi mamá cuando iba con ella y aprendí a negociar”

Y de este modo fue como Graciela empezó a desenvolverse en el mundo masculino, desempeñando un rol autoritario pues, aunque contaba con el respaldo de su padre, era ella quien se relacionaba con los trabajadores.

En este caso, son las circunstancias de la vida las que conducen a Graciela hacia la trascendencia, pero para otras mujeres, existe una necesidad, una preocupación por la trascendencia, un deseo de participar en la esfera pública, de incorporarse al mundo laboral. En ese sentido, las luchas feministas por la igualdad de los derechos han abierto puertas a las mujeres en nuestra sociedad, permitido que nos desempeñemos en muchas

otras facetas. Actualmente, estudiamos, trabajamos, somos empresarias, ejercemos la política y todo tipo de profesiones. En general, nos desenvolvemos en los espacios públicos haciendo uso de nuestro poder de decisión y de agencia, ejerciendo nuestros derechos, haciendo frente a nuestras necesidades a pesar de las adversas circunstancias sociales y/o personales.

Así pues, la participación actual de las mujeres en el ámbito público es evidente, sin embargo, como lo muestran las estadísticas, no ha sucedido el proceso contrario con los hombres, ellos no han vuelto su mirada hacia el mundo privado, no han asumido las labores de cuidado como algo propio, no han tomado conciencia de que cuidar es algo que podemos y debemos hacer todos (Departamento Administrativo Nacional de Estadística – DANE, 2016 - 2017). Los hombres no asumen como propio el cuidado porque no se les ha asignado dicha labor como una responsabilidad. Caso contrario ocurre con las mujeres, de las que se espera que estemos dispuestas a cuidar de otros, de todas se espera que tengamos sentimientos altruistas, que reconozcamos la vulnerabilidad del otro y que estemos prestas a dedicar nuestro tiempo y energía a atender dichas necesidades.

Entonces, pareciera que el altruismo y la dedicación al cuidado fueran cualidades intrínsecas de los sujetos femeninos, elementos comunes a todas las mujeres que nos caracterizan y que forman parte de la categoría mujer que, además, es diametralmente opuesta a lo masculino.

Hacer una asignación exclusiva del cuidado a las mujeres es discutible, pues como afirma Joan Tronto (1987, pág. 2), hacer esa diferenciación de género respecto al cuidado, en un contexto social en el que se identifica al hombre como norma, contiene una implicación de inferioridad que es evidentemente peligrosa y que además, impide ver la gama de posibilidades para estudiar el lugar del cuidado en nuestra sociedad.

En efecto, como señalan Arango y Molinier, “el cuidado no emana únicamente de las mujeres ni emana de “todas” las mujeres” (Arango & Molinier, 2011, pág. 16). Comparto con las autoras la idea de que el cuidado no emana únicamente de las mujeres, pues por naturaleza somos seres sociales, es decir que dependemos los unos de los otros para sobrevivir y en esa medida todos somos susceptibles de ser cuidados y a su vez estamos en capacidad de procurar cuidados a otros.

Sin embargo, quiero afirmar que no todas las mujeres cuidan no es acertado, pues creo que las mujeres, de una u otra forma, siempre cuidamos. En este sentido me adhiero al postulado de Marcela Lagarde según el cual

“Todas las mujeres por el solo hecho de serlo son madres y esposas. Desde el nacimiento y aun antes, las mujeres forman parte de una historia que las conforma como madres y esposas...todas las mujeres son madresposas, aunque no tengan hijos ni esposo” (Lagarde y de los ríos, 2001, pág. 363).

Es así como muchas mujeres solteras cuidan de sus padres ancianos dependientes, de sus hermanos enfermos, de sus sobrinos, de sus sobrinos nietos, en fin, desempeñan roles de cuidado siguiendo las normas que organizan los modos de vida femeninos basados en las relaciones y la responsabilidad. Al respecto, el caso de Graciela ilustra bien la figura de la madresposa, pues la muerte de su madre la obligó a cuidar de sus hermanos, cocinar, lavar y administrar el hogar y las fincas, asumiendo así el rol de madre y esposa sin serlo.

Sin embargo, a pesar de que todas desempeñemos roles de cuidado, no todas somos atravesadas de la misma forma por dichos trabajos. Ciertamente en sociedades como la nuestra en las que la distribución de la riqueza es cada vez más desigual y la precariedad y la discriminación son fenómenos cotidianos, la relación del cuidado con el género, la clase y la raza es de igual forma desigual y discriminatoria.

Así pues, es frecuente que mujeres blanco-mestizas de clase media y alta deleguen labores de cuidado contratando los servicios de mujeres de clases menos favorecidas, por lo general, mujeres campesinas, indígenas o afrodescendientes sobre las que se recargan desproporcionalmente los trabajos de cuidado.

Como ejemplo de la relación desigual entre cuidado, género y clase, traigo a colación dos de los casos analizados, el de Piedad y el de María Angélica en los que se evidencia como la inequitativa distribución de la riqueza agudiza las desigualdades en la distribución de los roles de cuidado. Piedad es una mujer de origen campesino que ha trabajado siempre como aseadora en distintas empresas, bajo condiciones de explotación y precariedad laboral, situación que se contrapone a la de María Angélica quien, gracias a su condición económica privilegiada, ha tenido siempre a su servicio mujeres de clases menos favorecidas para que realicen por ella algunas de las labores domésticas.

En ambos casos se trata de mujeres blanco-mestizas, que han desempeñado y desempeñan labores de cuidado, Piedad cumpliendo dobles jornadas, en el trabajo y en el

hogar y María Angélica, a pesar de haber contado con la ayuda de otras mujeres, ha asumido por completo el cuidado de su hijo en condición de discapacidad. No obstante, en el caso de Piedad es claro como su origen y su situación económica son marcadores de clase que han generado sobre ella una recarga desproporcionada de las labores de cuidado. Entonces, no es que el cuidado no emane de “todas” las mujeres, lo que ocurre es que desempeñamos roles de cuidado distintos.

1.2. Concepto, características y dimensiones del cuidado

El concepto de cuidados fue desarrollado por las corrientes feministas en la década de los años 70 del siglo XX, vinculado a los debates sobre el trabajo doméstico (Carrasco, Borderias, & Torns, 2011). Se empieza entonces a estudiar lo que las mujeres hacen, las actividades que desempeñan en el ámbito doméstico, dirigidas a la atención de las personas en todas sus dimensiones y al mantenimiento de los entornos vitales, tomando conciencia de este tipo de trabajo realizado gratuitamente por las mujeres y que se ejecuta en virtud de las dotes naturales de la procreación.

De este modo, el trabajo de cuidado surge como una herramienta para conceptualizar y entender las particularidades de una gran parte del trabajo que realizan las mujeres al interior de los hogares y que abarca no solo actividades materiales sino también las dimensiones subjetivas (afectiva y relacional) implicadas en dicho trabajo (Arango Gaviria, 2011; Batthyany, 2018).

A pesar de que los trabajos de cuidado, como se señaló anteriormente, han surgido a la par con la humanidad, su estudio se ha dado de forma tardía, situación que evidencia no solo la dificultad de definir y de ubicar dichos trabajos dentro de las ciencias sociales sino también la desvalorización social de dichas labores, que obedece, entre otras cosas a la feminización del cuidado y al marco patriarcal dentro del cual se define.

No existe una definición universal que describa adecuadamente el trabajo de cuidado, por el contrario, es algo que aún está en discusión y que, como se mencionó anteriormente, se ha desarrollado en distintas áreas de las ciencias sociales. El concepto de división sexual del trabajo ha sido el punto de partida para explicar y definir el trabajo de cuidado. La división sexual del trabajo se ha explicado, entre otras formas, a través del uso de

categorías dicotómicas tales como naturaleza/cultura, doméstico/público, reproducción/producción, las que a su vez describen la oposición asimétrica entre los sexos y con ello las desigualdades entre hombres y mujeres.

Las categorías dicotómicas naturaleza/cultura y doméstico/público fueron empleadas por primera vez en 1974 por Sherry Ortner y Michelle Rosaldo para representar la oposición asimétrica entre los sexos como fundamento de la división sexual del trabajo (Comas D'Argemir, 1995).

De acuerdo con la primera categoría, se hace una asociación simbólica de la mujer con la naturaleza, en virtud de sus características biológicas dirigidas a la procreación, y de los hombres con la cultura como un espacio de desarrollo intelectual exclusivamente masculino. Así, el hombre mediante la tecnología y el pensamiento intenta dominar la naturaleza y por ende a las mujeres.

Por su parte, la oposición entre lo doméstico y lo público, como se señaló en el apartado anterior, se basa en la experiencia humana según la cual la asignación de las labores domésticas a las mujeres a causa de su rol de madres y cuidadoras las vincula al mundo doméstico, en tanto que los hombres gozan de libertad para dedicarse a las actividades económicas y políticas, es decir, que se desarrollan en el ámbito de lo público (De Barbieri, 1991).

Posteriormente, en los años 80, se retoman los presupuestos de la teoría marxista para analizar las relaciones de reproducción asociadas a las mujeres. De este modo las categorías producción/reproducción son empleadas para separar el ámbito laboral y el familiar, según esta dicotomía las mujeres están inmersas en la esfera reproductiva y familiar en donde los trabajos realizados carecen de valor por estar fuera de la producción de capital.

Sin embargo, el uso de estos sistemas duales ha sido criticado por no ser acertado, entre otras cosas, porque no se aplica de igual forma en todas las sociedades, y además porque no explica adecuadamente la subordinación de las mujeres respecto a la división sexual del trabajo (Comas D'Argemir, 1995). Por otra parte, las dicotomías planteadas no son tan marcadas, como ocurre para el caso de las categorías producción/reproducción donde la esfera productiva no es autónoma pues depende de la esfera reproductiva para su mantenimiento y renovación.

En términos generales, definir el cuidado no es sencillo, incluso no existe un término específico que lo caracterice, se hace uso indistintamente de la palabra cuidados, o de los conceptos de trabajo doméstico, trabajo de cuidado, labores de cuidado; además el sentido de la palabra cuidados no es el mismo en todos los idiomas. Por otra parte, la forma en la que se ha conceptualizado el trabajo de cuidado no es del todo precisa pues no abarca todas las dimensiones que encierra dicho concepto y tampoco involucra todas las posibles relaciones sociales que dan lugar al cuidado, lo que impide concretar su significado (Thomas, 2011).

El trabajo de Carol Thomas aborda esta problemática y plantea, a través de la deconstrucción del concepto de cuidados, la construcción de un concepto total que abarque la variedad de acepciones que se han desarrollado en torno al cuidado (Thomas, 2011).

El concepto desarrollado por Thomas involucra siete dimensiones presentes en todas las relaciones sociales que dan lugar al cuidado. Esas dimensiones hacen referencia a: La identidad social de la persona cuidadora; la identidad social de la persona receptora de cuidados; las relaciones interpersonales entre la persona cuidadora y la receptora de cuidados; la naturaleza de los cuidados; el carácter económico de la relación de cuidados y el marco institucional en el cual se prestan los cuidados.

Para Thomas es posible deconstruir diversos conceptos de cuidado combinando diferentes variables de cada una de las dimensiones citadas anteriormente. En efecto este ejercicio permite establecer los diferentes sujetos involucrados en la relación de cuidado y el vínculo existente entre ellos. Por otra parte, llama la atención sobre la naturaleza de los cuidados, es decir señala que existen distintos tipos de cuidado, que hay diferentes labores involucradas en la atención, mantenimiento y mejora de la calidad de vida de los seres humanos.

La naturaleza de los cuidados hace referencia a las dimensiones materiales, éticas y emocionales presentes en las relaciones de cuidado. Los cuidados materiales implican un trabajo, unas tareas de atención, que algunas veces involucran cuidados psicológicos o afectivos producidos como consecuencia del vínculo interpersonal existente entre el sujeto cuidador y el demandante de cuidados. Por otra parte, existen unos cuidados económicos que implican costos relacionados con el mantenimiento de las condiciones de vida de los individuos.

Estas dimensiones, resalta Thomas, son aplicables al entorno familiar, personal, y por supuesto a otros tipos de trabajos relacionados con el cuidado como es el caso de la atención médico sanitaria.

En términos generales los trabajos de cuidado están marcados por la relación de servicio, de atención y preocupación por otros, lo que genera lazos de proximidad (Batthyany, 2018). Dichas relaciones giran en torno a dinámicas de vulnerabilidad y dependencia pues todos, en cierta medida, somos vulnerables y dependientes, lo que remarca la importancia de los cuidados.

La importancia de los cuidados en la vida y en las relaciones humanas es resaltada por Joan Tronto en su definición, pues para ella el cuidado es “una actividad característica de la especie humana que incluye todo lo que hacemos con vistas a mantener, continuar o reparar nuestro mundo, de tal manera que podamos vivir en él lo mejor posible. Este mundo incluye nuestros cuerpos, nuestras individualidades y nuestro entorno, que buscamos tejer juntos en una red compleja que sostiene la vida” (Citada en Paperman, 2011, pág. 26).

Esta definición de cuidado de Joan Tronto abarca de una forma más general las categorías desarrolladas por Carol Thomas, pues se refiere a la especie humana en general, en esta medida todas y todos somos demandantes y proveedores de cuidado y nos corresponde en igual forma mantener, continuar y reparar el mundo. Mantener, continuar y reparar son verbos, son acciones que implican trabajos, tareas, pero también se refieren a esas dimensiones éticas y emocionales del cuidado, a la parte moral que encierra el cuidado.

Patricia Paperman (2011, pág. 26) analiza la definición de Tronto para resaltar la dimensión ética del cuidado. Según su análisis los trabajos, las tareas de cuidado tienen una intensión, un propósito que es moral y que radica en la necesidad de dichas labores para el mantenimiento y mejoramiento de las condiciones de vida humanas. La dimensión ética del cuidado resalta la importancia de los trabajos de cuidado “para el acondicionamiento y el mantenimiento de un mundo común habitable, de un mundo humano”.

La dimensión ética del cuidado desarrollada por Paperman se enfoca en explicar el por qué, el para qué de los cuidados. Entonces, ¿por qué cuidamos, por qué nos cuidamos?, para Paperman la respuesta está en la vulnerabilidad, cuidamos de otros y otros cuidan de nosotros porque somos vulnerables. La vulnerabilidad es una característica propia de la vida, común a todos los miembros de la especie humana que, aunque puede acentuarse

en momentos específicos del ciclo vital, está presente permanentemente en el desarrollo de las personas.

La vulnerabilidad en tanto que característica general de la especie, demanda una atención, un cuidado que tiene lugar en diversas relaciones sociales, y en consecuencia no está circunscrito al ámbito familiar. Es decir, cuidado es la atención y miramientos de la madre hacia el hijo, como también lo es la atención y dedicación de los profesores hacia sus alumnos o de los profesionales de la salud hacia los pacientes. Por lo tanto, la ética del cuidado no tiene que ver con la piedad, ni con la compasión, ni con los sentimientos maternales que se espera que tengamos las mujeres en virtud de nuestra capacidad reproductiva. La ética del cuidado tiene que ver con el *deber ser* del cuidado, con las razones que justifican las actividades de cuidado y responde a las preguntas sobre el quién, al para qué y el porqué del cuidado.

Por otro lado, la vulnerabilidad, como se mencionó anteriormente, es una característica propia de la vida, de los seres vivos, de modo que los animales y las plantas también son seres vulnerables, que demandan atención y cuidados que evidentemente no están ligados a sentimientos maternales.

“Lo primero que hago es darle el desayuno a Maylo (el perro), tengo que machacar los ajos que le revuelvo con la comida (es lo único con lo que logré quitarle las pulgas, porque no se le iban con nada), entonces me toca darle el desayuno de a pocos para que no note el sabor”.

(Graciela)

Así como Graciela yo también alimento, atiendo y consiento a mis gatos, pero no es una tarea exclusivamente mía, sino que es algo que realizamos indistintamente mis hijos, mi esposo y yo, así como regar las plantas que es una tarea que ejecutan principalmente mi esposo y mi hijo. Estas atenciones que procuramos a las mascotas y a las plantas demuestran que el cuidado trasciende la esfera de lo humano y la desmarca del ámbito femenino. En conclusión, las relaciones que desarrollamos con otras personas, pertenecientes o no al círculo familiar, y con seres de otras especies, tienen un componente de cuidado y generan lazos de proximidad que pueden producir sentimientos y emociones susceptibles ser experimentados por todos los individuos de la especie y no constituyen una característica especial del género femenino.

La confusión entre lo ético y lo emocional del cuidado lo que ha promovido y alimentado la tajante división entre lo privado y lo público según el género, limitando el cuidado a las actividades tradicionalmente asignadas a las mujeres (Paperman, La perspectiva del care: de la ética a lo político, 2011). Esto ha propiciado que el concepto de cuidado se torne “borroso”, impidiendo de esta manera visualizar la dimensión política y social de dichos trabajos y su importancia como elemento fundamental del bienestar de la vida cotidiana y por lo tanto del bienestar social (Torns, 2008).

1.3. El cuidado como trabajo.

Durante el siglo XX en occidente se producen importantes transformaciones demográficas que generan una preocupación por parte de los Estados en relación con el cuidado y bienestar de la sociedad en general. Los principales cambios demográficos se resumen en: la reducción de la fecundidad, la revolución económica y cultural y la incorporación masiva de las mujeres al mercado laboral.

La reducción de la mortalidad infantil sumada a las políticas antinatalistas y la adopción de medidas anticonceptivas generan una disminución de la fecundidad, lo que a su vez unido a otros fenómenos como el creciente proceso de industrialización los cambios estructurales de la economía que redujeron el trabajo agropecuario e industrial provocaron una disminución en las oportunidades laborales masculinas y fomentaron la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo (Pedrero, 2011).

Todos estos cambios demográficos fueron reforzados por las luchas feministas que lograron la efectiva incorporación de las mujeres al mercado de trabajo y el reconocimiento de sus derechos de ciudadanía, facilitando el acceso a proyectos de vida alternativos a la maternidad. Las nuevas dinámicas sociales que se producen como consecuencia de la ausencia femenina en el hogar llaman la atención de los Estados generando una preocupación por el cuidado, lo que propició el desarrollo de los Estados benefactores o Estados de bienestar cuyo objetivo principal es el mejoramiento del bienestar general material de la población (Batthyany, 2018).

Se producen transformaciones importantes en las políticas sociales respaldadas por reformas legislativas tendientes a garantizar derechos como la salud, la educación, los derechos de los trabajadores, la seguridad social, etc. Sin embargo, las dinámicas

familiares apenas sufren transformaciones, pues las cargas domésticas siguen siendo las mismas y el cuidado sigue estando a cargo de las mujeres.

La indiferencia y desvalorización de los trabajos de cuidado desarrollados en el ámbito doméstico mayoritariamente por mujeres se debe, entre otras cosas, a la exclusión de dichos trabajos de la renta nacional lo que a su vez obedece a la falta de instrumentos que permitan medir el trabajo doméstico, no solo en lo que hace referencia a las actividades evidentes sino que permitan también medir esos aspectos que hacen de éste trabajo un elemento fundamental para el bienestar social (Torns, 2008).

Entonces se hace necesario visibilizar los aspectos del cuidado que quedan ocultos por los criterios de la economía tradicional y para ello es importante medir, cuantificar el esfuerzo, las actividades y el trabajo (Torns, 2008; Lagarreta Iza, 2011). Torns señala la importancia de algunas investigaciones que miden el uso social del tiempo, especialmente resalta el trabajo de Franca Bimbi, pionera en el análisis de la relación entre el trabajo y el tiempo femenino. La utilización del tiempo como herramienta para medir el trabajo doméstico, para visibilizarlo, es uno de los mayores logros que ha permitido identificar quienes llevan a cabo el trabajo y quienes lo usufructúan, evidenciando que las mujeres dedican más tiempo a la realización de labores domésticas en comparación con los hombres.

En los casos objeto de estudio, las mujeres relatan largas jornadas de trabajo que inician a tempranas horas, entre las cinco y las seis de la mañana, y finalizan sobre las ocho de la noche. Son jornadas extenuantes, en las que dedican en promedio 7 horas a la realización de labores de cuidado y aunque cuentan con intervalos de descanso no dejan de ser excesivas, teniendo en cuenta que se trata de mujeres adultas mayores.

También es posible medir los trabajos de cuidado a través de unidades monetarias mediante Cuentas Satélite de la Producción Doméstica, que parten del supuesto de que “una actividad se considera productiva si se puede delegar en alguien más”. Así, el trabajo de cuidado se puede delegar en un trabajador/a y pagar una remuneración por ello. Los resultados obtenidos por cualquiera de los sistemas de medición enunciados demuestran que los trabajos domésticos y de cuidado representan un gran volumen de trabajo realizado por las mujeres y que no es valorado (Lagarreta Iza, 2011).

Por otra parte, la inclusión de las mujeres al mercado laboral he generado una serie de demandas que reclaman su presencia tanto en el trabajo como en el hogar dando lugar a una doble presencia, a una doble jornada que no es reconocida ni por la sociedad, ni por el

Estado y en la mayoría de los casos ni por las propias mujeres. En efecto, muchas mujeres no tienen conciencia del tiempo y sacrificios que implica dividirse entre las labores de cuidado en el hogar y las actividades laborales. Es tal el grado de naturalización de los cuidados que los asumimos como propios invisibilizándolos y restándoles así valor social.

“Yo siempre he hecho todo. Cuando mi hija era chiquita, yo trabajaba todo el día y llegaba cansada a cocinar, a limpiar, a lavar ropa”.

(Graciela)

El relato Graciela pone de presente la realización de una doble jornada, sin embargo, ella lo asume como algo normal, natural, lo único que manifiesta al respecto es el cansancio que sentía. De igual forma ocurre con Piedad, ella relata jornadas extenuantes, remarca el tiempo que tarda en desplazarse de su casa al trabajo y lo agotador que resulta ese trayecto de regreso después de estar todo el día trabajando *“esos buses de Transmilenio van siempre llenos, me toca irme parada, nadie le da a uno el puesto y lo peor es que me toca llegar a organizar comida, pero así ha sido toda la vida, uno se acostumbra, claro que ya estoy cansada”*, Piedad también asume la doble jornada como algo normal, a lo que las mujeres se acostumbran.

Los conceptos de doble presencia y doble jornada (Durán, 2007; Sagastizabal & Legarreta, 2016) relacionan los cuidados con la esfera productiva-mercantil y han contribuido a que algunos países desarrollen políticas públicas encaminadas a favorecer la situación de las mujeres en relación con el trabajo y la conciliación de la vida laboral y familiar, respondiendo de este modo a la necesidad de organizar socialmente el cuidado y otorgarle un reconocimiento social.

Sin embargo, estas medidas no son del todo suficientes y no lo serán mientras que no se reconozca el cuidado como un trabajo. Los debates desde el ámbito del trabajo y concretamente desde el trabajo doméstico familiar no incluyen el cuidado como parte de ese trabajo. Dicho olvido, según Torns (2008), se debe entre otras cosas a las interpretaciones que algunas teóricas del feminismo han hecho del cuidado, señalándolo como una característica propia de la identidad femenina, de la maternidad vinculada directamente al amor y a las emociones.

En conclusión, para avanzar hacia el logro de unas verdaderas condiciones de igualdad social, no solo en el ámbito público sino también en el privado, es fundamental, como subraya Teresa Torns, romper con el mito de que “las mujeres no trabajan” y abandonar la idea maternalista del trabajo de cuidado, según la cual éste obedece a una respuesta de los sentimientos producidos como consecuencia de la maternidad, así como de apartarlo del imaginario servil que lo acompaña y que le resta valor e invisibiliza la importancia que tiene para el desarrollo económico y social.

Adicionalmente, es necesario que, además del reconocimiento del aporte de los trabajos de cuidado al desarrollo económico y social, se reconozca el valor de estos y lo que representa en términos de tiempo y energía para las mujeres, y en esa medida que se reconozca que el cuidado es un trabajo, un trabajo que debe ser reconocido, valorado, remunerado. Para lo cual son necesarias políticas públicas dirigidas a la redistribución y corresponsabilidad del trabajo de cuidados entre las instituciones estatales, el mercado y los demás miembros de la sociedad y la familia, transformando el cuidado en un asunto de todos.

1.4. Cuidamos... ¿Hasta cuándo? La experiencia de las mujeres adultas mayores.

De la misma forma en la que el trabajo de cuidado ha acompañado desde siempre a la humanidad, de esa misma manera está presente en la vida de las mujeres, de forma permanente e indefinida, incluso hasta la ancianidad, lo que muestra el alcance temporal de las desigualdades de género y la desproporcionalidad en la distribución de los roles de cuidado.

En los apartados precedentes busco acercarme al conocimiento del concepto de cuidados desde una perspectiva histórica y a través de precisiones teóricas. Sin embargo, creo que otra manera de adentrarse en el estudio del trabajo de cuidado es a través de la experiencia, ampliando e ilustrando la teoría con los relatos de vida de las mujeres que participaron en la investigación. Así, para conocer mejor eso que hacen las mujeres, los trabajos que desempeñan y a los que dedican tiempo y energía, y como una forma de conectar la realidad con la investigación presentaré los itinerarios del cuidado de Piedad, Graciela y María Angélica. El objetivo de este ejercicio es acercarme a sus cotidianidades y mediante

el análisis de las labores realizadas por cada una de ellas, identificar los componentes y las dimensiones que conforman las relaciones sobre las que se construyen dichos trabajos de cuidado.

Adicionalmente, se busca a través de la categoría tiempo medir y cuantificar el trabajo que realizan estas mujeres, visibilizándolo y reconociendo el aporte de este al bienestar y al desarrollo económico de las unidades familiares.

Un día en la vida de...

Piedad, (56 años).

“Yo llevo 10 años trabajando acá como aseo, mi horario es de 8 de la mañana a 4 de la tarde. Es duro el trabajo, pero yo me amo porque puedo organizar mi trabajo como quiera, no hay una rutina establecida. En este conjunto hay 10 torres y a mí me corresponde hacer el aseo de 4, todos los días tengo que barrer, bueno ahora casi no barro porque un día recogí una aspiradora de esas de las que la gente tira y la mandé arreglar, solo tenía una piecita dañada, y por eso ya casi no barro, ahora aspiro y es más fácil, me rinde más, esa aspiradora es mía. Bueno, después de aspirar hay que trapear los pisos y limpiar los pasamanos y el ascensor.

Dos o tres veces al día hay que sacar la basura del shut (cuartito junto al ascensor donde los habitantes de los apartamentos depositan las basuras), hay que separar el material reciclable y limpiar el cuartito, pero hay gente que... yo no sé porque es así... sacan las bolsas repletas de basura y chorreando y eso huele horrible y pesa, entonces uno no sabe si bajar esas bolsas por la escalera o por el ascensor hasta el parqueadero, hum... de todas formas eso gotea y se ensucia todo y si uno ya ha limpiado toca volver a limpiar, pero bueno esos son los gajes de oficio.

También toca limpiar paredes...ese es el oficio que menos me gusta, claro que eso no se hace todos los días, y limpiar la puerta de entrada a la torre y barrer la entrada mejor dicho que esto permanezca bonito, que sea agradable”.

La jornada de Piedad, inicia a las cinco de la mañana, hora en la que se levanta a preparar el desayuno para ella y para su hijo menor (el único que vive con ella), que, aunque ya es mayor de edad y trabaja, no se hace cargo de esos menesteres. Piedad debe atravesar la

ciudad de sur a norte para llegar a su lugar de trabajo, un trayecto de una hora que debe realizar de ida y de regreso todos los días de lunes a sábado.

La labor que desempeña Piedad es un trabajo, regido por un contrato en el que debe cumplir un horario y desempeñar labores de limpieza y mantenimiento a cambio del salario mínimo, dentro de una relación de subordinación respecto de un empleador. Las labores de limpieza y mantenimiento realizadas por Piedad son trabajos de cuidado, porque hacen cómodo, habitable, salubre y agradable el lugar de residencia de muchas personas.

Adicionalmente, debe hacerse cargo de la recolección de los residuos, de las basuras producidas por los habitantes del conjunto residencial, es decir, se hace cargo del trabajo sucio, como lo denomina Pascale Molinier (2018), sin embargo, para ella no es algo denigrante, y aunque a veces puede sentir asco, como lo evidencia en su relato, es algo que forma parte de su trabajo, del servicio que presta a la comunidad para la que trabaja.

Otro aspecto importante para resaltar en este caso es la relación interpersonal que se produce entre Piedad, como prestadora de cuidados y los residentes del conjunto como demandantes de este, pues es una relación que no se basa en la vulnerabilidad sino en la dependencia. Los residentes del conjunto dependen de Piedad en la medida en que la salubridad, la comodidad, la habitabilidad de su lugar de residencia depende del trabajo que ella desempeña. Sin embargo, muchos de ellos no tienen conciencia de la importancia de su trabajo, no lo valoran, ni lo agradecen, muchos de ellos “ni saludan” – dice. Lo que evidencia que, aun tratándose de trabajos de cuidado realizados fuera del hogar y dirigidos a sujetos con los que no se tiene relación afectiva, dichos trabajos siguen siendo invisibilizados y desvalorizados.

Un día en la vida de...

María Angélica, (70 años).

“Todos los sábados a las ocho de la mañana traigo a Joaquín al entrenamiento de baloncesto, - esto es sagrado, él ama el deporte. Entonces yo, aunque no quiera salir, porque los sábados uno quiere dormir hasta más tardecito, yo me levanto y lo traigo a su entrenamiento. Nos levantamos temprano, él primero que yo. Desde la seis de la mañana me está apurando para que no se le haga tarde para llegar al entrenamiento. Preparo el

desayuno, desayunamos y nos venimos para el entrenamiento. Él se divierte y yo descanso un poco de la rutina y del trabajo de toda la semana.

Por la tarde, a veces, nos reunimos con mi hija y con mis nietos, pero solo de visita, porque los fines de semana no cuido a mi nieto, es mi día de descanso (risas)”

María Angélica es madre de dos hijos, el mayor de ellos es Joaquín, un adulto de 45 años en condición de discapacidad cognitiva. La vida de María Angélica gira en torno a la atención y cuidado dedicados a su hijo, 45 años de cuidados permanentes y esmerados, ejercidos casi en solitario, pues su expareja trabajaba fuera de la ciudad y aunque siempre ha respondido económicamente por su hijo, su ausencia en el hogar y la falta de manifestaciones de cuidado directo sobre su hijo ha sido una constante⁶.

La labor que desempeña María Angélica es un trabajo vitalicio y a tiempo completo, que abarca tareas de limpieza, incluidos los “trabajos sucios”, preparación de alimentos, lavado y mantenimiento de ropa, cuidados y atenciones, que no solo van dirigidos a su hijo sino también a su nieto de dos años. Es un trabajo no remunerado, cuya única compensación es sentir que así logra la felicidad, la tranquilidad, el bienestar de las personas a quienes cuida.

En este caso, la relación interpersonal entre el sujeto prestador y el sujeto demandante de cuidados es una relación basada en la vulnerabilidad y la dependencia generada por la discapacidad cognitiva de Joaquín, que le impide valerse por sí mismo en varias actividades. Además, dicha relación tiene un fuerte componente emocional y afectivo fruto de los lazos existentes entre madre e hijo.

Un día en la vida de...

Graciela, (71 años).

“Entre semana todos los días me levanto a las cinco, cinco y media. Después de darle el desayuno a Maylo (el perro), pongo a hacer el tinto, para que esté listo cuando Corina (su hija) salga de la ducha, mientras ella se baña yo le preparo el desayuno, cuando sale de la ducha le sirvo el tinto, se arregla, desayuna y se va a trabajar. Cuando se despierta el niño (el nieto) le cambio el pañal, le preparo el biberón y me pongo a jugar con él, hay que

estar pendiente de él todo el tiempo, cambiarlo de ropa, limpiarlo. Yo no lo baño, lo baña Cori por las noches. A medio día le doy el almuerzo al niño, almorzamos y pasamos la tarde, vemos televisión, jugamos... Cuando llega Cori de trabajar yo salgo a darle una vuelta al perro y luego me pongo a hacer oficio, echar la ropa a la lavadora, arreglar cocina, a veces lavar el baño, todas las cosas que no puedo hacer durante el día por estar pendiente del niño, y también preparo el almuerzo del día siguiente. Comemos algo suave y me acuesto a las ocho, ocho y media cansada..."

La cotidianidad de Graciela se desarrolla en torno a los cuidados y atenciones procurados a su hija y a su nieto.

El trabajo de Graciela también es un trabajo a tiempo completo, no remunerado, en el que desempeña tareas de limpieza general, incluidos los "trabajos sucios", preparación de alimentos, lavado y mantenimiento de ropa, cuidado y atención, que no solamente van dirigidos a personas sino también a animales, lo que permite resaltar que el cuidado trasciende la esfera de lo humano.

La relación entre Graciela y los sujetos demandantes de cuidado también está basada en la vulnerabilidad y la dependencia. Y su trabajo es fundamental para el sostenimiento de la unidad familiar, pues gracias al trabajo de cuidado que Graciela desempeña su hija puede trabajar y sufragar los gastos del hogar.

1.5. Reflexiones finales

¿Hasta cuándo cuidamos las mujeres? Es una pregunta que me preocupa y que he intentado resolver a lo largo de la investigación. Con la presentación de estos relatos busco dar respuesta a este interrogante mostrando la experiencia de las mujeres mayores con los trabajos de cuidado y resaltando la desproporción en la asignación de los roles de cuidado y la prolongación de dichas desigualdades de género a lo largo del ciclo vital de las mujeres.

Los relatos ofrecidos por estas mujeres presentan cotidianidades muy distintas en las que se recrean diversas formas de desempeñar el cuidado. A través de los itinerarios de cuidado ellas dan a conocer los trabajos que realizan, el tiempo que dedican a estos y lo que implica para cada una la realización de dichas labores. De este modo, se presenta una visión de las mujeres mayores como cuidadoras y no como demandantes de cuidado, rompiendo con

la visión tradicional de la sociedad e incluso con algunos enfoques académicos que catalogan la adultez mayor como una etapa del ciclo vital en la que las personas son demandantes de cuidado y no prestadoras de éste (Pedrero, 2011; Pineda, 2018).

También se llama la atención sobre las diferentes problemáticas en torno a la realidad de los trabajos de cuidado, que no solamente tiene que ver con la falta desvalorización e invisibilización social de dichas actividades, sino que también está marcada por las circunstancias personales (físicas, emocionales, sociales, económicas) de quienes ejercen estos trabajos, señalando la inequitativa distribución de la riqueza como una de las causas de agudización de las desigualdades en la distribución de los roles de cuidado.

Finalmente, se destacan y visibilizan las labores realizadas por estas mujeres, resaltando que constituyen un trabajo y que dicho trabajo es fundamental para el sostenimiento de la vida de las personas a quienes van dirigidos dichos cuidados.



2 Bordado de la mano de María Angélica. Realizado por la autora

María Angélica:

Toda una vida dedicada al cuidado de su familia, pero especialmente dedicada a Joaquín, su hijo, una persona en situación de discapacidad cognitiva. 45 años procurando que no le falte nada, que esté cómodo, que sea feliz, que la gente no lo lastime. 45 años y los que faltan... Todos los sábados a las ocho de la mañana M^a Angélica lleva a su hijo al entrenamiento de baloncesto. “Esto es sagrado, él ama el deporte. Entonces yo, aunque no quiera salir, (porque los sábados uno quiere dormir hasta más tardecito), yo me levanto y lo traigo a su entrenamiento

2. ¿Cómo nos convertimos en cuidadoras? Trayectorias vitales y construcción de identidades: nociones y prácticas en torno al cuidado.

“La niña será esposa, madre y abuela; cuidará su casa exactamente como lo hace su madre, y a sus hijos, así como ha sido cuidada; tiene doce años y su historia ya está escrita en el cielo; la descubrirá día a día, sin hacerla jamás; es curiosa, pero se siente espantada cuando evoca esa vida cuyas etapas han sido ya todas previstas y hacia la cual cada jornada la encamina ineluctablemente”

Simone de Beauvoir (1977)

Recuerdo que desde pequeñas mi madre nos asignaba a mis hermanas y a mí labores domésticas, porque consideraba necesario que aprendiéramos a lavar, planchar, limpiar, cocinar y hacer todos los oficios de la casa, cosas que una mujer debe saber hacer. Además, teníamos restringidas las salidas, - *“las niñas no deben estar en la calle”* - nos decía. Para ella cuidar de tres niñas no debía ser nada fácil, mi padre siempre trabajó en provincia y venía a casa todos los fines de semana, así es que la responsabilidad del cuidado y la crianza de nosotras estaba a cargo de ella.

Mi mamá trabajó toda la vida. De modo que, en su ausencia estábamos al cuidado de la empleada doméstica de turno, aunque mi madre siempre estaba para cuidarnos cuando estábamos enfermas, para escucharnos, para consolarnos, para remendar nuestra ropa, para dar los permisos, en fin, siempre estuvo, está y espero que esté por muchos años más.

Este breve relato de mis recuerdos de infancia me sirve para hablar de los modelos maternos y paternos y de la manera como las vivencias experimentadas durante la niñez quedan en el inconsciente de las personas de modo que en la edad adulta es posible que repitamos algunas de esas conductas o decidamos conscientemente no hacerlo para no repetir los errores, si cabe la palabra, de nuestros padres. Así, por ejemplo, yo también asigno por igual a mis hijos tareas domésticas porque, además de que me parece necesario

para su supervivencia, considero fundamental que entiendan que el cuidado es un asunto de todos.

Los mensajes que recibí durante mi socialización fueron ambivalentes, por una parte, había un fuerte reforzamiento de la domesticidad y, por otra parte, la fuerza e independencia de mi madre me transmitían un mensaje de individualización y libertad. Y estos mensajes de una u otra forma han contribuido a la construcción de mi identidad de género haciendo que asuma una posición particular frente al cuidado, pues como lo he manifestado a lo largo del texto son muchos los conflictos que he tenido durante de mi vida en relación dichas obligaciones femeninas.

Entiendo el cuidado como parte fundamental del ser humano, de la humanidad en general, y comprender su significado, sus implicaciones y sus alcances nos ayuda a avanzar como sociedad. Por eso en ese ejercicio de intentar entender el cuidado me siguen surgiendo inquietudes, entonces me pregunto ¿De quién aprendemos el cuidado?, ¿Cómo aprendemos el cuidado?, ¿Cómo nos convertimos en cuidadoras?, ¿A quiénes procuramos cuidados y por qué? y aunque son preguntas personales también guían esta investigación.

En ese sentido, este capítulo se centrará en el estudio del contexto familiar a partir de los relatos de infancia y juventud de las mujeres participantes. En particular, analizaré la influencia del entorno familiar y social en la reproducción y refuerzo de los roles de género respecto a los trabajos de cuidado y en la construcción de la identidad de género de dichas mujeres y sus efectos en la vejez.

Partiendo de una aproximación teórica en relación con la división sexual del trabajo, la naturalización del ámbito doméstico como espacio femenino y la asimetría en la valoración social de mujeres y hombres, revisaré el proceso de socialización familiar de cada una de las participantes y la manera como dicho proceso ha contribuido a la construcción de las nociones y prácticas del cuidado desarrolladas por ellas. En segundo lugar, me centraré en el papel de la familia; en la crianza, en los modelos maternos y paternos y la manera como estos factores han determinado los roles de género impuestos a estas mujeres.

Finalmente, retomando algunos de los aspectos analizados a lo largo del capítulo presentaré la manera como cada una de las mujeres participantes en esta investigación ha

construido su propia versión, sus propios conceptos de cuidado, las respuestas que han dado a los roles impuestos durante los periodos de infancia y juventud y la manera como han aprendido, asimilado y transformado las prácticas de cuidado.

2.1. Socialización familiar y construcción de las nociones del cuidado.

La socialización, entendida como una serie de procesos de formación de la persona dirigidos a la preparación para la vida en sociedad, tiene lugar desde antes del nacimiento y se prolonga a lo largo de todo el ciclo vital (Puyana, 1992). Se desarrolla a través de dinámicas de enseñanza y aprendizaje en la vida cotidiana por medio de las cuales se adquieren herramientas para participar en la dinámica de la sociedad marcada por unas características específicas y en un momento histórico concreto (Puyana & Barreto, 1996).

El proceso de socialización está condicionado por la pertenencia a un grupo social y familiar específico, que en los casos objeto de estudio están enmarcados dentro de la cultura occidental y en los que los modelos materno y paterno juegan un papel fundamental en la reproducción de normas, valores y costumbres. Así, la familia es el sostén necesario para las vivencias humanas, para que los procesos de reproducción humana y social (nacimiento, crecimiento, socialización, maduración, envejecimiento) se desarrollen normalmente (Cebotarev, 2003)

Sin embargo, las familias no son estáticas, pues cada una tiene su propia estructura y unas dinámicas que varían de acuerdo con los procesos históricos, económicos, sociales y políticos dentro de los que se desarrollan, influenciando de manera concreta el proceso de socialización de cada individuo. Las familias son “procesos”⁷ dinámicos que se transforman a medida que los sujetos que las integran crecen, forman nuevas familias, envejecen y mueren.

Pese a éste carácter dinámico y multifacético de la familia hay un rasgo característico de esta organización que ha perdurado a lo largo del tiempo, y es la desigualdad de las

⁷ Cebotarev (2003) expone distintas concepciones de familia desarrolladas recientemente a partir de aspectos biológicos, sicosociales, políticos, económicos y culturales que han transformado dicho término. Destacando aquellos estudios que sugieren conceptualizar el término familia como un proceso dinámico que provee el soporte necesario para las vivencias humanas.

interacciones entre los miembros que las componen basadas en las relaciones de poder (Puyana & Barreto, 1996), lo que a su vez ha marcado la distribución de los roles familiares sobre la base de la división sexual del trabajo (Barbieri M. , 2008).

La vulnerabilidad es connatural a la condición humana y dicha vulnerabilidad implica dependencia y requiere cuidado (Paperman, 2018). El análisis de la pareja básica (madre-hijo) permite evidenciar ciertas características de los humanos que denotan un mayor grado de vulnerabilidad respecto de las demás especies, en efecto las crías humanas son más vulnerables y demandan más cuidados (Lerner, 1990). Así pues, recibimos cuidados desde el mismo momento en que nacemos y de esos cuidados depende nuestra supervivencia. Todos somos vulnerables y por tanto somos beneficiarios y dependientes de alguna forma de cuidado (Paperman, 2018).

La función reproductiva y maternal de las mujeres ha sido una necesidad para la especie humana, los nacimientos y el cuidado de los hijos han garantizado la supervivencia de la humanidad. Y la supervivencia de las criaturas ha dependido en gran medida de los cuidados procurados por la madre. Este hecho es la base de la división primitiva del trabajo, que asignó a las mujeres, concretamente a las madres, la función del cuidado.

En virtud de esa naturalización de los trabajos de cuidado las mujeres son las encargadas de cuidar de la vida y satisfacer las necesidades humanas tanto a nivel físico como emocional, y de enseñar a su prole a establecer relaciones y vivir en comunidad. En consecuencia, la figura materna es fundamental en los procesos de socialización, la diada madre e hijo es la primera mediación cultural del individuo, pues la madre proyecta los valores, experiencias y frustraciones de su propia historia de integración social en su descendencia (Puyana, La transición de los procesos de socialización, 1992)

Esta influencia de la figura materna en los procesos de socialización y en la construcción y desarrollo de las nociones de cuidado, así como la asimetría en las relaciones familiares son muy evidentes en los relatos de las mujeres que participan en la investigación, aunque cada una de ellas fue atravesada de forma diferente por dichas circunstancias. Se trata de historias familiares diversas que han estado especialmente marcadas por las desigualdades de género y clase, y que paso a presentar en el siguiente apartado.

2.2. Influencia del entorno familiar y socioeconómico en la reproducción y refuerzo de los roles de género en torno al cuidado. Relatos de infancia.

El presente es un ejercicio de reconstrucción e interpretación de los relatos de infancia de Piedad, María Angélica y Graciela, tres mujeres adultas mayores, quienes de forma generosa me han permitido acercarme a sus historias familiares y personales, conocer sus orígenes, e identificar sus procesos de socialización y crianza.

A través de los relatos se pretende mostrar parte de la historia de estas mujeres, y hacer un reconocimiento a sus luchas, a la capacidad de resistencia y de superación ante las dificultades. Ellas al relatar su propia vida han hecho un esfuerzo por dar sentido a su pasado, a su presente, permitiéndome así adentrarme en sus vidas, conocer su historia personal y familiar, sus relaciones con los trabajos de cuidado, los sentimientos y emociones generadas por dichos trabajos, sus sueños, sus frustraciones, sus miedos...y parte de eso es lo que presento a continuación.

Relatos de infancia.

Piedad.

“Nosotros somos de Sopó, fuimos ocho hijos, un hombre, tres mujeres, un hombre y tres mujeres. En esa época mi mamá no trabajaba, ella se encargaba de todo.

Nosotros nos criamos sin mi papá. Yo cuando tenía ocho años, más o menos, ocho años y medio, ellos decidieron separarse, mi mamá y mi papá nunca fueron novios ni nada, mi mamá se casó obligada. Ellos nos decían que nos iban a llevar a estudiar donde la abuelita porque allá era mejor el colegio porque era la normal, entonces yo hice tercero en la normal de Nemocón.

Luego, a mí me dio pesar porque quería demasiado a mi papá y me fui con él, pero mi mamá se enfermó, mi mamá lloraba y yo no hallaba qué hacer, finalmente me quedé con mi mamá. Iba a visitar a mi papá, pero entonces él ya hizo otro hogar... entonces poco a poco yo le fui perdiendo el cariño. Mis hermanos, los hombres sí se fueron con mi papá y nosotras nos quedamos con mi mamá.

Cuando éramos pequeños mi mamá nos hacía todo y luego cuando nos fuimos para donde mi abuelita, ella no dejaba que nadie cocinara, ni siquiera mi mamá, entonces por supuesto mi mamá se encargaba de lo demás. A nosotros no nos tocaba hacer nada, pero nada es nada.

...Ocho hijos son ocho hijos, con una persona sin amor, con una persona irresponsable, borracho, (dice Piedad refiriéndose a su padre), debe ser muy difícil. Dios mío, ahora que uno comprende, debe ser tremendo uno acostarse con una persona que para nada que ver, entonces yo digo que esas palabras feas que ella decía (refiriéndose a los malos tratos por parte de su madre) no las decía de corazón, sino de sufrimiento.

Pero muy aparte de eso le aprendí muchas cosas buenas, porque igual ella si se preocupó muchísimo porque uno tuviera su uniforme, porque tuviéramos que comer, en medio de toda esa necesidad. Yo la veía sufrir mucho. Dios mío, es que había días que era el chocolate sin leche, sin pan, sin nada y al medio día una sopa con maíz y papa y no más, era mucha la necesidad, demasiada, pero igual ella se preocupaba mucho, entonces lo mismo hago yo con mis hijos.

Ella nos enseñó a cuidarnos, a que todo fuera bajo la moral bonita. Fueron muchas cosas bonitas las que le aprendí. También en lo trabajadora, porque ella tejía, cosía y todo eso, hizo cosas muy hermosas que ninguna le aprendimos, aunque ella nos enseñaba. Igual la abuela, ella hilaba, ella nos enseñaba y nosotros le ayudábamos. Esa era toda la economía de nosotros...mi papá nunca dio nada. Esa era una época muy difícil, muy, muy tremenda.

...Y luego me tocó repetir la historia un poco a mí, porque mi esposo es músico, loco, costeño..."

María Angélica

"Mi papá toda la vida estuvo con nosotros. Que tuvieron problemas y eso, los debieron tener, pero que yo me haya dado cuenta de que mi papá le haya levantado la mano a mi mamá, jamás, jamás. Que veía uno a mi mamá brava con mi papá sí, pero a mi papá uno nunca lo veía bravo con mi mamá.

Nosotros somos ocho, siete mujeres y un hombre y yo soy la séptima. Mi mamá trabajó toda la vida, mi papá también, ellos tenían tres almacenes de telas en el centro. Salían a las siete de la mañana, antes de las siete y regresaban en punto de la una de la tarde a almorzar y se iban como faltando un cuarto para las dos. Y a las siete de la noche yo me acuerdo de que volvían y mi papá escucha una radio novela con mi mamá, Calimán, y a veces llegaban más tempranito y se quedaban en el garaje escuchándola y pues uno salía a saludarlos y escuchaba también el pedacito de la novela, nos dieron mucho, mucho amor, compartían con nosotros los momentos que podían, los domingos estaban con nosotros entonces, pues, salíamos.

Estábamos al cuidado de la mamá de mi mamá, o sea de mi mamá abuelita. Vivíamos en una casa en el barrio La Soledad. En la casa siempre hubo servicio, servicio es: una de la cocina, una de adentro y una de más adentro (dice María Angélica sonriendo). Y el cuidado estaba más por el lado de mi abuelita, pero los permisos siempre los daba mi papá”.

Graciela.

“A los quince años cumplidos mi mamá murió en un accidente... Yo soy la tercera, somos ocho, tres mujeres. Somos de Socotá - Boyacá.

Mi mamá era una persona muy dinámica, ella era la que dirigía todo, los obreros, la cosecha, ella vendía, ella sembrada y recogía, pues es un decir, pues había obreros para recogerla, pero ella era la que mandaba, igual eso era herencia de ella, las fincas eran herencia de ella. Mi papa no tenía nada.

Cuando murió mi mamá la menor de mis hermanas tenía como cinco años, ella no se acuerda de mi mamá. Yo era la que cocinaba para todos”

Los relatos de infancia de estas tres mujeres presentan trayectorias vitales muy distintas respecto a la situación económica, el origen y las dinámicas familiares. Mostrando, a partir de sus recuerdos, las vivencias más significativas de esos primeros años de vida, el ámbito en el que se desarrollaron dichas vivencias y los principales conflictos vividos.

Los procesos de socialización a los que tuvieron que enfrentarse estas mujeres son distintos, pues mientras Piedad fue formada para aceptar el sufrimiento y la pobreza, María Angélica no conoció estas experiencias, y Graciela, podría decirse que, apenas tuvo tiempo de percatarse de estos aspectos de la vida, sin embargo, ella también vivió el sufrimiento pues la pérdida temprana de la madre fue un duro golpe que la obligó a asumir el rol materno desde niña.

Las tres familias son de origen Cundiboyacense, con una alta tasa de fecundidad pues en los tres casos el número de hijos es ocho y no se mencionan casos de mortalidad infantil. Se trata de familias de estructura nuclear formadas por la pareja y los hijos, en las que la figura materna tiene un papel importante en los procesos de socialización. Dos de las familias, la de Graciela y la de Piedad eran de origen campesino y vivían de la agricultura y de las labores textiles artesanales, es decir, sus economías eran frágiles e inestables. Por su parte, la familia de María Angélica vivía en la capital y se dedicaba al comercio de telas, lo que les permitió disfrutar de ciertos privilegios.

La separación de los padres, en el caso de Piedad y el temprano fallecimiento de la madre de Graciela, marcan de forma significativa la vida de estas dos mujeres, y ubican la figura materna como eje de su proceso de socialización.

Así, en el caso de Piedad la difícil situación económica y el abandono paterno hicieron que la madre tuviera que asumir la crianza, el cuidado y la manutención de los hijos en solitario, en un ámbito rural y sin ninguna estabilidad económica. Pese a esto, Piedad no tuvo que asumir labores de cuidado durante la infancia, pues todo estaba a cargo de las mujeres adultas (madre y abuela), lo que no significa que haya sido una infancia fácil pues las privaciones y el maltrato fueron recurrentes, sin embargo, para ella la figura de su madre es central, pues es un ejemplo de lucha y trabajo.

Por otro lado, para Graciela la pérdida de la madre la obliga a asumir el rol materno a muy temprana edad, repitiendo los patrones de conducta materna que ella recordaba. Es una historia de aceptación y superación en la que Graciela debe reemplazar a su madre y ayudar a su padre en la gestión de las fincas para sacar adelante a su familia, desempeñando labores de gestión del cuidado y de cuidado directo. Todo un reto para una niña de apenas quince años que, además de tener que realizar las pesadas labores del mundo rural, tuvo que desenvolverse en un mundo masculino. Para Graciela el recuerdo de la madre y las

enseñanzas transmitidas por ésta durante la niñez fueron fundamentales para superar las difíciles circunstancias que tuvo que vivir en su adolescencia.

La historia de María Angélica, por el contrario, relata una infancia tranquila y cómoda, en el seno de una familia estable y tradicional, con la presencia paterna permanente, como proveedor y figura de autoridad. La figura materna también es central en esta historia, pues se trata de una mujer trabajadora, algo no usual para la época, que se encargaba de gestionar el cuidado en su hogar y cuya presencia no era permanente. El cuidado directo estaba a cargo de otras mujeres (la abuela y las empleadas). En este caso tampoco hay un inicio en las labores de cuidado en la infancia. Es claro que la posición social, la situación económica y el medio urbano en el que se desarrollaban las dinámicas familiares de María Angélica favorecieron su proceso de socialización, no obstante, la figura materna es una especie de presencia ausente que, como se verá más adelante, da lugar a ciertos vacíos en la crianza que han generado frustraciones en la edad adulta.

En conclusión, puede afirmarse que en los tres casos la figura de la madre ha sido importante, se trata de un modelo materno ambivalente, de subordinación y fuerza a la vez. Fueron mujeres cuyas actividades trascendían las responsabilidades domésticas y que son recordadas por sus hijas (las entrevistadas) como mujeres valientes, luchadoras y trabajadoras.

La figura paterna también es importante, pero no en todos los casos se amolda a esa representación del padre como figura de autoridad, como proveedor principal (Barbieri, 2008; Cebotarev, 2003; Puyana & Barreto, 1996).

En el caso de María Angélica, el padre era quien ejercía la autoridad y era quien se encargaba de proveer el sustento de la familia, aunque no lo hacía en solitario, pues como mencioné anteriormente la madre también trabajaba. Por el contrario, la situación de Graciela muestra una figura paterna débil, en este caso el modelo paterno no corresponde a esa figura patriarcal, autoritaria, sino que más bien es una figura pasiva y dependiente pues la autoridad la ejercía la madre en vida, ella era la propietaria de las fincas y la que se encargaba tanto del hogar como del trabajo en el campo; al morir la madre, el padre de Graciela no pudo sacar adelante las fincas y tuvo que recurrir a ella para que se encargara tanto del hogar como del trabajo en el campo. Y Piedad, pese al cariño que pudo sentir inicialmente por su padre, solo refiere recuerdos negativos de él, lo recuerda como un hombre borracho, maltratador, no proveedor.

El maltrato no es una constante en los relatos estudiados, pese a las precarias condiciones en las que se desarrolló la infancia de algunas de estas mujeres, solo una de ellas menciona actos de violencia, concretamente violencia verbal. No obstante, la precaria situación económica, el abandono del padre, la muerte de la madre o la no presencia permanente de ésta son situaciones violentas vividas durante la infancia por estas mujeres, que marcaron decisivamente sus procesos de socialización. Y que para el caso de Piedad y de Graciela evidencia una historia de adultas-infantes (Puyana & Barreto, 1996), marcada por el sufrimiento y la sobrecarga de responsabilidades.

2.3. La agencia de las mujeres en el proceso de construcción de su identidad de género en relación con los trabajos de cuidado. ¿Cómo piensan ellas el cuidado?

La capacidad de autorreflexión, decisión y actuación de cada una de las participantes en relación con la construcción de su identidad de género frente a los trabajos de cuidado ha estado influenciada por el proceso de socialización familiar experimentado durante la infancia. En sus relatos es posible identificar varios acontecimientos relevantes que incidieron de forma decisiva en sus proyectos de vida y las llevaron a asumir el rol de cuidadoras.

Dichos acontecimientos, denominados hitos del cuidado ⁸, han sido trascendentales y han marcado un antes y un después en la vida de estas mujeres. Las entrevistadas coinciden en varios hitos del cuidado, por ejemplo, para las tres, la emancipación del hogar de crianza fue suceso de vital importancia, pues transformó sus proyectos de vida y las obligó a asumir nuevas obligaciones, entre ellas las responsabilidades del cuidado. Otro de los hitos del cuidado, que coincide en los tres casos, fue la maternidad, que por supuesto implicó un

⁸ Categoría desarrollada por Ginett Castillo para identificar acontecimientos relevantes en la vida de las mujeres y que las conducen a asumir el rol de cuidadoras, con los cambios y transformaciones que ello implica para sus estilos de vida. En: *Abuelas Cuidadoras: Continuidades y Cambios en las Representaciones Sociales de la Maternidad, las Emociones y las Prácticas de Cuidado*. Tesis para optar al título de Magister en Trabajo Social. 2017. Bogotá

cambio radical en sus proyectos de vida y reforzó los trabajos de cuidado como una obligación continua y permanente.

La emancipación del hogar de origen es uno de esos momentos, de esas decisiones importantes en la vida de estas mujeres y que marcan un antes y un después en relación con los roles adoptados y con los trabajos de cuidado asumidos por cada una. La ruptura de la dependencia de las figuras materna y paterna no implicó en todos los casos un estado de independencia y autonomía, pero sí evidenció la capacidad de decisión, de agencia de cada una, como se ve a continuación.

Piedad.

“A los dieciséis años decidí viajar a Bogotá para buscar empleo. Compartía una habitación con mi hermana mayor y nos dividíamos entre las dos las tareas domésticas. Yo no sabía cocinar mucho, a mí el que me enseñó a cocinar fue mi marido, el me enseñó muchas cosas de la vida. Mi primer empleo fue en una fábrica de sacos. Validé el bachillerato y después hice algunos cursos de auxiliar de contabilidad y contabilidad general. Pero luego me casé y todo lo eché a la borda”.

Para Piedad independizarse fue una decisión que le permitió valerse por sí misma, ser independiente, estudiar y trabajar, cumplir algunas metas de su proyecto de vida. Sin embargo, dichos proyectos se truncan con el matrimonio, que pese, a marcar una nueva etapa en su vida no cumplió con las expectativas con las que tradicionalmente se asocia ese rol de esposa, culturalmente valorizado, que posibilita a la mujer lograr cierta autoridad o status y ejercer la maternidad de forma legitimada (Valdes, 1985). Por el contrario, el matrimonio implicó para ella el inicio de otra difícil y dolorosa etapa de su vida.

“Yo pensaba que porque yo sí me casaba enamorada no me iba a pasar lo que a mi mamá... pero me equivoqué, a mí también me tocó un hombre borracho, que me pegaba y no daba nada para la casa”

Las situaciones adversas que debe afrontar Piedad durante esta etapa de su vida desarrollan en ella una capacidad de autorreflexión y decisión importantes que son el reflejo de su modelo materno de lucha y resistencia. Esta experiencia revela la fuerza interior y la resistencia de Piedad para luchar contra la adversidad y la dominación. Pues, lejos de pensar quedarse en casa aguantando el maltrato de su marido, se empodera e inicia la

búsqueda de empleo y posteriormente comienza su vida laboral con un empleo como aseadora que, aunque sea un trabajo de cuidado, feminizado y mal remunerado, es un trabajo del que se siente orgullosa, porque con éste ha podido mantener a sus hijos y procurarles lo necesario para vivir.

María Angélica.

“Terminé el bachillerato e inicié en la universidad la carrera de delineante de arquitectura, estudié durante un año y me retiré, porque tenía diferencias con un profesor, todo lo que yo hacía estaba mal, era evidente que nunca iba a aprobar. Luego hice algunos cursos, pero conocí a Noel y me casé a los 22 años, en el año 1972. Al año siguiente nació Joaquín, el mayor de mis hijos, al principio yo no noté nada extraño, pero cuando el niño cumplió dos años, en una consulta médica de rutina el médico me dijo que mi hijo no era normal, entonces viajamos a Bogotá (porque en ese entonces vivíamos en Barranca) y le hicieron un montón de exámenes al niño para finalmente determinar que tenía una discapacidad cognitiva. Yo me culpé mucho tiempo, pensaba que le había cuidado mal una fiebre que le dio cuando pequeñito, pero al fin he aceptado las cosas como son. Yo siempre he tenido quien me ayude en la casa, pero la que siempre se ha encargado de Joaquín he sido yo”.

Es claro que el matrimonio supone para la mujer un cambio radical que implica asumir los roles de esposa y madre, de forma prioritaria (Barbieri M. , 2008). Tal como les sucedió a Piedad y a María Angélica al dejar de lado sus proyectos académicos y tomar la decisión de casarse.

A pesar de que la posición social de María Angélica le permitía tener personal a su servicio para que cumpliera las labores domésticas básicas, es evidente que la obligación de hacerse cargo de una persona en situación de discapacidad ha transformado completamente la vida de esta mujer, constituyendo tal vez el hito del cuidado más significativo para ella. Pues el grado de dependencia de las personas en situación de discapacidad es mayor, demandan más tiempo e incluso puede requerir cierto grado de conocimiento médico (Benavides Pineda, 2012).

Graciela

“Viajé a Bogotá para iniciar mis estudios en la normal a los diecisiete años, porque una tía, hermana de mi papá le dijo que me mandara que ella me cuidaba. Entonces me fui a vivir a la casa de mi tía. Pero un día mi tía llamó a mi papá y le dijo que si no le mandaba plata para mis gastos que ella ya no me podía tener más en la casa. Entonces, me tocó dejar los estudios y me puse a buscar trabajo y conseguí empleo en el almacén Tía. Después hice cursos de contabilidad, porque mi papá me decía que estudiara algo que me gustara, entonces me puse a estudiar. En ese tiempo yo me fui a vivir sola, pagaba una pieza en el barrio San Fernando, ahí viví como tres años. Después cuando mis hermanos se cansaron de vivir con mi papá, porque se peleaban mucho, se vinieron a Bogotá a buscar trabajo y a vivir conmigo, entonces sacamos en arriendo un apartamento en el Quiroga, entre todos pagábamos los gastos y yo les administraba el sueldo. Yo hacía todo, limpiar, cocinar, lavar ropa, por ahí mi hermano menor era el único que me ayudaba. Y después, cuando Cori (mi hija) era chiquita volví a vivir con mis hermanos porque el padre de la niña me abandonó, mejor dicho, yo soy madre soltera, y eso en ese tiempo era terrible. Yo igual trabajaba todo el día y llegaba cansada a cocinar, a limpiar, a lavar ropa... Yo trabajé como auxiliar de contabilidad mucho tiempo, hasta que Cori empezó a trabajar y entonces yo me quedé en la casa”.

Al igual que Piedad, Graciela también logra incorporarse y mantenerse en el mundo laboral. Sin embargo, los trabajos de cuidado siempre han estado de forma permanente en su vida, en este caso es claro cómo ha habido una apropiación del trabajo de Graciela por parte de sus hermanos, al punto de convertirse en dependientes del trabajo doméstico realizado por ella (Carrasco C. B., 2011). Adicionalmente, durante buena parte de su vida adulta, la responsabilidad del cuidado demandó de ella una doble presencia, obligándola a cumplir una doble jornada, una en la casa y otra en su lugar de trabajo (Torn, 2008). Graciela renunció a su empleo en el momento en que su hija empezó a trabajar, de este modo pasó a ser cuidadora permanente, trabajo que se incrementó cuando nació su nieto.

En dialogo con lo anterior, puede afirmarse que, en los casos objeto de estudios, el entorno socioeconómico y los roles aprendidos e impuestos durante la infancia y la adolescencia han condicionado la vida de estas mujeres y sus comportamientos, influyendo en la toma de decisiones importantes y en la manera como se han enfrentado, como han respondido a las distintas oportunidades y circunstancias que se les presentaron durante su juventud.

2.4. A modo de cierre. Las mujeres mayores y sus nociones sobre el cuidado

Piedad

“Para mi cuidar es estar de lleno, más o menos, entre comillas, a algo o alguien, entonces yo me preocupo por esa personita, que esté bien en todo, en su aspecto físico, en su aspecto intelectual, en su aspecto moral, en todo, todo, todo y que esa personita no sufra ni nada, para mí eso es el cuidar”.

Para Piedad el cuidado se centra en las personas cercanas a su entorno, personas con las que tiene vínculos afectivos y hace referencia solo a las labores de cuidado que desarrolla en el ámbito doméstico, no incluye en su noción de cuidado las labores que realiza para la comunidad de residentes de la urbanización en la que trabaja. Piedad no reconoce su trabajo como un trabajo de cuidado, contribuyendo así a la invisibilización y desvalorización de este.

María Angélica.

“El cuidado en especial es, en el caso mío, hacia mi hijo que es con discapacidad cognitiva, entonces es tenerle un ambiente como muy agradable, para los dos, no solamente para él... eso en cuidados generales de casa, alimentación, ropa.

Pero también es importante el cuidado con la sociedad, fijarse uno muy bien con quien trata, en el caso particular, si son personas como de mente cerrada hacia los chicos especiales, a veces doy como cátedra de que es un niño especial, de que no hablen sino saben del tema. Y traten de conocerlos y luego si opinen”.

La noción de cuidado que expone María Angélica se refiere, casi en exclusivo, a su hijo, no incluye en esa definición ni a su hija, ni a sus nietos, a pesar de que cuida también de ellos. Esta omisión, tal vez se deba a la importancia que para ella tiene cuidar de su hijo y no porque las otras personas no sean importantes sino porque para ella su hijo requiere más atención. Los relatos de María Angélica dan cuenta de su entrega permanente e incondicional, de los cuidados que ha realizado en solitario, de forma esmerada y con

dedicación casi exclusiva. María Angélica ha trabajado y continúa trabajando incansable, todos los días repitiendo las mismas rutinas para que su hijo no note nada extraño, para que esté cómodo y feliz, para que todo sea perfecto.

Graciela.

“Yo siempre he hecho todo. Cuando Cori era chiquita vivíamos con mis hermanos, porque el padre de la niña me abandonó. Yo trabajaba todo el día y llegaba cansada a cocinar, a limpiar, a lavar ropa.

Y ahora que ella es grande y trabaja, yo sigo haciendo todo porque me da pesar, me da pesar que ella llegue cansada a hacer cosas, porque yo sé lo duro que es”

Al preguntarle a Graciela por su noción de cuidado, ella describe las cosas que ha hecho a lo largo de su vida por sus hermanos, por su hija y por su nieto. Para Graciela el cuidado abarca todo, e implica hacer todo. Sin embargo, esa manera de asumir el cuidado la hace olvidarse de lo vulnerable que es, pues ya cuenta con 71 años y padece artritis crónica y sigue haciendo todo, asumiendo el cuidado de los otros como algo propio.

En estas nociones de cuidado se evidencia una preocupación constante por los sujetos demandantes de cuidado, hay una relación de proporcionalidad respecto a la vulnerabilidad, es decir que a mayor vulnerabilidad mayor cuidado. Hay una necesidad, por parte de ellas, como proveedoras del cuidado, de satisfacer completamente y a todo nivel a los otros, pasando por alto que ellas también son seres vulnerables que demandan cuidados (Paperman, 2018).

Las nociones presentadas hacen referencia a relaciones de cuidado que se desarrollan en el ámbito doméstico, por las que no hay retribución económica. Resaltando la feminización y precarización de dichos trabajos. Otro rasgo coincidente en dichas nociones es el que el cuidado es una actividad constante y está presente a lo largo del ciclo vital de estas mujeres, a pesar de las distintas circunstancias que hacen que cada una de ellas sea atravesada de forma diferente por los trabajos de cuidado



3 Bordado de la mano de Piedad. Realizado por la autora

Piedad:

“Cuando yo no tenía más que un solo vestido y unas chanclas horribles y viejas, entonces me acordaba de mi mamá. Mis papás se separaron cuando nosotros éramos pequeños, fueron tiempos difíciles pues a veces solo desayunábamos chocolate sin pan y sin nada y ya, y al almuerzo era una sopa con papa y maíz y ya...yo veía sufrir mucho a mi mamá... Yo pensaba que porque yo si me casaba enamorada no me iba a pasar lo que a mi mamá... pero me equivoqué, a mí también me tocó un hombre borracho, que me pegaba y no daba nada para la casa”.

3. Mujeres mayores: cuidado y proyectos de vida.

*“Me llegará lentamente y me hallará distraído(a),
probablemente dormido(a) sobre un cochón de laureles.*

*Se instalará en el espejo, inevitable y serena
y empezará su faena por los primeros bosquejos”*

La vejez.

Alberto Cortez

La vejez, señala Le Bretón, es ese “continente gris” relegado socialmente, en el que los valores fundamentales de la sociedad moderna: Juventud, trabajo, vitalidad, seducción, han perdido vigencia, lo que ha convertido a la vejez en “la innombrable de la modernidad” (2002).

En 1970 Simone De Beauvoir publicó su libro titulado “La vejez”, con el objeto de romper con esa “conspiración del silencio” y visibilizar la desvalorización y la indiferencia social que ya desde esa época eran evidentes y remarcaban las desigualdades a las que se enfrentan los adultos mayores (De Beauvoir, 1970, pág. 8) “Para la sociedad, la vejez parece una especie de secreto vergonzoso del cual es indecente hablar”, es una de las contundentes frases que se leen en la introducción del libro de De Beauvoir y , que pese a que han pasado casi cincuenta años, sigue siendo vigente. Así es, la sociedad en general y los individuos en particular se niegan a hablar de la vejez, a asumir esa etapa del ciclo vital como algo natural, a reconocer a las personas ancianas como sujetos con derechos, con sueños, con sentimientos, con necesidades, con proyectos iguales a los de cualquier persona.

La sociedad occidental ha desarrollado una serie de representaciones culturales en torno al cuerpo, convirtiéndolo en un símbolo de juventud, salud, belleza y energía. En ese sentido

el cuerpo es un objetivo en sí mismo y sólo los cuerpos jóvenes, saludables y productivos son capaces de alcanzar el éxito (Esteban, 2013), produciéndose, como consecuencia, un rechazo social hacia los sujetos que no se ajustan a esas identidades corporales ideales. En este sentido, el culto a la juventud ha propiciado la creación de estereotipos en torno a la vejez, de forma tal que, ésta se ha convertido en un sinónimo de lentitud, de improductividad, de enfermedad, incluso, de fealdad; por este motivo nadie quiere ser viejo o vieja, nadie quiere reconocerse como tal.

Esta apatía y rechazo hacia la vejez no obedece solamente a factores físicos o biológicos, sino que está ligada también a factores económicos y productivos. En la sociedad occidental el tiempo se concibe como un preciado recurso, que nos obliga a optimizar su uso, a agendarlo en función de la productividad (Dávila Martín, 2016). Existe una relación entre el tiempo, el trabajo y la idea de progreso, de modo que se asume que “la vida – individual y colectiva- es moldeada por un tiempo enmarcado en un continuo universal y secular, con unos horarios del trabajo y del hogar someramente definidos” (Cabrales Salazar, 2012). Así pues, quienes no están en capacidad de seguir el ritmo de vida impuesto por la sociedad quedan relegados y por este motivo las personas mayores están catalogadas como una carga para la sociedad, pues al no tener vitalidad o energía para trabajar no constituyen ninguna fuerza económica, no son productivos, no son útiles.

Todos estos imaginarios y estereotipos en torno a la vejez distorsionan la realidad e impiden tomar conciencia de la situación social de este grupo poblacional. Así pues, si bien es cierto que existe una equivalencia entre la vejez y la edad de jubilación y por tanto las personas adultas mayores ya no representan una fuerza de trabajo, no es verdad que sean improductivos, y esto es especialmente cierto en el caso de las mujeres quienes, a causa de la división sexual del trabajo, les ha sido asignada la realización de tareas domésticas y trabajos de cuidado, como una obligación social que cumplen a lo largo de toda la vida.

La división sexual del trabajo, como se señaló en el capítulo inicial, ha servido como instrumento para explicar las diferencias entre hombres y mujeres y a la vez jerarquizar las labores y los roles asumidos por éstos. Lo que ha propiciado la tajante diferencia entre los trabajos desempeñados por los hombres y los realizados por las mujeres, catalogándolos como productivos e improductivos, respectivamente. En esta medida, el trabajo que realizan las mujeres y que está vinculado con labores dirigidas al cuidado directo de personas y al mantenimiento de los espacios vitales, es un trabajo improductivo porque no está dirigido a la producción de bienes y servicios, y por esta razón no goza de

reconocimiento social, ni mucho menos económico. El carácter improductivo de los trabajos de cuidado se incrementa en el caso de las mujeres mayores al ser consideradas éstas como sujetos improductivos, produciéndose así una doble desvalorización.

En consecuencia, la invisibilización y desvalorización de los trabajos de cuidado se agudiza a medida que las mujeres envejecen, pues además de tratarse de labores feminizadas son labores realizadas por personas que se catalogan como no productivas, personas que por su edad no están en capacidad de seguir el ajetreado ritmo de vida de la sociedad moderna, Entonces cabe preguntarse, ¿De qué se ocupan las mujeres adultas mayores?; ¿Qué tipos de trabajos de cuidado realizan?; ¿Cómo lo hacen?; ¿Cuánto tiempo dedican a dichas labores?; ¿Cómo les afecta?; ¿Qué beneficios, si los hay, les proporcionan la realización de dichos trabajos?; ¿Qué las motiva a realizarlos?

Dar respuesta a estas preguntas es la intención del presente capítulo, que se desarrolla en torno a dos categorías de análisis: el envejecimiento y los trabajos de cuidado y la manera como las mujeres mayores se definen en relación con éstos. De esta manera, a la luz de los estudios y debates desarrollados en torno a la vejez y los trabajos de cuidado, busco visibilizar la importancia de los trabajos realizados por las mujeres adultas mayores a partir de los relatos de vida de tres mujeres mayores. Partiendo de un breve análisis sobre la vejez y el proceso de envejecimiento y sus implicaciones en la vida de estas mujeres, hago énfasis en las causas de agudización de las desigualdades de género en esta etapa del ciclo vital. Y destaco el cuidado como una elección, como un proyecto de vida en sí mismo, como una forma de empoderamiento que hace a estas mujeres parte fundamental del sostenimiento y bienestar de sus hogares.

3.1. Proceso de envejecimiento y vejez

La vida humana es un proceso mediante el cual las personas se construyen individual y socialmente a lo largo del ciclo vital. El modelo del ciclo vital permite visualizar la vida desde la fecundación hasta la muerte a través de tres etapas del desarrollo: infancia, adolescencia y adultez. A su vez, la adultez se subdivide en: juventud, madurez y vejez. Los rangos de edad que comprenden estos periodos varían de acuerdo con las características sociales, económicas, políticas y culturales de cada región. (Nieto Murillo, Cerezo Correa, & Cifuentes Aguirre, 2006)

En palabras de Simone De Beauvoir (1970), la vejez es un destino biológico, es la culminación de un proceso durante el cual los seres humanos nos “metamorfoseamos” a través de una serie de cambios físicos y psicológicos, así como irreversibles y desfavorables. Ese proceso se inicia desde el nacimiento y culmina con la muerte, va paralelo al desarrollo, es inevitable y constante (Aristizábal-Vallejo, 2001); en otras palabras, el proceso de envejecimiento no se detiene cuando se alcanza la vejez, por el contrario los cambios siguen sucediendo y transformando al individuo hasta la muerte (Ganón, 1969).

En diálogo con estos planteamientos entiendo la vejez como una etapa del desarrollo, como una experiencia de vida, cuyo momento de inicio no está claramente delimitado y que sucede a lo largo del ciclo vital. Envejecemos todo el tiempo, el deterioro de la salud y del rendimiento no es algo que suceda de forma inmediata, sino que va ocurriendo poco a poco, de forma que no notamos cuando envejecemos. La inconsciencia corporal nos impide percibir las huellas que el paso del tiempo imprime en nuestro cuerpo, así pues, la senectud es un proceso lento e insensible (Le Bretón, El envejecimiento intolerable: el cuerpo deshecho, 2002).

“Cuando joven uno no es consciente, pero todo va cambiando, uno va cambiando”

(Graciela)

En esta afirmación Graciela señala que esa inconsciencia corporal que impide notar los cambios producidos por el envejecimiento se experimenta durante la juventud. De Beauvoir también hace esta observación y señala que los jóvenes y los adultos no perciben el envejecimiento, no lo prevén de antemano y “se comportan como si nunca hubieran de llegar a viejos” (1970, pág. 10).

La vejez trae consigo cambios físicos, el tiempo se refleja en el rostro y en el cuerpo, entonces, aparecen y se profundizan las líneas de expresión, el cabello se blanquea, la masa muscular disminuye, se deterioran la visión y la dentadura, los músculos se debilitan, aparecen la artritis, el reumatismo, la hipertensión, las enfermedades del corazón. El llegar de estas patologías y el uso de los rangos de edad utilizados para dividir la población en grupos generacionales son algunos de los parámetros que se han empleado para marcar el inicio de la vejez, así la mayoría de los estudios ubican la edad geriátrica a partir de los sesenta y cinco años (Ganón, 1969; Dulcey-Ruiz & Arrubla Sanchez, 2013; Nieto Murillo, Cerezo Correa, & Cifuentes Aguirre, 2006).

Estos indicadores de carácter biológico y médico tienen repercusiones en la organización de lo social, de esta manera se establecen una serie de normas que implican unos comportamientos específicos dirigidos a la población adulta mayor, por ejemplo, tienen a su disposición asientos reservados en el transporte público, gozan de atención preferencial en los hospitales, bancos y entidades, la mayoría de los establecimientos comerciales tienen lugares de parqueo preferenciales para adultos mayores, y algunas otras prerrogativas concedidas por razón de la edad.

De lo dicho anteriormente se concluye que, el proceso de envejecimiento no se rige solamente por parámetros biológicos o cronológicos, existen además valores sociales que contribuyen a establecer los límites de la vejez. Así, en ese proceso de explicar y comprender las relaciones de los individuos con su mundo se construyen conceptos relacionados con experiencias y procesos vitales, creándose un sistema de símbolos, de significados que permiten interpretar el mundo y desarrollar la experiencia vital humana (Nieto Murillo, Cerezo Correa, & Cifuentes Aguirre, 2006).

De esta manera cada sociedad asigna a las personas mayores un lugar, un rol determinado, basado en dicho sistema simbólico. Por ejemplo, en Senegal, llegar a viejo es considerado un regalo de los Dioses. Los ancianos africanos ocupan un lugar destacado en la sociedad, de tal forma que avanzar en edad equivale a ganar dignidad. Así, las expresiones usadas para describir a los ancianos son significativas. Las palabras "el viejo" o "la vieja" –no son términos despectivos, sino todo lo contrario; un hombre muy viejo o una mujer muy vieja son considerados como "La gran persona", "Aquel o aquella que sabe", "Aquel o aquella que tiene la visión": o simplemente "El padre" o "La Madre" porque el anciano se convierte en el padre o la madre de todos los miembros de la comunidad (Louis-Vincent, 1983, pág. 73).

Por el contrario, en sociedades occidentales como la nuestra, muchos ancianos no gozan de condiciones de vida mínimas aceptables y están condenados a vivir en el abandono y la soledad⁹ (Huenchuan & Guzmán, 2006). Esta situación de las personas adultas mayores obedece a la falta de aprecio y consideración que se produce como respuesta a los

⁹ La pobreza es el mayor obstáculo para un envejecimiento decente y seguro. En América Latina, los datos muestran que en la mayoría de los países de la región se mantienen niveles elevados de pobreza en la vejez. Y aunque los niveles son variables entre los países, las estadísticas muestran que en más de la mitad sobre el 40% de las personas mayores son pobres. (CEPAL 2006)

prejuicios denigrantes y fatalistas que culturalmente se han desarrollado en torno a este momento de la vida.

El valor y el estatus de los ancianos en la sociedad ha ido variando a lo largo de la historia; Simone De Beauvoir en su estudio, señala la dificultad de estudiar la vejez en las sociedades antiguas por las escasas referencias que existen sobre las personas mayores, sin embargo, la literatura y la iconografía muestran como las culturas, a lo largo de la historia, presentan una imagen variable de la vejez, que va desde la virtud hasta el desprecio¹⁰. Entonces, el desinterés por los ancianos no es un fenómeno propio de la sociedad contemporánea occidental.

La falta de interés por las personas de edad avanzada se evidencia, por ejemplo, en los estudios de medicina que solo empiezan a interesarse por las dolencias y patologías propias de la vejez a finales del siglo XIX. Y el desarrollo de especialidades como la geriatría y la gerontología solo se produce a principios del siglo XX en respuesta al incremento del envejecimiento poblacional (De Beauvoir, 1970). La aparición tardía de estas especialidades en comparación con otras ramas de la medicina da cuenta del poco interés y preocupación que suscitan las personas mayores en nuestra sociedad.

En consecuencia, la vejez es una construcción cultural y se experimenta de manera diferente según el momento histórico y el contexto social en el que se desarrolle cada persona. Es decir, que la vivencia de la vejez no solo tiene que ver con las condiciones físicas y psicológicas de cada persona, sino que a su vez está condicionada por la actitud y la ideología de la sociedad en la que se está (De Beauvoir, 1970).

Todo lo anterior permite concluir que la vejez y el envejecimiento son categorías problemáticas, difíciles de definir. Y que, independientemente de los esquemas biológicos o sociológicos que se empleen para su estudio, todos los conceptos negativos que se desarrollan en torno a la vejez y que se repiten de forma sistemática en distintos contextos,

¹⁰ Simone De Beauvoir hace referencia a la condición de los ancianos en las sociedades históricas, dando ejemplos de varias de ellas, habla especialmente de la cultura china, por la condición singularmente privilegiada que ha concedido a los viejos. En China, la autoridad del patriarca no disminuía con la edad, toda la casa debía obediencia al hombre de más edad. Las mujeres, duramente oprimidas durante la infancia, la juventud y la adultez eran promovidas durante la vejez y al llegar a viejas, su estatuto era más elevado que el de los jóvenes de ambos sexos, y tenían alta influencia en la educación de sus nietos (De Beauvoir, La vejez, 1970, págs. 108-109)

distorsionan la realidad e impiden comprender en su totalidad esta etapa del desarrollo humano.

Sin embargo, cabe anotar que en los últimos años se han producido cambios respecto de la visión y a tratamiento de la vejez en nuestra sociedad, a través de la promulgación de leyes¹¹ orientadas a desarrollar políticas sobre envejecimiento y vejez. Dirigidas a romper las desigualdades que afronta la población adulta mayor, que para el caso colombiano se manifiestan en términos de ingresos económicos, seguridad social y género (Ministerio de la Protección Social. Republica de Colombia, 2007).

Además de las políticas actuales sobre vejez es posible percibir un cambio en la visión social respecto de las personas mayores, que da cuenta de importantes transformaciones en la forma en la que las personas adultas mayores son concebidas como población en la sociedad occidental. Vemos entonces como a través de las redes sociales circulan videos de mujeres adultas mayores que realizan todo tipo de actividades, mujeres mayores deportistas de élite, mujeres mayores que interpretan instrumentos musicales, mujeres mayores bailarinas, en fin, se trata de videos en los que se transmiten visiones positivas sobre la vejez y, en especial, sobre el envejecimiento femenino.

Dichas publicaciones a través de las redes sociales buscan generar un contacto intergeneracional y por medio de mensajes educativos combatir la discriminación y los prejuicios sociales respecto de los adultos mayores.

3.2. La experiencia del envejecimiento. “Las vejeces” y las mujeres adultas mayores

Como señala Simone De Beauvoir “la vejez es lo que les ocurre a las personas que se vuelven viejas”. Esto es un proceso lento e insensible, que a pesar de suceder de forma inconsciente solo se puede definir a través de la propia experiencia.

Cuenta De Beauvoir que cuando era niña le angustiaba la idea de imaginar que un día había de transformarse en persona mayor. “A los 20, a los 40 años pensarme vieja es

¹¹ Ley 1251 de 2008 "Por la cual se dictan normas tendientes a procurar la protección, promoción y defensa de los derechos de los adultos mayores"

pensarme otra” (1970, pág. 11). En mi caso, a los 42 años pensarme vieja es pensarme otra. Pero poco a poco me voy transformando en esa “otra”.

Volver a la universidad ha sido una experiencia maravillosa y enriquecedora que me ha hecho feliz, pero que también ha sido difícil. Asumir de nuevo las dinámicas de estudio y las cargas académicas, implican mucho esfuerzo y dedicación. Sin embargo, lo más difícil ha sido enfrentarse a las miradas de las compañeras de estudio y de los demás estudiantes, sobre todo en espacios cerrados como la biblioteca. La gente me mira con cierta inquietud, como preguntándose “¿Qué hace ella aquí?” al principio no lo entendía, pero con el paso del tiempo me he dado cuenta de que es por mi apariencia, tal vez porque ya no soy tan joven.

Tal como lo señala Rico Bovio (1998): “el aprendizaje social del cuerpo supone un extrañamiento, depende de la opinión de los demás y la interpretación de los otros se vuelve nuestra propia interpretación”. Y así es, ya no soy tan joven y las miradas de las y los otros me lo dicen. De esta manera empiezo a tomar conciencia de mi proceso de envejecimiento a partir de la actitud de otras personas hacia mí, empiezo a observar mi cuerpo teniendo como referencias esas miradas y formas de relacionarse conmigo.

Pensar que en opinión de los demás ya no soy tan joven como para ser estudiante es algo que me ha confrontado, haciendo que me observe, que me sienta y que me piense diferente. Al observarme en el espejo, las canas en mi cabello y las líneas de expresión lo confirman, en efecto, ya no soy tan joven, pero tampoco soy vieja, no me siento vieja. Según el modelo del ciclo vital occidental, soy una mujer madura (Nieto Murillo, Cerezo Correa, & Cifuentes Aguirre, 2006) y la sociedad y los esquemas biológicos me anuncian que mi proceso de envejecimiento se está acelerando.

Quise empezar compartiendo mi experiencia y mi sentir sobre el envejecimiento para subrayar algunos aspectos importantes : en primer lugar, resaltar que la relación con otras personas y la percepción que tienen de nuestra imagen influye en la interpretación que hacemos sobre nuestra propia persona, sin embargo, la visión e interpretación de los otros no es lo único que define nuestro proceso de envejecimiento, pues el envejecimiento es un sentimiento, es algo que sentimos y percibimos en nuestro cuerpo, y que tomar conciencia de ello es una experiencia personal; y por otra parte, señalar que el envejecimiento no está ligado a la edad, que podemos sentirnos viejos a pesar de ser jóvenes o viceversa. Y sobre este último punto, coincido con Le Breton (2002) cuando afirma que el envejecimiento no

se trata de una cifra cronológica, que no comienza a una edad precisa, que depende del gusto por la vida del sujeto. En mi caso, aunque las miradas de los otros me den a entender que ya no soy tan joven como para ser estudiante, y dicha observación haya influido en la manera de pensarme y observarme, en mi concepto, en mi vivencia, en mi sentir, yo soy tan joven como para hacer lo que quiera.

La dificultad de definir la vejez o establecer las pautas que sigue el proceso de envejecimiento radica en que, al ser experiencias de vida cada individuo las vive, las interioriza y reacciona a estas de forma diferente. Entonces, existen múltiples formas de envejecer, por lo tanto, es imposible establecer un concepto único. Sería más adecuado hablar de “vejeces” o “vieilleses” como lo señala el sociólogo suizo Christian Lalive d'Epinau (1984), término empleado por otras autoras (Aguirre Cuns & Scavino Solari, 2016) para señalar las diferentes experiencias en torno al envejecimiento. Se puede decir entonces, que hay tantos modos de envejecer como seres humanos existen. Por lo tanto, la cuestión no es envejecer, sino la forma como se envejece, como se llega a ser viejo o vieja.

La edad, explica Teresa del Valle (2002), es una categoría empleada como método de organización social, que permite establecer generaciones, agrupando a las personas por edades, según características comunes que pueden compartir dichos grupos. La edad puede observarse desde distintas perspectivas: real, atribuida y sentida. La edad real o cronológica es la que se calcula a partir de la fecha de nacimiento; por su parte, la edad atribuida tiene un componente subjetivo colectivo y corresponde a la edad que nos es asignada por los otros, teniendo como referencia nuestra edad real y algunas características propias de la generación en la que se nos ubica, y la edad sentida tienen un componente subjetivo individual y se refiere a la definición que la persona hace de sí misma, que está relacionada con la autoestima, la salud, la capacidad de adaptación a los cambios, entre otros factores.

“Yo siempre me he sentido vieja”.

(Piedad)

El caso de Piedad sirve para comprender mejor las distintas perspectivas de la edad y observar cómo estas suelen variar y no coincidir. La edad real de Piedad es de 56 años, pero aparenta tener alrededor de 65 años, las líneas de expresión en su rostro son abundantes y pronunciadas, camina un poco encorvada y en los dedos de las manos tienen protuberancias propias de la artritis, adicionalmente afirma sentirse vieja desde siempre. Este es un claro ejemplo en el que la edad atribuida, en este caso por mí, y la edad sentida por ella no se corresponden con su edad real.

La apariencia física de Piedad y la forma en la que ella se define, describen, de forma más precisa su proceso de envejecimiento, evidenciando que este avanza de forma más rápida que el de otras mujeres de su misma edad. Piedad desde muy joven se ha dedicado al cuidado de su familia y al trabajo como aseadora, siempre ha desempeñado esa doble jornada, lo que ha resentido y agotado su cuerpo, - “Me falta poco para pensionarme, ya estoy cansada. Me duelen las manos”- afirma con resignación. Las dificultades económicas que ha tenido que afrontar Piedad durante toda su vida han marcado su destino, obligándola a desempeñar trabajos pesados y muy mal remunerados, para poder sobrevivir y esto sumado a las cargas del cuidado, no le han permitido disfrutar de su juventud, por eso siempre se ha sentido vieja.

La forma de asumir la vida, de afrontar los problemas y la capacidad de adaptarse a las situaciones también influyen en el proceso de envejecimiento. “A mí también me tocó un marido borracho, que me pegaba... Lástima que mi vida de matrimonio fue tan difícil porque si hubiera sido distinta no estaría tan deteriorada como estoy” señala Piedad, resaltando la problemática familiar y el maltrato como factores determinantes en su proceso de envejecimiento, al punto de hacerla sentir vieja, de asumirse vieja desde joven. Respecto a esto, afirma Simone De Beauvoir que todas las situaciones tienen una dimensión existencial que modifica la relación de las personas con el mundo, con el tiempo y con su propia historia, de tal forma que la condición psíquica de los sujetos depende de su situación existencial, que es atravesada por múltiples factores, pero especialmente por el género y la clase, lo que de una u otra forma repercute en el organismo (De Beauvoir, 1970).

Las repercusiones de la condición psíquica de las personas en el organismo pueden ser negativas, como en el caso de Piedad, pero también puede ser positivas y entonces, puede ocurrir que, pese a haber vivido momentos difíciles, tener consciencia de la edad y sentir en el cuerpo las dolencias propias de la vejez, haya personas que no se sientan viejas.

“Es chévere estar en esta edad, yo miro para atrás y claro han pasado cosas buenas y no tan buenas. He estado medicada por depresión, pero ya estoy mejor”

(María Angélica)

María Angélica al igual que Piedad ha tenido que afrontar momentos difíciles pues se divorció de su marido a causa de las infidelidades de éste, ha sido víctima de violencia doméstica, se ha encargado desde joven del cuidado de su hijo mayor, que padece una discapacidad cognitiva y, sin embargo, afirma sentirse bien *“Yo aún estoy bien. Lo único que no me gusta es ser lenta y a veces tener achaques, enfermedades “jartas”. Antes mis ojos eran súper y ya no, tengo problemas de audición, tengo calambres y dolores en las rodillas. Pero en términos generales, me siento bien”*. Es importante aclarar que la situación económica de María Angélica no se asemeja a la de Piedad pues, aunque siempre se ha encargado del cuidado de sus hijos y de sus nietos, no ha tenido que desempeñar dobles jornadas y eventualmente tiene la posibilidad de contratar una persona para que desempeñe las labores domésticas. Quizás por eso en la descripción que hace María Angélica de su condición física y anímica, no utiliza la palabra vieja para referirse a ella misma y a pesar de ser consciente de las dolencias que padece no las vincula con la vejez, no se asume como una anciana.

Al contrario que Piedad, María Angélica no aparenta más edad de la que tiene, en su caso la edad atribuida y la edad sentida no distan mucho de la edad real, y esto se debe, entre otras cosas, a la manera como ella ha asumido las circunstancias difíciles de la vida. Envejecer ¿es entonces una cuestión de actitud?

“Las cosas me llegaron, de un momento otro, me llegaron, y yo no sé, pero uno cogía el toro por los cuernos y no se sentaba a llorar en una esquina, sino que las enfrentaba. Yo no me programo la vida, las cosas irán llegando y las enfrentaré”

(Graciela)

La visión que tiene Graciela de la vida y la manera como la ha afrontado dan cuenta de su fortaleza. Graciela tuvo que asumir las cargas del cuidado desde adolescente, pues la muerte repentina de su madre la obligo a cuidar de sus hermanos pequeños y a realizar las tareas domésticas, así como las labores del campo. Además de una adolescencia difícil, ya en la etapa adulta, Graciela decide asumir la maternidad en solitario, desafiando las normas sociales y sometiéndose al rechazo y señalamiento público, desempeñando los roles de

padre y madre a la vez. Este breve recuento de la historia de Graciela muestra como su vida ha estado marcada por las desigualdades de género y de clase. Como ha tenido que reaccionar a varias situaciones imprevistas y difíciles, pero, como ella misma lo dice, ha tomado el toro por los cuernos y las ha enfrentado.

Graciela sigue conservando la misma entereza de su juventud y aunque reconoce sus limitaciones y es consciente de ellas, no las ve como un impedimento, sigue siendo la misma mujer trabajadora y decidida - “No me siento cansada y eso que tengo artritis desde muy joven y tengo osteoporosis...mire mis dedos torcidos, pero me doy mañas para hacer las cosas” dice, evidenciando las dificultades que entraña la vejez.

Las experiencias de vida de estas tres mujeres son una muestra de la heterogeneidad de la vejez, de las distintas maneras de asumirla, de las diversas “vejeces”, de esos matices personales que caracterizan el proceso de envejecimiento y que hacen tan difícil definir esta etapa del desarrollo vital. Y aunque coincido con la idea de que envejecer no es una cuestión de edad, que depende, entre otros factores, de la actitud de las personas y su relación con otros sujetos y con el entorno, además de otros aspectos que son importantes para tener en cuenta, que están relacionados con los límites y las desigualdades propias del sistema y que condicionan la vida de las personas, especialmente de las mujeres, y con ello me refiero a las diferencias de género y clase.

Evidentemente no es lo mismo llegar a la vejez habiendo disfrutado de una infancia y una adolescencia tranquila, en condiciones de bienestar, salud y educación adecuadas que llegar a la vejez viviendo en condiciones de pobreza y miseria. En los casos estudiados hay importantes diferencias de clase que han marcado la vida de estas mujeres, así mientras María Angélica creció en el seno de una familia de clase media alta en Bogotá, Piedad nació en el campo y tuvo que pasar una infancia llena de privaciones, por su parte Graciela que también es una mujer de origen campesino, se enfrentó a otras dificultades en la vida como el hecho de quedar huérfana a comienzos de su adolescencia y tener que asumir el cuidado de sus hermanos pequeños. Estas circunstancias especiales, las desigualdades y dificultades que han tenido que afrontar estas mujeres explican el porqué de su actitud frente a la vida, dan cuenta de los mecanismos y las herramientas con las que cada una cuenta para asumir su vejez.

Se puede concluir entonces que envejecer no es solo una cuestión de actitud, hay otros factores que influyen en la manera como las personas afrontan esta etapa de la vida. Los

prejuicios sociales, las desigualdades económicas y de género, las condiciones físicas y psicológicas y las experiencias vividas son algunos de los elementos que configuran la vejez.

Sin embargo, envejecer no es una desgracia, envejecer, como dice Anna Freixas y colaboradores, puede ser un logro, un triunfo, sobre todo en el caso de las mujeres que deben encarar situaciones personales que en muchos casos las sitúan en la dependencia y la pobreza (2009). Como estas mujeres que han enfrentado el reto de la vida y de la vejez con entereza y que son, como veremos más adelante, el eje fundamental del bienestar y funcionamiento de sus familias y por ende elementos importantes y productivos para la sociedad.

3.3. Envejecimiento, desigualdad y género

El incremento del envejecimiento poblacional es una señal que ha disparado la alarma a nivel global llamando la atención sobre la situación económica y social de este grupo etario¹². Surge entonces, la preocupación por resolver la problemática que este fenómeno demográfico representa y que se concreta en atender las cargas relacionadas con la seguridad social y la necesidad de cuidado que demandan las personas adultas mayores.

Este interés por las personas de edad avanzada tiene una connotación negativa, pues se fundamenta en los prejuicios que las cataloga como miembros inactivos de la estructura económica, como cargas para la sociedad. Conceptos que, como se señaló anteriormente, incrementan el rechazo y agudizan las desigualdades a las que se enfrenta este grupo poblacional.

Si bien es cierto que la vejez no es una cuestión cronológica, que no inicia a una edad precisa, las repercusiones sociales que genera el envejecimiento si aparecen en un

¹² El volumen y el peso relativo de la población mayor están determinados por la dinámica de la fecundidad, la mortalidad y la migración, fuerzas demográficas que involucran factores culturales, sociales, económicos a los que se suman, factores de seguridad social y de violencia. Los descensos de la fecundidad y la mortalidad, y sus repercusiones en las estructuras de población, conllevan a cambios en el tamaño y lógicamente en las tasas de crecimiento de la población mayor. En Colombia, la población de 60 años o más tiene tasas de crecimiento superiores al crecimiento de la población total, entre 1985 y el año 2013, la población total de 60 años o más pasó de 2.143.109 a 3.815.453 en el 2005 y para el 2010 se proyectó en 4.473.447 de personas mayores, con un ritmo de crecimiento del 3.18% promedio anual en ese periodo. Para el 2015 se proyecta un crecimiento de la población mayor en un 3.51% y del 3.76% para el 2020 (Ministerio de Salud y Protección Social – Oficina de Promoción Social, 2013).

momento concreto, un momento crucial tanto para los individuos como para el sistema, y es la jubilación. La etapa en la que las personas dejan de ser productivas y se convierten en una carga para el sistema y que representa para unos un momento de libertad y de descanso y para otros de incertidumbre y preocupación, pues no todas las personas logran acceder a la jubilación, enfrentando así dificultades económicas y precariedad durante la vejez.

En torno a la jubilación como factor determinante del envejecimiento social considero importante hacer un par de precisiones, en primer lugar, el hecho de que las personas pensionadas sean una carga para el sistema es una consecuencia de la inoperancia del régimen pensional. Un régimen obsoleto que no va a la par con los cambios demográficos, es decir no se ha reformado para adaptarse al incremento del envejecimiento y de la esperanza de vida y a la disminución de la natalidad ¹³.

Los aportes realizados a la seguridad social por las personas en edad laboral son los que se emplean para cubrir los gastos pensionales, pero si se tiene en cuenta que los niveles de desempleo y de informalidad laboral¹⁴ no permiten tener suficientes activos para subsidiar las pensiones de los adultos mayores, pues evidentemente éstos se convierten en una carga para el sistema.

Por otra parte, es importante subrayar que detrás de las problemáticas del desempleo y la informalidad laboral están las políticas neoliberales que han alterado el orden social interno de los países, propiciando el abandono de las políticas sociales en detrimento de la reducción del bienestar social, dificultando el ejercicio de los derechos a la salud, la educación y el pleno empleo. Respecto de este último, hay que señalar que la privatización

¹³ En el país, el envejecimiento demográfico se debe en gran parte al desarrollo científico y tecnológico, al mejoramiento del saneamiento básico de las condiciones de salud de la población, que se evidencian en aumentos importantes en la esperanza de vida al nacer}, y por ende en la sobrevivencia de la población mayor de 60 años. Es así como para el periodo 1985-2010, la esperanza de vida al nacer aumenta de 68 a 74 años, con diferenciales importantes entre hombres y mujeres, 70.7 y 77.5 años respectivamente y se calcula que para el período comprendido entre el 2010 y el 2015 es de 75 años para ambos sexos, siendo para los hombres de 72.1 años y para las mujeres de 78.5.

La importancia del efecto de los diferenciales por sexo de la mortalidad se traduce en la conformación de grupos proporcionalmente crecientes de mujeres dependientes por pérdida de sus compañeros. En el caso de países como Colombia, en donde la integración de la mujer a la vida laboral y por consiguiente a la seguridad social y al sistema educativo ha sido relativamente reciente, los efectos de dependencia se acentúan para este grupo de población con mayor intensidad en comparación con los hombres. (Ministerio de Salud y Protección Social – Oficina de Promoción Social, 2013).

¹⁴ Según la Gran Encuesta Integrada de Hogares (GEIH) que proporciona información básica sobre el tamaño y estructura de la fuerza de trabajo del país (empleo, desempleo e inactividad), para el mes de enero de 2019 la tasa de desempleo fue 12,8%, lo que representó un aumento de 1,0 puntos porcentuales respecto al mismo mes de 2018 (11,8%). La tasa global de participación se ubicó en 63,5% y la tasa de ocupación fue 55,3%. En el mismo mes del año anterior estas tasas fueron 63,2% y 55,8%, respectivamente. (DANE, 2019)

ha contribuido al incremento del desempleo y precariedad laboral lo que a la postre repercute en la crisis del sistema pensional (Ibarra, 2011).

La segunda precisión que quiero hacer se dirige a llamar la atención sobre el hecho de que sea la edad de jubilación¹⁵ la que determine el declive social de las personas, pues esto no se ajusta a la realidad y somete a las personas que están en ese rango de edad a condiciones de discriminación y de desigualdad en relación con los otros miembros de la sociedad. Llegar a la edad de jubilación no conlleva la pérdida de las capacidades físicas e intelectuales, sin embargo, ubicarse laboralmente es casi imposible. Y las personas, que por diversas causas no cumplen los requisitos para acceder a la pensión por vejez, deben desempeñar trabajos informales hasta bien avanzada la adultez mayor para procurarse el sustento. El caso de María Angélica ilustra esta situación.

“En la época mía, era quedese en la casa y cuide los niños. Yo no trabajé. Y la única que no tiene pensión de mis hermanos soy yo. Me gusta la costura y hago las sudaderas para los compañeros de colegio de mi hijo, en pocas cantidades. Pero yo no trabajo la costura como medio de sustento, porque me moriría de hambre. Mi sustento es lo que da el papa de mi hijo, que es poco, y una plata a interés”

(María Angélica)

De lo expuesto hasta ahora se puede concluir que la problemática social en torno al envejecimiento está ligada a factores económicos y de productividad, en otras palabras, la sociedad occidental mide a las personas según el rendimiento y la capacidad de producción que se traduzca en ganancia. De este modo, el sistema económico capitalista elabora una especie de operación matemática en la que se establece una relación directamente proporcional según la cual a medida que disminuye la capacidad de producción de las personas, estas pierden valor e importancia social. Y a su vez, la capacidad de producción

¹⁵ Según el artículo 36 de la Ley 100 de 1993 (Modificado por el artículo 9 de la Ley 797 de 2003) A partir del 1o. de enero del año 2014 la edad para acceder a la pensión se incrementará a cincuenta y siete (57) años de edad para la mujer, y sesenta y dos (62) años para el hombre. Los límites de edad mínimos operan para el régimen de prima media con prestación definida. En el régimen de ahorro individual no se ha considerado una edad mínima para lograr la pensión, puesto que en los fondos privados todo se limita a tener o alcanzar el capital necesario para financiarse la pensión, de manera teóricamente una persona se puede pensionar a la edad que quiera, o la edad que pueda según su capacidad económica. Aquí el requisito no es la edad sino la cantidad de dinero que haya ahorrado en su cuenta individual.

es inversamente proporcional a la edad, es decir que a medida que aumenta la edad, a medida que envejecemos, disminuye nuestra capacidad de producción.

Sin embargo, estas relaciones matemáticas no aplican para el trabajo de cuidados, en primer lugar, porque no es un trabajo productivo, sino reproductivo y en esa medida no se puede medir en términos de productividad. Además las dinámicas y los tiempos del cuidado no se pueden asemejar a los del trabajo productivo, pues mientras un trabajador cumple una jornada laboral de ocho horas de lunes a viernes, goza de vacaciones, recibe un salario y tiene derecho a prestaciones sociales, quienes ejecutan trabajos de cuidado, que en su mayoría son mujeres, muchas de ellas adultas mayores, trabajan más de ocho horas diarias, no tienen días de descanso, ni vacaciones, ni salario, ni prestaciones sociales, lo cual es, por demás injusto y desproporcionado, si se tiene en cuenta que el trabajo de cuidado sostiene y hace posible el funcionamiento del mercado de trabajo.

La referencia a las magnitudes directa e inversamente proporcionales es una manera de evidenciar la forma en que el sistema capitalista cosifica a los seres humanos reduciéndolos a cifras. Asignándonos a cada uno un valor y una posición, según la edad, según los ingresos económicos, según el sexo. En cada persona coinciden estos factores de forma diferente, caracterizando e individualizando a los sujetos para asignarles un lugar en la sociedad de acuerdo con los valores preestablecidos. Así, por ejemplo, el valor y el lugar social en términos económicos y de productividad, de un hombre de 35 años, blanco, trabajador activo, de clase media, dista mucho del que puede tener una mujer campesina, de 56 años, que vive en un barrio estrato dos.

“Me hubiera gustado haber comprado una casita...No ser la señora del aseo, la menospreciada, sino ser una profesional, estar bien. Pero, para una mujer del campo...imagínese lo difícil que fue”

(Piedad)

Piedad migró del campo a la capital muy joven, con la idea de trabajar y “salir adelante”, como ella misma afirma. La emancipación de su familia y la llegada a la ciudad implicaron un gran cambio en la vida de Piedad. La necesidad de auto manutención y su nivel de formación básico la llevan a aceptar trabajos mal remunerados. Posteriormente el matrimonio y la maternidad imponen a Piedad una serie de cargas de cuidado adicionales que hacen imposible mejorar su nivel educativo, pese a ser ese uno de sus grandes

proyectos. Debido a todos estos factores, la precariedad laboral ha sido una constante en la vida de Piedad.

De este modo, la edad y la clase se entrecruzan con el género en las dinámicas de opresión y exclusión social. Estas categorías de interseccionalidad¹⁶ muestran los distintos tipos de desigualdad que se producen como consecuencia de esta combinación de factores y que determinan la posición de las mujeres en la sociedad. En el caso de las mujeres, el envejecimiento es un factor que recrudece las desigualdades, pues a la opresión que por razones género, de raza o de clase han soportado a lo largo de la vida se suma la discriminación por la edad. Así pues, la edad también constituye una categoría de interseccionalidad.

En los casos objeto de estudio, como se detallará más adelante, el nivel básico de formación, la precariedad laboral y acontecimientos como el matrimonio y la maternidad han sido factores que han impedido a estas mujeres gozar de estabilidad económica durante la juventud y la edad adulta sobre todo en el caso de Piedad y Graciela. Situación que se mantiene hasta la actualidad y tiende a agravarse como en el caso de María Angélica quien, a pesar de haber gozado de un mejor nivel de vida durante la adultez, circunstancias como el divorcio y el no haber trabajado nunca como asalariada la conducen a una situación de precariedad económica durante la vejez.

Afirma Jane Lewis que el bienestar en la vejez depende en gran medida de la situación laboral asumida durante la vida adulta, lo que en el caso de las mujeres ha sido determinante, marcando unos índices de pobreza mayores que los masculinos (Lewis, 2011). La vinculación de las mujeres al mundo laboral y la industria se evidencia desde finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, y ha sufrido cambios según las necesidades de la economía mundial. Dichos cambios promovidos en gran parte por el movimiento feminista facilitaron el acceso de las mujeres occidentales a la educación superior y al mercado de trabajo, de este modo muchas mujeres han logrado alcanzar posiciones notables en el ámbito laboral, social, cultural y político.

¹⁶ La interseccionalidad es un concepto elaborado por la abogada afro estadounidense Kimberlé Crenshaw, en 1989, en el marco de la discusión de un caso concreto legal, con el objetivo de hacer evidente la invisibilidad jurídica de las múltiples dimensiones de opresión experimentadas por las trabajadoras negras de la compañía estadounidense General Motors. Con esta noción, Crenshaw esperaba destacar el hecho de que en Estados Unidos las mujeres negras estaban expuestas a violencias y discriminaciones por razones tanto de raza como de género y, sobre todo, buscaba crear categorías jurídicas concretas para enfrentar discriminaciones en múltiples y variados niveles (Viveros Vigoya, 2016).

Sin embargo, la segmentación de género en el mundo laboral ha promovido diferencias, generando áreas de trabajo propias de mujeres y de hombres lo que a su vez ha traído como consecuencia desigualdad en las remuneraciones y en el reconocimiento social de dichas labores (Arango Gaviria, 2004). Adicionalmente, la vinculación al mundo laboral para las mujeres ha sido mucho más complicada que para los hombres, pues las construcciones sociales en torno a la diferencia de sexos y en relación con la división sexual del trabajo les ha asignado unas obligaciones vinculadas a las labores de cuidado que limitan sus interacciones fuera del hogar.

Así pues, los hombres se incorporan al mundo laboral en cuanto tienen edad o capacidad para hacerlo y suelen abandonarlo en la edad de jubilación, con mejores condiciones laborales respecto de las mujeres. Sin embargo, las mujeres se incorporan y abandonan el mercado laboral según las exigencias sociales y económicas, pero sobre todo según el momento del ciclo vital en que se encuentren, así, por ejemplo, la maternidad trae como consecuencia la ejecución de unas tareas de cuidado que debe asumir la mujer y que le condicionan el tiempo destinado al mundo laboral (Amoroso Miranda, Bosch Pareras, & Carrasco Bengoa, 2003).

En efecto la maternidad como hito del cuidado es un acontecimiento que conduce a las mujeres a asumir obligaciones de cuidado, que por un tiempo son indelegables y por tanto las obliga a abandonar el mundo laboral, situación que afecta sus proyectos de vida, teniendo que dividirse, como lo dirían Puyana y Barreto, entre su ser para sí y su ser para otros (1996, pág. 131). Sin embargo, hay casos en los que las cargas del cuidado impiden a las mujeres incorporarse al mundo laboral, como le sucedió a María Angélica, quien ha tenido que dedicarse al cuidado de su hijo que padece una discapacidad cognitiva.

“Uno cuando joven es una máquina. Yo trabajaba, y hacía todo en la casa. Vivía con mis hermanos y mi hija, que era pequeñita. Ellos llegaban cansados de trabajar y no ayudaban con nada...”

No tengo pensión porque nunca me afiliaron a la seguridad social. Cuando era joven no pensé que eso me hiciera falta, yo lo que necesitaba era salir adelante con la niña”.

(Graciela, madre soltera, 71 años)

El relato de Graciela es un claro ejemplo de cómo las divisiones de género en el trabajo asalariado y no asalariado, la inestabilidad laboral, el desempeño de dobles jornadas para atender las necesidades económicas y de cuidado de la familia, la falta de oportunidades

educativas, la explotación laboral, entre otros, son causa de la inexistencia de derechos pensionales inadecuados que conducen a la precariedad económica de algunas mujeres en la vejez. Estas circunstancias también se presentan en la vida de Piedad, quien al referirse a sus condiciones de vida futura afirma - “Mi pensión no será mucha porque nunca me he ganado más del mínimo”.

El sistema de seguridad social, es decir el derecho a las pensiones, la sanidad y el empleo, constituye el pilar fundamental de los Estados de bienestar y es el distintivo por excelencia de las democracias avanzadas, que se caracterizan por proteger los ingresos y el bienestar de los trabajadores (Damian, 2016). Las historias de Piedad y Graciela son reflejo de la precariedad del sistema de bienestar colombiano, en el que constitucionalmente está reconocido el derecho a la seguridad social (Artículo 48, Constitución Política de Colombia), pero al que solo puede acceder en plenitud de condiciones un círculo privilegiado de la población. La inequitativa distribución de la riqueza, sumado a los altos índices de desempleo y precariedad laboral impiden el acceso al derecho a la seguridad social que, para los casos estudiados, se agrava aún más por el hecho de ser mujeres de origen campesino que han tenido que afrontar las desigualdades de género en el trabajo asalariado y no asalariado.

La socialización y las opciones de vida de las mujeres y los hombres tienen unas repercusiones muy concretas sobre su vejez. En consecuencia, no es lo mismo envejecer siendo hombre que siendo mujer (Freixas, Luque, & Reina, 2009). Como se mencionó anteriormente, acontecimientos como el matrimonio y la maternidad marcan la vida de las mujeres no solo a nivel afectivo, sino que tienen además unas repercusiones personales asociadas a la realización profesional y laboral que trae consecuencias importantes en el nivel de vida de las mujeres.

“Entonces un día saqué fuerzas de donde no tenía y deje a un lado el miedo y fui a una entrevista que me había conseguido una amiga para trabajar como aseo y me dieron el empleo y aún sigo trabajando como aseo, gracias a Dios, porque con eso he sacado adelante a mis hijos, como hizo mi mamá con nosotros, porque si de mi esposo hubiera dependido nos hubiéramos muerto de hambre”. (Piedad)

Graciela y Piedad representan a todas aquellas mujeres que han tenido que trabajar en cualquier cosa y por cualquier salario para alimentar a sus hijos e incluso a su pareja. Y que además se han hecho cargo de la crianza y cuidado de los menores en solitario, cargando

con el peso de la maternidad y la paternidad sobre sus hombros. Circunstancias que han repercutido de forma negativa en la vida de estas mujeres perjudicando el nivel económico de éstas en la vejez.

“Cuando me separé, tuve que vender el apartamento, porque no tenía con que pagar la administración del conjunto. Era lo único que tenía. Yo no tengo pensión, nunca trabajé, no tengo una entrada fija. Lo vendí para buscar algo más barato y que me quedara una platica, porque no sé cuánto tiempo voy a estar acá y de que voy a vivir yo”.

(María Angélica)

Sobre las mujeres casadas y la pobreza en la vejez, señala Freixas:

“La definición heterosexual marca hoy la vejez de las mujeres que enterraron su capital de partida en el matrimonio, con la idea de que este –o Dios o quién fuera– proveería sus necesidades económicas en la vejez, pero cuando ha llegado la hora de la verdad todos han mirado hacia otra parte y ellas se han encontrado en la miseria” (Freixas, Luque, & Reina, 2009).

El divorcio implicó para María Angélica un cambio radical en sus condiciones de vida, pues en menos de un año pasó de vivir en una zona estrato 4 a una zona estrato 3 y ha tenido que reducir sus gastos y salidas, circunstancias que la han afectado incluso psicológicamente. Sin embargo, no se arrepiente, pues como ella misma dice “fueron muchos años de infidelidad y mal trato, y uno no tiene porqué soportarles tanto. A mí me decían no le haga reclamos, no le diga nada...Eso son bobadas, uno tiene que hablar. Menos mal que ahora las mujeres se han preparado, ya no tienen la dosis de resignación que uno tenía... Por eso yo siempre le he inculcado a mi hija que estudie y trabaje, que no dependa única y exclusivamente de un hombre, que el día que ella quiera, pueda decir: - ¡me voy!, coja a sus hijos y se pueda ir – para que no le pase como a mí”.

En el relato de María Angélica se puede ver como la definición heterosexual, los imperativos, las normas de género que desde el nacimiento nos definen como mujeres o como hombres y que incorporan ideales de feminidad y masculinidad (Butler, 2003), traen consigo la imposición de unos roles de género concretos, que determinan la estructura jerárquica social basada en la división sexual del trabajo que asigna a las mujeres los trabajos de cuidado. Entonces, se espera que las mujeres que han recibido esos imperativos a lo largo de su vida se ocupen del cuidado y educación de los hijos, las labores domésticas, el cuidado de enfermos, ancianos y nietos.

Y de esta manera, es como el cuidado se incorpora en la vida de las mujeres atrapándolas hasta la ancianidad, entre el cuidado de sus hijos, el cuidado de su pareja y el cuidado de sus nietos, sin recibir remuneración alguna por su trabajo, de modo que la jubilación para las mujeres es prácticamente inexistente, esa época de libertad y de descanso nunca llega; así, contradictoriamente, mientras más cuidados procuran a otras personas, menos cuidados reciben (Lewis, 2011). La falta de reconocimiento de los trabajos de cuidado realizados por las mujeres a lo largo de su vida intensifica las desigualdades y la pobreza durante la vejez, lo que marca una diferencia sustancial entre el envejecimiento masculino y el femenino, así pues, no sobra insistir que no es lo mismo envejecer siendo hombre que siendo mujer.

3.4. Mujeres mayores y trabajos de cuidado. ¿Cuidadoras o demandantes de cuidado?

Mientras escribía este texto enfermó gravemente el hermano mayor de mi madre. Mi tío José, de 89 años, fue ingresado en el hospital por una obstrucción intestinal que requirió una cirugía de urgencia. Nunca se casó, ni tuvo hijos, así es que el cuidado de él en esas circunstancias siempre ha sido un problema, mi madre y mis tías son ya mayores y no están en condiciones de cuidar de nadie, así que las sobrinas, porque los sobrinos nunca hacen presencia, intentamos turnarnos para su cuidado, pero todas trabajamos y tenemos familia, de modo que nuestras apariciones por el hospital eran fugaces. Sólo quedaba ella, mi prima Nohora, la mayor de todas, tiene 65 años, es pensionada y viuda y, aunque no era solo su responsabilidad, fue ella quien asumió el cuidado de mi tío. Estaba en el hospital desde muy temprano y aunque durante el día algunas de nosotras nos acercábamos para visitarlo, ella solo se ausentaba para almorzar o tomar alguna pausa, y se marchaba a su casa al finalizar el día. Y así lo hizo todos los días durante tres semanas hasta el día en que él falleció. Mi prima abandonó sus ocupaciones normales: gimnasia, limpieza y organización de su casa, cuidado de sus nietos, cursos libres, todo, abandonó todo para dedicarse al cuidado permanente de mi tío. Habría podido pagarse a una enfermera para que se encargara de él, pero ella prefirió hacerlo personalmente, aunque eso la agotara física y emocionalmente. Lo hizo ¿por amor?, ¿por compromiso familiar?, ¿por agradecimiento?, ¿por humanidad?, ¿por ser mujer?, o tal vez por todas las anteriores, no lo sé.

He decidido iniciar con esta anécdota personal, porque muestra claramente la problemática del envejecimiento en relación con los trabajos de cuidado. Por una parte, están las necesidades de cuidado que demandan las personas adultas mayores, de edad muy avanzada y con problemas graves de salud y, por otra parte, están las mujeres adultas mayores que desempeñan labores de cuidado, incluso a edades muy avanzadas o con enfermedades que las hacen, más que cuidadoras, demandantes de cuidado.

Aunque el fenómeno demográfico del envejecimiento genera preocupación a nivel mundial, los estudios sobre senectud y las referencias a la vejez son insuficientes y emplean un enfoque general que homogeniza la vejez, sin hacer distinciones de género y sin resaltar las diferentes experiencias vitales (Freixas Ferré, 1997). Por su parte, las investigaciones sobre envejecimiento, género y cuidado son relativamente recientes y la mayoría se centran en el envejecimiento de la población como un problema a resolver, como un reto para los Estados, destacando como una cuestión de género la crisis en el modelo tradicional de cuidados, fruto de la necesidad de cuidado que requieren las personas mayores y la insuficiencia de las instituciones para cubrir dichas demandas¹⁷.

La citada literatura tiene como trasfondo esos prejuicios negativos que asocian la vejez con la improductividad y la enfermedad, analizando concretamente los cuidados que demandan las personas mayores y la problemática en torno a estos. Así, por ejemplo, algunos de dichos estudios se centran en el análisis sobre la institucionalización, mercantilización y desvaloración de los trabajos de cuidado dirigidos a los ancianos (Pineda Duque, 2018) (González Méndez, 2014). Mientras que otros enfatizan en la crisis del cuidado de las personas mayores y las repercusiones que tiene en la sociedad capitalista en términos de productividad, subrayando la desvalorización de este; en tanto que es un trabajo que absorbe valor y pero que es visto como que no lo produce, es decir que son labores que no están destinadas a la reproducción de la fuerza de trabajo (Federici, 2011; Pedrero, 2011).

Los estudios mencionados anteriormente, si bien analizan los efectos políticos, sociales y económicos de la crisis del cuidado de las personas mayores y llaman la atención sobre la necesidad de una transformación en la división sexual y social del trabajo y el reconocimiento del trabajo de cuidado como un trabajo remunerado, no abarcan en su totalidad los asuntos de envejecimiento, género y cuidado. Generando una especie de

¹⁷ Ver por ejemplo (Lewis, 2011), (Federici, Sobre el trabajo de cuidados de las personas mayores y los límites del marxismo, 2011), (Pineda, 2018).

cortina que invisibiliza la realidad social de este grupo etario y especialmente la de las mujeres adultas mayores como proveedoras de cuidado.

Esa otra faceta, la de las mujeres adultas mayores cuidadoras, es analizada por otra vertiente de la literatura sobre género y envejecimiento que hace importantes reflexiones sobre las desigualdades de género en la vejez (Hernández Pedreño, 2000; Aguirre Cuns & Scavino Solari, 2016), los efectos de los trabajos de cuidado en la vida y la salud de las mujeres adultas mayores (García González, y otros, 2011; Yarris, 2014; Mestre Miquel, Guillen Palomares, & Caro Blanco, 2012; Luna, Ramos, & Rivera, 2016), el tipo de trabajos que realizan y el tiempo dedicado a estos (Aguirre Cuns & Scavino Solari, 2016; Observatorio de Personas Mayores, 2004), y el importante papel de las mujeres adultas mayores en las redes de apoyo familiar y su contribución, a través del cuidado, al bienestar de las familias y al desarrollo económico y social en general (Bianchi-Pernasilici & Piras, 2015; Yarris, 2014; Aguirre Cuns & Scavino Solari, 2016). Sin embargo, muchos de estos autores se refieren únicamente a las mujeres adultas mayores en su papel de abuelas cuidadoras, generalmente cuidadoras principales, que se encargan del cuidado, crianza y educación de sus nietos (Castillo Salcedo, 2017; Bianchi-Pernasilici & Piras, 2015; Luna, Ramos, & Rivera, 2016; Mestre Miquel, Guillen Palomares, & Caro Blanco, 2012; Yarris, 2014), dejando de lado las demás facetas en las que las mujeres mayores desempeñan labores de cuidado, como son la limpieza y mantenimiento de los hogares, preparación de alimentos, el cuidado a otros ancianos, a adultos discapacitados, entre otras.

El envejecimiento poblacional se ha desarrollado a la par con otros fenómenos demográficos como la disminución de la tasa de natalidad y el ingreso masivo de las mujeres al mercado laboral. En efecto, en su lucha por el establecimiento de condiciones reales de igualdad y para alcanzar aspiraciones sociales que de otra forma sería imposible obtener, las mujeres jóvenes y adultas se han ido incorporando al mundo laboral.

La ausencia de las mujeres en el hogar ha incrementado las demandas de cuidado, demandas que, al no ser satisfechas por las instituciones estatales, colapsan las estructuras familiares produciendo una “crisis” en el modelo tradicional de cuidados; problemática que ha recaído directamente sobre las mujeres en tanto que sujetos responsables sociales del cuidado. En otras palabras, si una mujer quiere o necesita trabajar “es su problema dejar el hogar organizado”, de este modo la crisis del cuidado es un problema personal de las mujeres y no un problema social (Freixas Ferré, 2005).

Este es el pan de cada día de la mayoría de las mujeres que, en su lucha por la plena individualización (Lewis, 2011), por lograr esas tan anheladas condiciones de igualdad, deben delegar las obligaciones de cuidado que les han sido impuestas. Así lo hizo Graciela, quien tuvo que pagar a otras mujeres para que se encargaran del cuidado de su hija y ahora es ella quien se encarga de cuidar a su nieto para que su hija pueda trabajar, de igual forma lo hace María Angélica quien afirma “Yo le ayudo a mi hija porque ella trabaja muy duro”.

Así pues, las mujeres hemos tenido que arreglárnoslas buscando soluciones a dicha problemática, que se agrava, además, por otros factores como la escasez de recursos económicos, los cambios en la estructura familiar, los fenómenos migratorios, entre otros factores. En consecuencia, para poder trabajar muchas mujeres deben acudir a las redes de apoyo familiar para la realización de las labores de cuidado en las que las mujeres adultas mayores juegan un papel fundamental, entre otras cosas por su experiencia como cuidadoras. Fenómeno que es bastante frecuente en Colombia en donde la mayor proporción de las mujeres trabajadoras a salariables tiene que acudir a las abuelas para delegar el cuidado de los menores (Encuesta Nacional de Demografía y Salud. , 2015).

La solución de incorporar a las mujeres mayores, concretamente a las abuelas, como recurso para la conciliación de la vida laboral y familiar perpetúa los roles de género, haciendo que las cuidadoras principales sigan siendo las mujeres (Mestre Miquel, Guillen Palomares, & Caro Blanco, 2012). Así sucede en el caso de Graciela, que ha cuidado toda la vida y lo sigue haciendo, pero ahora con dedicación a tiempo completo, como lo manifiesta en su relato “Con el bebecito no se puede salir. Estoy con él todo el día. Hago el aseo del apartamento y hago la comida, cuando está dormido, porque es muy inquieto”.

Adicionalmente, agrava la situación de desvalorización del trabajo reproductivo vinculada a la organización social del cuidado, pues la ausencia de reconocimiento de los trabajos de cuidado se agudiza en la vejez, debido a que, al tratarse de labores realizadas por personas que no representan una fuerza de trabajo, las labores que realizan tampoco son consideradas como trabajo (Aguirre Cuns & Scavino Solari, 2016).

Evidentemente, el papel de las abuelas en la conciliación de la vida laboral y familiar es fundamental para el desarrollo económico y social, pues son ellas, en gran medida, quienes suplen las necesidades de cuidado que las instituciones estatales no cubren y hacen posible el mantenimiento de las mujeres jóvenes en el mercado laboral. Sin embargo, sobre este punto es necesario aclarar que dichas labores de cuidado no solo son ejercidas por

abuelas, pues hay muchas otras mujeres mayores que no tienen esa calidad y que realizan labores de cuidado, y, por otra parte, los trabajos de cuidado no solamente son los que se refieren a la atención de los nietos, sino que abarcan un sin número de actividades dirigidas al cuidado de personas y al mantenimiento de los entornos vitales.

Al igual que sucede con la maternalización de las mujeres en la juventud y la madurez, en la ancianidad se produce esa maternalización en segundo grado, en la que las mujeres adultas mayores se identifican como abuelas, tengan o no nietos, y se generaliza esta figura como si ese fuera el destino de todas las mujeres mayores.

En los casos analizados, confluye la circunstancia de que todas las mujeres son madres y además son abuelas, y pese a que dos de ellas se encargan del cuidado de sus nietos, las labores de cuidado que realizan no están únicamente dirigidas a estos, sino que hay una multiplicidad de labores que realizan en beneficio de otros miembros de la familia. Por este motivo, la presente investigación se enfoca en las mujeres adultas mayores en general, no solo en el papel de abuelas, sino en aquellas mujeres que además de cuidar de sus nietos, también cuidan de sus hijos adultos, de sus hijos adultos en condición de discapacitados, de otros ancianos, mujeres que realizan todas las labores domésticas en sus hogares, mujeres que trabajan como aseadoras, sencillamente, mujeres adultas mayores que ejercen labores de cuidado.

En el caso de las mujeres objeto de estudio confluye la circunstancia de que todas son abuelas, pero como mencioné anteriormente no solo se dedican al cuidado de sus nietos, sino que realizan múltiples labores de cuidado.

“La limpieza de la casa también la hago yo porque me da pesar, por experiencia propia, porque yo trabajaba y llegaba a la casa a cocinar y todo. Entonces me da pesar, yo lo hago por ella, para que no le toque tan pesado”.

(Graciela)

Los relatos dan cuenta de la multiplicidad de labores que realizan las mujeres mayores, así, por ejemplo, Graciela no solo cuida de su nieto, sino que, además, al hacerse cargo de todas las labores domésticas y de la preparación de los alimentos, cuida de su hija adulta y alivia sus cargas, lo que conlleva una mayor carga de trabajo para ella. En este caso, la dedicación a las labores de cuidado en su etapa de adultez mayor ha pasado de ser ocasional a ser permanente y a jornada completa. Mientras que, para María Angélica, la dedicación ha sido permanente e ininterrumpida desde su juventud, pues lleva 46 años

cuidando a su hijo discapacitado, tareas que ahora comparte con el cuidado de su nieto pequeño y las labores domésticas. - “Es cuidar a dos niños pequeños, juegan, comparten muñecos, pelean...”- dice mientras me relata su rutina diaria.

“Todos los días hay que barrer y trapear las torres, y las áreas comunes y limpiar los cuartos de la basura. Yo trabajo de lunes a sábado, de ocho a cuatro de la tarde, es duro”

(Piedad)

Para Piedad las cosas no son muy diferentes, pues a pesar de que ella no se hace cargo de sus nietos, trabaja a tiempo completo como aseo y realiza las labores domésticas en su casa y prepara los alimentos para ella y para el menor de sus hijos, lo que le implica la ejecución de una doble jornada, que ha desempeñado desde muy joven, cuando empezó a trabajar de forma asalariada. Y pese a que las cargas del cuidado han disminuido a causa del divorcio y de la independencia de sus hijos mayores, estas aún siguen siendo su responsabilidad.

Estas experiencias muestran claramente, como lo señala Lewis, que la jubilación para las mujeres no existe (Lewis, 2011), pues justo cuando es el momento de descansar después de una vida de trabajo y dedicación a sus hijos, o porque su estado de salud así lo exige deben asumir nuevas responsabilidades (Puyana & Rodríguez, La organización del cuidado en familias transnacionales. Una lectura a partir de relatos de quienes permanecen en Bogotá, Colombia, 2011). Y más que la cantidad de trabajo que realizan lo preocupante el tiempo que dedican a dichos trabajos.

Según un estudio realizado a partir de la encuesta nacional de uso del tiempo (2012-2013), en todas las etapas del ciclo de vida familiar el nivel de participación promedio dedicado al trabajo doméstico es más elevado en el caso de las mujeres (oscilando entre 85% y 93%) frente al de los hombres (fluctuando entre 46% y 55%); asimismo, son mayores las horas dedicadas a estas actividades. Señala el estudio que el tiempo vinculado al trabajo doméstico de las mujeres aumenta paulatinamente a medida que avanza en la etapa del ciclo de vida familiar, de tal manera que se evidencia el carácter permanente de dichas actividades (Florez Vaquiro, Nova Bolaños, & Pacheco Gómez, 2015).

De lo anterior se concluye que el tiempo vinculado al trabajo doméstico aumenta para las mujeres a medida que envejecen. Surge así la pregunta de porque los encargos de dichas tareas de cuidado no se delegan de forma continua en los hombres adultos mayores, si se parte del supuesto de que están en la edad de jubilación y pueden permanecer en la casa

realizando, al igual que las mujeres, labores de cuidado. Lo cierto es que los encargos de trabajos de cuidado se delegan en su mayoría a mujeres adultas mayores, tal vez por la experiencia, como se mencionaba anteriormente, o simplemente por el hecho de ser mujeres, pues dichas labores no les han sido asignadas culturalmente a los hombres. Así pues, los trabajos de cuidado están presentes de forma permanente en la vida de las mujeres como consecuencia de la división sexual del trabajo basada en la diferencia de sexos.

Ese carácter permanente de las actividades de cuidado en la vida de las mujeres está por encima de la edad e incluso de la salud. Como para Graciela, quien a pesar de sus 71 años y la artrosis crónica que padece cuida a su nieto y realiza todas las labores domésticas en su casa, o María Angélica, de 70 años, que cuida de su hijo con discapacidad y de su nieto, aunque su estado anímico es inestable y la obliga a tomar medicamentos. Así, muchas mujeres ancianas y con problemas de salud continúan realizando labores de cuidado, convergiendo en ellas el binomio cuidadoras-dependientes (Aguirre Cuns & Scavino Solari, 2016), aunque la balanza se incline más hacia un lado que hacia el otro.

3.5. Para concluir. El cuidado como proyecto de vida.

A lo largo del capítulo se ha visto cómo las mujeres se definen de forma particular en relación con el envejecimiento y la manera en la que sus experiencias de vida establecen unas relaciones concretas con los trabajos de cuidado. Dando cuenta así, de la diversidad de vejez y de las distintas estrategias personales a las que las mujeres recurren para asumir la vida durante la adultez mayor.

Es evidente como los trabajos de cuidado atraviesan la vida de cada mujer de forma diferente según los diversos acontecimientos que se presentan a lo largo del ciclo vital, que definen los roles a desempeñar y en los que la temporalidad y los factores socioeconómicos juegan un papel fundamental. Así, por ejemplo, el matrimonio, la maternidad, el ingreso al mundo laboral se presentan bajo circunstancias particulares y en distintos momentos para las mujeres, independientemente de su edad cronológica (Freixas Ferré, 1997). Lo que hace que el significado de cada uno de estos eventos y los niveles de compromiso con los que se asumen sean distintos para cada una.

Sin embargo, independientemente de los eventos o escenarios vitales que deban afrontar las mujeres, los trabajos de cuidado están presentes de forma casi permanente en la vida de éstas. Sin importar que sean casadas o no, que sean madres o no, la asignación histórica y social del cuidado en cabeza de las mujeres, en virtud de la división sexual del trabajo, las ha hecho responsables sociales del mismo.

Vemos entonces como existe una especie de obligación social vitalicia femenina en relación con las labores domésticas y el cuidado de personas, que hace que las mujeres asuman naturalmente como propio el cuidado.

“Yo fui criada diferente. Si hubiera tenido una pareja no me hubiera gustado que me ayudara en la cocina. Porque uno veía a mi mamá hacer eso, ella hacía todo. Y yo igual, siempre lo he hecho porque he querido, además la gente no hace las cosas como uno”
(Graciela)

Esa naturalización del cuidado genera una sobrecarga de trabajo que además está invisibilizada y desvalorizada, incluso por las mismas mujeres. Circunstancia que, como se señaló anteriormente, recrudece las desigualdades de género y perpetúa la obligación del cuidado.

“Yo cuido al niño con gusto y lo haré mientras pueda, como lo hice con mi nieta cuando era pequeña. Ellos no me pagan, ni nada, aunque yo tampoco soy capaz de pedirles. No veo la necesidad de que me paguen. Ellos nos llevan a pasear, nos invitan a comer y si notan que falta algo en la casa me lo traen”
(María Angélica)

La situación de las mujeres mayores y su relación con los trabajos de cuidado ha dado lugar a reflexiones y críticas, mencionadas anteriormente, y que se dirigen a evidenciar las repercusiones de la sobrecarga de trabajo en la salud y el bienestar de las mujeres, señalando el agotamiento y el estrés como los principales efectos negativos (Mestre Miquel, Guillen Palomares, & Caro Blanco, 2012; Bianchi-Pernasilici & Piras, 2015; Luna, Ramos, & Rivera, 2016).

“Yo no hablo con nadie y se juntaron todas las depresiones, como una bola de nieve, y por eso fui al psiquiatra”

(María Angélica)

Pese a que el estado de salud de las entrevistadas no es bueno, ellas no lo asocian directamente como una consecuencia del exceso de trabajo que tienen a cargo. Y aunque se percibe cierto cansancio, solo hacen referencia a los sentimientos, a las emociones que experimentan respecto a los sujetos dependientes de ellas. Simplemente se dedican a los demás, a atender sus necesidades, sacrificando incluso su salud y su bienestar.

“El niño es una alegría, yo no pude cuidar a mi hija, a mí me tocaba pagar para que la cuidaran, entonces estoy viviendo esa época. Disfruto cuidando el niño, a pesar de que es inquieto yo lo quiero mucho, pero lo hago por ella, por mi hija”

(Graciela)

Se producen una especie de sentimientos encontrados, una ambivalencia entre el cariño hacia sus hijos y sus nietos y la sensación de cansancio frente a la obligación de las labores de cuidado (Bianchi-Pernasilici & Piras, 2015). Primando la vulnerabilidad y las necesidades de los otros sobre las propias.

“Porque en la época mía las mamás no le ayudaban a uno a criar los niños.

Y mi mamá nunca me ayudo... mi mamá hizo su vida que es lo que debe hacer uno, disfrutar la vida de uno, porque uno ya crío y ahora le toca disfrutar de la vida... pero los sentimientos también mandan... yo le ayudo a mi hija porque ella trabaja muy duro y además es mi hija”

(María Angélica)

Sin embargo, pese a la sensación de cansancio que se percibe en sus relatos, para ellas cuidar de otros y hacer las labores domésticas, es una forma de seguir activas, de estar presentes. Se sienten útiles y necesarias para sus hijos, como madres y como abuelas y su trabajo las empodera y a la vez afianza sus lazos familiares.

“Yo a veces le digo a mi hija- ¿qué harías tú si mi? - No es que sea la única, pero habrá pocas que somos así...”

Yo no puedo compensar el tiempo que la mamá no está, pero pueden contar conmigo”

(María Angélica)

Señala Freixas que una de las tareas más importantes de envejecer es “otorgar significado a la propia vida”, ejercicio que se hace a través de la reminiscencia, que consiste en recordar y dar sentido a la vida pasada, y la preminiscencia o proyección hacia el futuro (Freixas, Luque, & Reina, 2009).

“Fui yo la que los sacó adelante. Me ha tocado trabajar muy duro, pero ahora son grandes y trabajan y yo me siento tranquila por eso”

(Piedad)

Evocar, repasar la vida es lo que hacen las mujeres en los relatos, todas hacen un balance entre las cosas vividas y las cosas que quedaron por hacer. Piedad y María Angélica, se lamentan de haber renunciado a sus estudios por elegir construir una familia como proyecto de vida, pero a la vez se sienten orgullosas de sus hijos y de lo que han logrado construir.

“Yo soy muy laboriosa, ya no tanto porque las manos me flaquean, me duelen mucho. He tenido entradas de la costura, pero no tuve el espacio, el tiempo, porque cuidar de dos hijos no es fácil, y más cuando uno no cuenta con la ayuda de nadie...”

De lo que más me arrepiento es de no haber estudiado o mejor dicho de no haber trabajado, de no haber montado una microempresa de costura.

No de haber dedicado la vida al cuidado de mis hijos, pues ellos son mi orgullo, me enorgullece ver las personas que son”

(María Angélica)

Piedad hubiera querido comprar una casa y a Graciela le habría gustado ser profesora de matemáticas y se lamenta de haber dejado su empleo “Y me pesó mucho no haber seguido trabajando. Yo era una persona independiente y eso me pesó” afirma con tristeza. Sin embargo, el balance que hacen del tiempo vivido no es negativo.

Y respecto al futuro no dicen mucho, no tienen grandes planes. Para ellas vivir cada día es su reto y se sienten a gusto como están. “Uno no piensa en eso, uno vive el día a día” dice María Angélica. No tienen planes a futuro, pero les preocupa el empeoramiento de su estado físico y mental y que eso afecte el desempeño de sus actividades. “Yo no sé qué pasará cuando no pueda valerme por mí misma, será terrible, porque yo estoy enseñada a

hacer todo y no me gusta que me hagan las cosas” afirma Graciela. Por su parte, a María Angélica le preocupa el futuro de su hijo “Yo le pido mucho a Dios que no vaya a quedar inhabilitada para mí misma y para hacerle las cosas a mi hijo, ...yo le pido a Dios que, con el dolor de mi alma, se lo lleve a él primero” dice mientras se enjuga las lágrimas.

“A mí me gusta mucho mi trabajo y estoy muy agradecida. No sé qué haré cuando me pensione, me asusta pensar en eso”

(Piedad)

Para las mujeres entrevistadas sentirse útiles y estar activas es muy importante, los trabajos que realizan las motivan, las hacen sentir vivas, las empoderan. No solo en el caso de Piedad cuyo trabajo de cuidado asalariado le permite sufragar sus gastos e incluso contribuir en las economías familiares de sus hijos, sino también para María Angélica y Graciela cuyos mundos giran en función de los cuidados que procuran a otros sin retribución alguna.

Esas cotidianas cargadas de trabajo, que para algunos pueden resultar injustas, para ellas es su mundo, su refugio, su proyecto de vida. Esas vidas cotidianidades son, como afirma Le Bretón, “esa trama sólida de hábitos y rutinas creada en el transcurso del tiempo, rodeada de caras familiares”, que forma parte de sus dominios y en donde reinan sus intenciones (Le Bretón, 2002).

“Me levanto entre 5:30 y 5:45, empiezo con el almuerzo para mi hijo. Luego hago el desayuno para los dos, luego él se va para el colegio y organizo la casa. A medio día llega él y como a las cuatro llega mi nieto, pasamos la tarde jugando y viendo la tele.

No es esclavizante, porque hago las cosas cuando yo quiero y como yo quiero, no recibo ordenes de nadie”

(María Angélica)

La cotidianidad de María Angélica, de Piedad y de Graciela, así como la observación de otras adultas mayores, familiares y vecinas, dan cuenta de la actividad y productividad de estas mujeres que, aunque en algunos casos están más en condiciones de ser cuidadas que de cuidar, organizan sus vidas en función de los cuidados que procuran a sus nietos,

a sus hijos adultos, a sus cónyuges, a otros ancianos, o a personas ajenas a su círculo familiar; haciendo del cuidado su proyecto de vida.

Mujeres que se han dividido entre su ser para sí y su ser para otros y encuentran en esta dedicación continua y constante al cuidado el sentido de su propia existencia, haciendo del cuidado su proyecto de vida. Proyectos de vida que van más allá de la mecánica realización de tareas, y que están dirigidos al sostenimiento de la vida humana, a estar con el otro y procurarle un mejor vivir, convirtiéndose así en ejes fundamentales del bienestar y desarrollo familiar y social

CONCLUSIONES

La cantidad de veces que he tenido que interrumpir la escritura de este texto para resolver las dudas de mis hijos con sus tareas, o para preparar los alimentos, o para dar de comer a los gatos, o para poner la ropa en la lavadora, o para ayudarles a buscar cualquier cosa que no encuentran pero que, según mis hijos, yo sé dónde está, me hace reflexionar sobre lo difícil que es romper con las desigualdades de género y lo lejos que estamos de lograr una distribución equitativa de las tareas domésticas y de cuidado al interior de los hogares.

Ya en la introducción expuse varias de mis molestias y conflictos en relación con los trabajos de cuidado, asuntos que he desarrollado a lo largo del texto a partir de los aportes de la literatura y ampliándolos e ilustrándolos con los relatos de tres mujeres adultas mayores que han desempeñado trabajos de cuidado, en distintos contextos, de forma continua a lo largo de la vida y siguen realizando dichas labores durante la ancianidad.

En los tres capítulos precedentes he presentado a Piedad, a Graciela y a María Angélica, compartiendo parte de sus historias en primera persona, con la intención de escuchar las voces de estas mujeres hablando de su realidad, hablando desde ellas mismas y no a través de los otros, hablando desde su ser mujer y no como madres de..., esposas de..., o abuelas de...

Además de desarrollar los objetivos planteados para la investigación, la idea de presentar estos relatos es mostrar esas realidades, humanizar e individualizar a estas mujeres, reconocerlas como personas con derechos, necesidades y anhelos. En definitiva, mostrar la vida humana que hay detrás de cada una de ellas.

En estos capítulos he expuesto la manera en la que los trabajos de cuidado, realizados por estas mujeres en distintos momentos de su ciclo vital se relacionan con la construcción y ejecución de sus proyectos de vida y la forma como el agenciamiento individual y las condiciones de vida de cada una influyen en la vivencia de la vejez.

Estos relatos de vida muestran la variedad de experiencias que han marcado la trayectoria de la biografía de cada una de las participantes, dando cuenta de la diversidad femenina. Estas mujeres, aunque inmersas en patrones culturales compartidos, han construido su

propia versión de sí mismas, Y esa especificidad de la experiencia de cada mujer garantiza su autenticidad y su valor político (Barret, 1990).

Respecto a la variabilidad interindividual de las experiencias de vida de las mujeres, señalan Freixas y sus colaboradores, que dicha circunstancia dificulta el análisis en términos de las teorías del desarrollo adulto. Pues la mayoría de las investigaciones han empleado mayoritariamente poblaciones masculinas excluyendo las femeninas. Y los resultados obtenidos se han generalizado a las mujeres, considerándolas deficientes debido a que su experiencia no se adapta a los estándares masculinos. (2009)

En efecto, hay muy poca literatura que se concentre en considerar las diferencias en la socialización y en las experiencias y opciones de vida de hombres y mujeres y las repercusiones que estas tienen en la vejez. Por este motivo, la investigación se orientó a mostrar parte de esa diversidad, contribuyendo así al desarrollo de los estudios sobre vejez, género y cuidado.

Respecto a las diferencias en la socialización y en las experiencias de vida de hombres y mujeres y sus repercusiones en la vejez, cabe destacar varios de los conceptos desarrollados en el texto y que son fundamentales en la construcción de las teorías del desarrollo adulto femenino. Dichos conceptos son: la maternalización de la mujer, la división sexual del trabajo y la domesticidad.

Es a partir de estos tres conceptos que la teoría feminista ha construido la categoría trabajos de cuidado y sobre los que se creó el modelo de maternidad hegemónico de occidente que se caracteriza por: la individualización de las labores de cuidado, la exclusividad en la dedicación femenina a las labores maternas y la exclusión de las mujeres de la vida pública. Dicho modelo, ha identificado a las mujeres como madres, aún sin serlo, teniendo como fundamento las cualidades biológicas de estas para engendrar, parir y alimentar a las crías. De este modo, las diferencias biológicas entre hombres y mujeres se convierten en la principal causa de desigualdad social.

La importancia de estos conceptos radica en que resaltan la maternidad como la principal fuente de obligaciones de cuidado. En efecto, para los casos en cuestión, la maternidad es el principal hito del cuidado, es decir, el acontecimiento que marca la vida de las mujeres, definiéndolas como cuidadoras y modificando sus proyectos de vida. En los casos analizados, la maternidad reforzó los trabajos de cuidado como una obligación continua y

permanente, haciendo que ellas asumieran dicha labor como algo natural, al punto de transformarla en su principal proyecto de vida.

Sin embargo, esta naturalización del cuidado genera una sobrecarga de trabajo que, además de estar invisibilizada y desvalorizada, incluso por las mismas mujeres, es un factor que recrudece las desigualdades de género. Desigualdades que son más evidentes durante la vejez, pues en esta etapa se sufren las consecuencias de la inequidad en la distribución del trabajo remunerado y no remunerado vividas durante la juventud y la edad adulta.

Así pues, la inestabilidad y la precariedad económica son una preocupación prevalente en las mujeres mayores, pues muchas de ellas no podrán siquiera acceder a derechos pensionales, cuestión que es realmente preocupante si se tiene en cuenta que la esperanza de vida al nacer aumenta y es mayor para el caso de las mujeres. En los casos estudiados solo una de ellas podrá acceder a la jubilación y las otras dos no gozan de derechos pensionales, una de ellas, porque nunca desempeñó trabajos remunerados y la otra porque la precariedad y el abuso laboral le impidieron hacer aportes a la seguridad social.

En conclusión, la inequitativa distribución del trabajo remunerado y no remunerado fundada en la división sexual del trabajo y la maternalización, constituyen elementos diferenciales en la socialización y en las experiencias de vida de hombres y mujeres y son el principal factor de desigualdad durante la vejez.

Otra reflexión importante en relación con el cuidado y la vejez es que, a pesar de que el fenómeno demográfico del envejecimiento genera preocupación a nivel mundial, los estudios sobre senectud y las referencias a la vejez son insuficientes y emplean un enfoque general que homogeniza la vejez, sin hacer distinciones de género, y sin destacar el papel de las mujeres mayores como cuidadoras.

Por eso esta investigación quiere llamar la atención sobre las diferentes experiencias en torno al envejecimiento, las distintas formas de envejecer de las mujeres, marcadas por diversos factores que influyen en la manera como las personas afrontan esta etapa de la vida. Los casos estudiados dan cuenta de procesos de envejecimiento gratificantes en los que las mujeres se sienten satisfechas con la forma en la que han enfrentado el reto de la vida y de la vejez, sintiéndose cómodas y realizadas con las labores de cuidado que desempeñan y que las convierte en el eje fundamental del funcionamiento y bienestar de sus núcleos familiares.

Por otra parte, el fenómeno del envejecimiento progresivo en América Latina ha propiciado el desarrollo de políticas sobre envejecimiento y vejez, orientadas a romper las desigualdades económicas, de seguridad social y de género que afronta este grupo poblacional. Adicionalmente, dichas políticas se han enfocado en plantear soluciones a las demandas de cuidado de la población adulta mayor. Sin embargo, no reconocen el trabajo de cuidado realizado por las mujeres mayores.

En ese sentido, se hace necesario el desarrollo de políticas sobre vejez y envejecimiento efectivas, que involucren la organización social del cuidado garantizando la prestación de cuidados de calidad y el reconociendo y valor del trabajo de cuidado realizado por las mujeres mayores. Es importante que las políticas de organización social del cuidado garanticen a las personas cuidadoras un ingreso mensual, la disponibilidad de tiempos de descanso y la garantía del disfrute de los derechos pensionales.

En términos generales se requiere una corresponsabilidad del cuidado que involucre al Estado, a la familia y a la sociedad en la redistribución de las labores de cuidado, concibiendo estas como un asunto social, como un asunto de todos.

El desarrollo de estas reflexiones a lo largo de la investigación me ha permitido entender, pensar y sentir el cuidado y el envejecimiento de otra manera. Fueron muchas las preguntas personales que orientaron el trabajo de investigación, algunas de ellas se han resuelto total o parcialmente y otras simplemente han desaparecido. Así, por ejemplo, la pregunta inicial por los proyectos de vida de las mujeres mayores se fue desvaneciendo a medida que conocía a Piedad, a Graciela y a María Angélica e iba descubriendo que no había grandes proyectos, que las cosas por hacer no existían, que ellas viven el día a día como un reto y que para ellas el cuidado es su proyecto de vida.

Y esta es tal vez la reflexión más importante, la enseñanza más valiosa que he aprendido a lo largo de este proceso y es entender el cuidado como proyecto de vida. Efectivamente, para estas tres mujeres el cuidado es un proyecto en sí mismo, una forma de vida, una forma de estar presentes, de sentirse activas y útiles. En sus relatos ellas muestran como el cuidado las ha empoderado, les ha permitido tener confianza en sí mismas y afianzar sus lazos familiares.

Ellas han construido una trama sólida de hábitos y rutinas, rodeadas de caras familiares, cotidianidades cargadas de trabajo, que para algunos pueden resultar injustas, pero para

ellas es su mundo, su refugio, su proyecto de vida. Estas tres mujeres se han dividido entre su ser para sí y su ser para otros y han encontrado en esa dedicación continua el sentido de su propia existencia

Bibliografía

- Observatorio de Personas Mayores. (2004). Envejecer en femenino. Algunas características de las mujeres mayores en España. *Boletín sobre el envejecimiento. Perfiles y tendencias. N° 9*, 2-24.
- Aguirre Cuns, R., & Scavino Solari, S. (2016). CUIDAR EN LA VEJEZ: DESIGUALDADES DE GÉNERO EN URUGUAY. *Papeles del CEIC. Vol 2016/1. N° 150*, 1-41.
- Amoroso Miranda, M. I. (2003). *Malabaristas de la vida: Mujeres, tiempos y trabajos*. Barcelona: Icaria Editorial.
- Amoroso Miranda, Inés, M., Bosch Pareras, A., & Carrasco Bengoa, C. (2003). *Malabaristas de la vida: mujeres, tiempos y trabajos*. Barcelona: Icaria.
- Arango Gaviria, L. G. (2004). Mujeres, trabajos y tecnología en tiempos globalizados. *Cuadernos del CES. Número 5. Facultad de Ciencias Humanas. Centro de Estudios Sociales. CES. Universidad Nacional de Colombia.*, 2-21.
- Arango Gaviria, L. G. (2011). El trabajo de cuidado: ¿servidumbre, profesión o ingeniería emocional? En L. G. Arango, & P. Molinier, *El trabajo y la ética del cuidado* (págs. 91-109). Medellín: La Carreta Editores.
- Arango, L. G., & Molinier, P. (2011). El cuidado como ética y como trabajo. En L. G. Arango, & P. Molinier, *El trabajo y la ética del cuidado* (págs. 15-21). Medellín: La Carreta.
- Arango, L., & Molinier, P. (2011). El cuidado como ética y como trabajo. En L. & Arango, *El trabajo y la ética del cuidado* (págs. 15-44). Medellín: La Carreta Social.
- Aristizábal-Vallejo, N. (2001). La psicogerontología, un desafío para el siglo XXI. *Cuadernos hispanoamericanos de psicología. V.1*, 97-102.
- Barbieri, M. (2008). *Representaciones de lo femenino en los 90. De madres e hijas, abuelas, tías y hermanas*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Barbieri, M. (2008). *Representaciones de lo femenino en los 90: de madres e hijas, abuelas, tías*. Editorial Antropología.
- Barret, M. (1990). El concepto de diferencia. *Debate feminista*, 311-325.
- Basaglia, F. (1987). *Mujer, locura y sociedad*. Puebla, Mejiço: Universidad Autónoma de Puebla.
- Basaglia, F. (1987). *Mujer, locura y sociedad*. Puebla, Mejiço: Universidad Autónoma de Puebla.
- Batthyany, K. (2018). La organización social del cuidado. En *Género y cuidado. Teorías, escenarios y políticas*. (págs. 205 - 219). Bogotá: Colección Académica.

- Benavides Pineda, M. P. (2012). *"Mujeres más allá de ángeles". Dinámicas familiares, participación ocupacional y social de mujeres que desempeñan el trabajo del cuidado. Tesis de Maestría en Trabajo social*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia Facultad de Ciencias Humanas.
- Bianchi-Pernasilici, G., & Piras, G. (2015). EMIGRACIÓN Y CUIDADOS: AMBIGÜEDADES, CAMBIOS Y CONTINUIDADES DESDE LA PERSPECTIVA DE LAS ABUELAS CUIDADORAS EN COLOMBIA. *Papeles del CEIC. Vol. 2. Núm.132*, 1-26.
- Butler, J. (2003). Acerca del término "Queer". En J. Butler, *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. (págs. 333-339). Buenos Aires: Paidós.
- Cabrales Salazar, O. (2012). La aceleración del tiempo en relación con la idea de progreso y la crisis del trabajo. *Entramado Vol. 8 No. 2*, 1-18.
- Carrasco, C. B. (2011). El trabajo de cuidados: antecedentes históricos y debates actuales. En C. B. Carrasco, *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas* (págs. 13-95). Madrid: Catarata.
- Carrasco, C., Borderias, C., & Torns, T. (2011). Introducción. El trabajo de cuidados: antecedentes históricos y debates actuales. En C. B. Carrasco, *El trabajo de cuidados. Historia, teorías y políticas*. (págs. 13 - 95). Madrid: Catarata.
- Castillo Salcedo, G. M. (2017). *¿Qué significan esos niños para mí? ¡Son toda mi vida! Abuelas cuidadoras: Continuidades y cambios en las representaciones sociales de la maternidad, las emociones y las prácticas de cuidado. Tesis*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de ciencias humanas. Departamento de trabajo social.
- Cebotarev, N. (2003). Familia, socialización y nueva paternidad. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales. Niñez y Juventud. V1 N2*, 53-78.
- Comas D'Argemir, D. (1995). *Trabajo, género, cultura. La construcción de desigualdades entre hombres y mujeres*. Barcelona: Icaria Editorial.
- Cornejo, M., Mendoza, F., & Rojas, R. (2008). La investigación con relatos de vida: pistas y opciones del diseño metodológico.. *PSYKHE Vol.17. N°1. Pontificia Universidad Católica de Chile*, 29-39.
- Damian, A. (2016). SEGURIDAD SOCIAL, PENSIONES Y POBREZA DE LOS ADULTOS MAYORES EN MÉXICO. *Acta Sociológica. Vol.70*, 151-172.
- Dávila Martín, E. (2016). Rápido a ninguna parte. Consideraciones en torno a la aceleración del tiempo social. *Acta sociológica N° 69*, 51-75.
- De Barbieri, T. (1991). Los ámbitos de acción de las mujeres. *Revista Mexicana de Sociología, Vol. 53, No. 1*, 203-224.
- De Beauvoir, S. (1965). *El segundo Sexo (Vol. II)*. Buenos Aires: Editorial Siglo Veinte.
- De Beauvoir, S. (1965). *El segundo Sexo (Vol. II)*. Buenos Aires: Editorial Siglo Veinte.
- De Beauvoir, S. (1970). *La vejez*. Buenos Aires, Argentina: Suramericana.

- De Beauvoir, S. (1977). *El segundo sexo*. Buenos Aires: Siglo Veinte.
- Del Valle, T. (2002). Contrastes en la percepción de la edad. En V. Maquieira D'Angelo, *Mujeres mayores del siglo XXI* (págs. 43-59). Madrid: Ministerio del Trabajo y Asuntos Sociales. España.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística –DANE. (2016 - 2017). *Boletín Técnico. Encuesta Nacional del Uso del Tiempo (ENUT)*. Bogotá.
- Dulcey-Ruiz, E., & Arrubla Sanchez, D. (2013). *Envejecimiento y vejez en Colombia. Estudio a profundidad*. Bogotá: ISBN: 978-958-8164-36-6 (Internet).
- Durán, M. Á. (2007). *El valor del tiempo. ¿Cuántas horas te faltan al día?* Madrid: Espasa.
- Durán, M. Á. (2007). *El valor del tiempo. ¿Cuántas horas te faltan al día?* Madrid: Espasa.
- Esteban, M. L. (2013). El cuerpo en la sociedad occidental. En M. L. Esteban, *Antropología del cuerpo, género, itinerarios corporales, identidad y cambio* (págs. 71-121). Bellaterra.
- Federici, S. (2010). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Federici, S. (2010). La acumulación del trabajo y la degradación de las mujeres. En S. Federici, *Caliban y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria* (págs. 89 - 182). Madrid: Traficantes de sueños.
- Federici, S. (2011). Sobre el trabajo de cuidados de las personas mayores y los límites del marxismo. En C. Carrasco, & C. &. Borderías, *El Trabajo de cuidados. Historia, teorías y políticas* (págs. 390-411). Madrid: La Catarata.
- Fernández, A. M. (1993). Hombres públicos, mujeres privadas . En A. M. Fernández, *La mujer de la ilusión: Pactos y contratos entre hombres y mujeres* (págs. 133-158). Buenos Aires: Paidós.
- Florez Vaquiro, N., Nova Bolaños, I., & Pacheco Gómez, E. (2015). Trabajo remunerado y no remunerado según el ciclo de vida familiar en Colombia. *Investigas. Siete estudios realizados a partir de la encuesta nacional de uso del tiempo (2012-2013)*, 142-169.
- Freixas Ferré, A. (1997). Envejecimiento y género: otras perspectivas necesarias. *Anuario de psicología. N° 73*, 31-42.
- Freixas Ferré, A. (2005). *Abuelas, madres, hijas: la transmisión socio cultural del arte de envejecer*. Barcelona: Icaria.
- Freixas, A., Luque, B., & Reina, A. (2009). El ciclo vital revisado: las vidas de las mujeres mayores a la luz de los cambios sociales. *RECERCA, REVISTA DE PENSAMENT I ANÀLISI, NÚM. 9.*, 59-80.
- FREIXAS, A., LUQUE, B., & REINA, A. (2009). El ciclo vital revisado: las vidas de las mujeres mayores a la luz de los cambios sociales. *RECERCA, REVISTA DE PENSAMENT I ANÀLISI, NÚM. 9.* , 59-80.

- Ganón, I. (1969). Problemas sociales del envejecimiento. *Revista Mexicana de Sociología*. V. 32., 169-191.
- García González, J., Rosillo Castro, D., Salazar, I., Raygal Fernández, P., Lázaro Meca, R., & Cánovas Gaspar, J. (2011). De hiperfrecuentadora a abuela esclava. Estudio de un caso de sobrecarga del cuidador desde el Síndrome de la Abuela Esclava de Guijarro Morales. *Enfermería global*. Vol.10. N° 21, 1-11.
- González Méndez, L. S. (2014). *Trabajo de cuidado y vejez: condiciones laborales, dinámicas organizacionales y devaluación social*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Haraway, D. (1991). Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial. En D. Haraway, *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza* (págs. 313-346). Madrid: EDICIONES CÁTEDRA.
- Harding, S. (2012). ¿Una filosofía de la ciencia socialmente relevante? Argumentos en torno a la controversia sobre el Punto de vista feminista. En N. Blazquez Graf, F. Flores Palacios, & M. Ríos Everardo, *Investigación feminista Epistemología, metodología y representaciones sociales* (págs. 39-66). México: UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades : Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias : Facultad de Psicología.
- Hernández Pedreño, M. (2000). *Desigualdades según género en la vejez*. Murcia, España: Imprenta Regional.
- Hirschhorn, M., & Lalive d'Epinay, C. (1984). Book review: Vieillesse. Situations, itinéraires et modes de vie des personnes âgées aujourd'hui. *Revue Française de Sociologie* v25 n3, 509-511.
- Huenchuan, S., & Guzmán, J. M. (2006). *Seguridad Económica y Pobreza en la Vejez: Tensiones, Expresiones y Desafíos para Políticas*. Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe, CELADE.
- Ibarra, D. (2011). O neoliberalismo na América Latina. *Revista de Economía Política*, vol. 31, nº 2, 238-248.
- Imaz, E. (2010). *Convertirse en madre. Etnografía del tiempo de gestación*. Catedra.
- Lagarde y de los ríos, M. (2001). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México. Facultad de filosofía y letras.
- Lagarreta Iza, M. (2011). El tiempo donado en el ámbito doméstico. Reflexiones para el análisis del trabajo doméstico y los cuidados. En L. M. Arango, *El trabajo y la ética del cuidado* (págs. 113-133). Medellín : La Carreta.
- Le Bretón, D. (2002). El envejecimiento intolerable: el cuerpo deshecho. En D. Le Bretón, *Antropología del cuerpo y modernidad* (págs. 141 - 150). Buenos Aires: Nueva visión.

- Le Bretón, D. (2002). Capítulo 5. Una estética de la vida cotidiana. En D. Le Bretón, *Antropología del cuerpo y modernidad* (págs. 91-119). Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Lerner, G. (1990). *La creación del patriarcado*. Barcelona: Crítica.
- Lewis, J. (2011). Género, envejecimiento y el "nuevo pacto social": La importancia de desarrollar un enfoque holístico de las políticas de cuidados. En C. Carrasco, & T. Borderías Cristina & Torns, *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas* (págs. 336-358). Madrid: La Catarata.
- Louis-Vincent, T. (1983). La vieillesse en Afrique noire. *Communications*, 37, 69-87.
- Luna, S., Ramos, P., & Rivera, F. (2016). Coping strategies, stress and health of grandmothers caring for ascending and descending relatives. *Estudios de Psicología*. Vol. 37, 90-114.
- Mestre Miquel, J. M., Guillen Palomares, J., & Caro Blanco, F. (2012). Abuelas cuidadoras en el siglo XXI: Recurso de conciliación de la vida social y familiar. *Portularia*. Vol. XII, 231-238.
- Mestre, J. G. (2012). Abuelas cuidadoras en el siglo XXI. Recursos de conciliación de la vida laboral y familiar. *Portularia: Revista de trabajo social* N° 12.
- Ministerio de la Protección Social. Republica de Colombia. (2007). *Política Nacional de Envejecimiento y Vejez 2007- 2019*.
- Ministerio de salud y protección social. República de Colombia. (2015). *Encuesta Nacional de Demografía y Salud*. Bogotá.
- Molinier, P. (2018). El "trabajo sucio" y la ética del cuidado. Historia de un mal entendido. En L. P.-B. Arango, *Género y cuidado. Teorías, escenarios y políticas*. (págs. 91 - 103). Bogotá : Colección Académia.
- Molinier, P. (2018). El "trabajo sucio" y la ética del cuidado. Historia de un malentendido. En L. P.-B. Arango, *Género y Cuidado. Teoría, escenarios y políticas* (págs. 91-103). Bogotá: Javegraf.
- Nieto Murillo, E., Cerezo Correa, M. d., & Cifuentes Aguirre, O. (2006). Representaciones de la vejez en relación con el proceso de salud - enfermedad de un grupo de ancianos. *Hacia la promoción de la salud*. V.11, 107-118.
- Organización de las Naciones Unidas (ONU). (1995). *Informe de la Cuarta Conferencia Mundial*. Beijing. Obtenido de <http://www.un.org/womenwatch/daw/beijing/pdf/Beijing%20full%20report%20S.pdf>
- Paperman, P. (2011). La perspectiva del care: de la ética a lo político. En L. G. Arango, *El trabajo y la ética del cuidado* (págs. 25 - 44). Medellín: La Carreta.
- Paperman, P. (2018). Responsabilidad y categoriación de los destinatarios del cuidado. En L. P.-B. Arango, *Género y cuidado. Teorías, escenarios y políticas* (págs. 39-48). Bogotá: Javegraf.
- Pedrero, M. (2011). Demografía y previsión de demandas de cuidados de los adultos mayores en América Latina. En M. Á. (Dir), *El trabajo del cuidado en América Latina y España. Documento de trabajo 54* (págs. 33-46). Madrid: Fundación Carolina.

- Pedrero, M. (2011). Demografía y previsión de demandas de cuidados de los adultos mayores en América Latina. En M. Á. Durán, *El trabajo del cuidado en América Latina y España. Documento de trabajo 54*. (págs. 33-46). Madrid: Fundación carolina.
- Pineda Duque, J. A. (2018). Cuidado institucionalizado y vejez. En L. G. Arango Gviria, A. Amaya Urquijo, & T. & Perez-Bustos, *Género y cuidado. Teorías, escenarios y políticas* (págs. 221-241). Bogotá: Colección Academia.
- Pineda, J. (2018). Cuidado institucionalizado y vejez. En L. P.-B. Arango, *Género y Cuidado. Teorías, escenarios y políticas* (págs. 221-241). Bogotá: Colección Académia.
- Puyana Villamizar, Y. (2013). Relatos y narrativas: opciones para la investigación en el trabajo social. En M. H. Ramírez, *La investigación y la práctica en trabajo social*. (págs. 111-137). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas .
- Puyana, Y. (1992). La transición de los procesos de socialización. *Maguaré N° 8*, 171-180.
- Puyana, Y., & Barreto, J. (1996). *Sentí que se me desprendía el alma*. Bogotá: Indepaz.
- Puyana, Y., & Barreto, J. (1996). *Sentí que se me desprendía el alma*. Bogotá: INDEPAZ - Universidad Nacional de Colombia.
- Puyana, Y., & Barreto, J. (1996). *Sentí que se me desprendía el alma*. Bogotá: INDEPAZ - Universidad Nacional de Colombia.
- Puyana, Y., & Rodriguez, J. (2011). La organización del cuidado en familias transnacionales. Una lectura a partir de relatos de quienes permanecen en Bogotá, Colombia. En L. G. Arango Gavirira, & P. Molinier, *El trabajo y la ética del cuidado* (págs. 169-196). Bogotá: La Carreta Social .
- Rico Bovio, A. (1998). Crítica de la corporeidad latinoamericana. En A. Rico Bovio, *Las fronteras del cuerpo. Crítica de la corporeidad* (págs. 155-170). Quito, Ecuador: Ediciones Abya-Yala.
- Rubin, G. (Noviembre de 1986). El tráfico de las mujeres. Notas sobre la economía política del sexo. *Revista Nueva Antropología*, VIII(030), 95 - 145.
- Sagastizabal, M., & Legarreta, M. (2016). LA "TRIPLE PRESENCIA-AUSENCIA": UNA PROPUESTA PARA EL ESTUDIO DEL TRABAJO DOMÉSTICO-FAMILIAR, EL TRABAJO REMUNERADO Y LA PARTICIPACIÓN SOCIOPOLÍTICA. *Papeles del CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco*(151), 1-30.
- Sharim Kovalskys, D. (2005). La Identidad de Género en Tiempos de Cambio: Una Aproximación Desde los Relatos de Vida. *PSYKHE*, Vol.14, N° 2. Pontificia Universidad Católica de Chile., 19-32.
- Thomas, C. (2011). Deconstruyendo los conceptos de cuidados. En C. B. Carrasco, *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas* (págs. 145-175). Madrid: Catarata.
- Torn, T. (2008). El trabajo y el cuidado: cuestiones teóricas-metodológicas desde la perspectiva de género. *Revista de Metodología de Ciencias Sociales N° 15*, 53 -73.

- Torns, T. (2008). El trabajo y el cuidado: cuestiones teórico - metodológicas desde la perspectiva de género. *Empiria. Revista de Metodología en Ciencias Sociales*, 53 - 73.
- Tronto, J. (1987). Más allá de la diferencia de género. Hacia una teoría del cuidado. *Journal of Women in Culture and Society*, vol. 12, 1-17.
- Valdes, t. (1985). *Mujer popular: Matrimonio, hijos y proyecto. Un estudio de casos*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Woolf, V. (1980). *Una habitación propia*. Barcelona: Editorial Seix. .
- Woolf, V. (1980). *Una habitación propia*. Barcelona: Editorial Seix.
- Yarris, K. E. (2014). "Pensando Mucho" ("Thinking Too Much"): Embodied Distress Among Grandmothers in Nicaraguan Transnational Families. *Culture, Medicine, and Psychiatry*. Vol. 38, 473-498.